
Mi
Estrella
Polar
A NO
MAY MARS

Mi estrella polar

“When dusk falls and obscures the sky
you’re the shine of the northern star.”
You are the one - Sentenced

Copyright

Primera edición, Mayo 2017

© 2017 May Mars

Quedan prohibidos dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Contacto: maymarsbooks@gmail.com

Nota del Editor

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aquí aparecen son producto de la imaginación de la autora y son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

“Este es mi rincón donde el paso del tiempo desgasta
mi aliento.
Y mi estrella polar se perdió en el firmamento,
y por más que intento no la puedo encontrar.”
Estrella Polar - Sôber

Gracias a todos mis lectores,
sin vosotros todo esto no sería posible.
May Mars

Prólogo

- ¡Maldita sea! Cómo no me de prisa no voy a llegar al trabajo.

Verania maldecía al volante de su pequeño Smart, tenía una reunión importante dentro de 20 minutos y comenzaba a tener claro que no iba a llegar a tiempo, el maldito despertador había tenido que elegir precisamente ese día para quedarse sin pilas, lo cual había originado que se levantara más de media hora tarde respecto a su hora habitual. Tenía que llegar como fuera, su jefe no le iba a perdonar nunca no llegar a la reunión y su relación ya era bastante complicada como para añadir más problemas.

Pisó el acelerador de su coche sin piedad cuando salió de la urbanización en dirección a la ciudad dónde estaba la oficina, aún así sabía que no llegaría a tiempo así que llamó a su mejor amiga y fiel compañera de trabajo Akane.

- ¡Vera! ¿Dónde narices estás? ¡Jaime está que echa humo!
- Akane, no llego, me he dormirdo y llegaré tarde. ¿Puedes avisar a Jaime?
- ¡Pero te va a matar!
- Lo sé, me hará trocitos y me lanzará a los cerdos…
- Tienes que darte prisa, intentaré retrasar la reunión para que llegues.
- ¡Voy todo lo rápido que este cacharro me permite!
- Vale, voy a hacer que se pierdan algunos documentos.
- ¡Gracias Akane! ¡Eres la mejor!
- Me debes una cena.

Adelantaba los pocos coches que circulaban por aquella carretera, dejándolos atrás rápidamente, mientras sonaba en la radio la emisora nacional de rock que su amiga había sintonizado el día anterior. No era una zona muy transitada ya que sólo había un par de urbanizaciones a medio construir al otro lado del río, en una de las cuales vivía Verania con apenas un par de vecinos más. Redujo un poco la velocidad al llegar al puente de madera, que aunque de madera sólo conservaba el nombre, seguía siendo un puente estrecho que siempre le había

dado algo de miedo, en parte por su estrechez y en parte porque las barandillas eran muy artísticas pero muy poco seguras. Apenas había recorrido 200 metros cuando una luz intensa la cegó, seguramente un camión por la intensidad de los faros, pensó antes de perder el control del vehículo.

El coche de Verania dio una aparatosa vuelta de campana antes de salir disparado sobre la barandilla en forma de ondas, se precipitó al vacío y comenzó a hundirse en el río, Verania asustada se soltó del cinturón de seguridad y cogió aire antes de abrir la puerta y luchar por salir a la superficie, agradeció de sobremanera no haber tenido tiempo para llevar el coche al taller a que revisaran el cierre centralizado que parecía estar roto, pues las puertas sólo se cerraban y bloqueaban con la llave, de otro modo no hubiese sido capaz de salir de allí, aunque así tampoco iba a ser nada fácil.

Verania nadó como pudo hasta la orilla, estaba sin aliento cuando logró alcanzarla, arrastrándose se tumbó en el suelo y comenzó a notar las consecuencias del accidente, había salvado su vida de milagro pero sentía un dolor intenso en la cabeza, llevó su mano hasta su sien y notó una humedad pegajosa, cuando apartó la mano pudo ver que era sangre. Hizo ademán de incorporarse para ver si tenía más heridas, comenzaba a dolerle todo el cuerpo, no se había separado más de diez centímetros del suelo cuando todo comenzó a darle vueltas, se sumió en la oscuridad y perdió la consciencia.

Capítulo 1

Verania se dio media vuelta sobre la superficie dura y cálida, no recordaba que su cama fuera tan firme pero tenía sueño y no quería despertarse todavía. Escuchaba voces de fondo ¿se había dejado la televisión encendida? Escuchó con más atención mientras se giraba hacia el otro lado todavía con los ojos cerrados, no, definitivamente no era su televisión, no entendía absolutamente nada de lo que estaban diciendo así que seguramente serían un par de extranjeros que se habían perdido, a fin de cuentas, lo que debía ser una enorme y preciosa urbanización había terminado siendo una montaña con una decena de casas a medio construir y apenas tres o cuatro terminadas. Quiso abrir los ojos pero los párpados le pesaban demasiado, sintió un dolor intenso en la cabeza, tan intenso que le cortó la respiración y de nuevo la invadió la oscuridad. Volvió a perder la consciencia.

Una cálida luz bañaba su cara, pese a tener los ojos cerrados le resultaba molesta aquella intensidad, Verania se dio media vuelta acurrucándose de nuevo, se tapó la cabeza pero la luz intensa todavía le molestaba. Lentamente abrió los ojos, se dio cuenta que lo que le molestaba era la luz de un intenso sol y miró a su alrededor.

Observó con curiosidad que estaba tumbada en el suelo sobre unas pieles y cubierta con una tela de cuadros muy cálida, continuó escudriñando y vio una hoguera apagada cerca de su derecha, unos caballos atados a los árboles cercanos y unas bolsas de piel en el suelo cerca de otro árbol ¿dónde estaba?

Intentó levantarse pero de pronto todo comenzó a darle vueltas, volvió a tumbarse y cerró los ojos, un momento más tarde volvió a abrirlos e intentó incorporarse de nuevo, esta vez más lentamente. Consiguió sentarse y de pronto se dio cuenta que tenía la boca seca, tenía sed y las tripas le rugían. Miró a su alrededor en busca de algo que comer o beber, iba a levantarse cuando notó una mano en su hombro y se sobresaltó.

Giró la cabeza rápidamente hacia la dirección de la que provenía la mano y se mareó de nuevo cerró los ojos, no podía mantenerse sentada y de pronto notó como la envolvía una calidez reconfortante, pasaron unos instantes antes de que

se diera cuenta que unos brazos fuertes la rodeaban, comenzó a respirar con dificultad y abrió de nuevo los ojos. Frente a ella había un hombre, demasiado cerca, unos ojos de un azul intenso la observaban a escasos centímetros de su cara, Verania echó la cabeza hacia atrás para poder verle bien. Se trataba de un hombre de aspecto rudo, tenía el ceño fruncido, sus facciones algo cuadradas, nariz recta y labios sugerentes, el pelo largo rubio y ligeramente ondulado, le caía sobre los hombros, unos hombros anchos.

Estaba concentrada estudiándole, definitivamente era muy guapo, cuando su voz la sorprendió, le estaba hablando pero no entendía ni una sola palabra de lo que decía, lo miró confundida y el hombre bufó exasperado separándose de ella. La miró fijamente a los ojos antes de volver a dirigirse a ella.

- ¿Hablas inglés entonces? –Eso sí que lo había entendido.
- Eso creo.
- ¿Eres inglesa?
- ¿Qué?
- ¡He preguntado de dónde vienes, mujer!
- Yo… no… no lo sé.
- ¿No lo sabes?
- No.
- ¿Qué sabes?
- No lo sé, no sé nada… me acabo de despertar y… no sé quién eres.
- ¿Qué te ha pasado?
- ¿Qué me ha pasado?
- ¿Cómo te llamas?
- No… no lo sé.

El hombre se levantó claramente molesto apartándose de ella y hurgó en una de las bolsas de piel, sacó lo que parecía un colgante y volvió a acercarse a ella.

- Esto estaba a tu lado cuando te encontramos.
- Verania. –Leyó en voz alta, era un colgante de madera con el nombre tallado y unido a cordón de piel.
- ¿Es tu nombre? ¿Te llamas Verania?
- No lo sé, creo que sí.
- ¡Maldita sea! –El hombre lanzó el colgante sobre Verania y se dio la vuelta.
- ¿Qué me ha pasado?

- Alaric y yo te encontramos inconsciente al lado del río. –Hizo una pausa para estudiar su reacción antes de continuar–. Hace tres días.

Verania se quedó sin palabras, el hombre siquiera se volvió cuando le dio la noticia que sacudió su cerebro, la habían encontrado al lado de un río, hacía tres días, lo que significaba que había estado tres días inconsciente. Se cogió la cabeza con las manos y se dio cuenta que unas telas la cubrían, le dolía y lo peor de todo es que no lograba recordar nada más allá de haberse despertado hacía un rato a causa del intenso sol.

El colgante todavía estaba sobre su regazo, de algún modo le parecía familiar así que lo cogió con cariño y se lo puso al cuello, si estaba cerca de ella cuando la encontraron y le resultaba familiar seguramente era suyo y eso también debía significar que ese era su nombre: Verania.

El hombre se acercó de nuevo a ella y le tendió un recipiente con agua sin mediar palabra, estaba sedienta y se lo bebió en un abrir y cerrar de ojos, el hombre lo rellenó de nuevo y otra vez lo vació de inmediato. Fue entonces cuando le tendió un trozo de pan que tras tres días en ayunas le supo a gloria pese a estar algo duro. El hombre permanecía en silencio sin acercarse demasiado a ella lo que hizo que pudiera observarle. Se movía de forma ágil y desprendía una masculinidad salvaje que hacía que no pudiera apartar sus ojos de él, sin duda era un hombre fuerte y muy atractivo.

Se sentía débil y cansada, no podía mantenerse erguida así que volvió a dejarse caer sobre las pieles, ¿qué había pasado? Tenía que recordar, debía hacer un esfuerzo y recordar, estaba concentrada intentando recordar algo en vano cuando una voz distinta llamó su atención, un hombre bien parecido de pelo oscuro, barba desaliñada y ojos verdes se acercó hasta ella tras mediar algunas palabras con el otro hombre, no entendió nada de lo que habían dicho así que en un acto reflejo se cubrió más agarrándose a aquella tela que tenía encima cuando vio que se aproximaba a ella.

Se paró a poca distancia y se agachó mirándola con ojos fieros, no sabía que fuera posible que unos ojos tan bellos miraran con tanta brutalidad, el primer hombre tenía un aspecto rudo y salvaje, aunque la había tratado con cierta amabilidad, pero este otro no se quedaba atrás, irradiaba bravura y masculinidad. No pronunció ni una sola palabra, se movió cuando el hombre rubio llamó su atención, le llamó Alaric, así que él y el otro desconocido eran los que la habían encontrado. No podía discernir si eran amigos o enemigos, sus miradas no eran precisamente amigables y pese a que, al menos uno de ellos podía comunicarse

con ella, no parecían tener intención alguna de hablarle.

Tal vez hubiese sido mejor así, tan pronto como se sintió ignorada el hombre llamado Alaric se acercó a ella y le habló con fiereza.

- ¿Eres una maldita inglesa?
- ¿Qué?
- ¡Habla mujer!
- No… no lo sé.
- Te estaré vigilando, mujer, un solo movimiento que no me guste y terminaré contigo. ¿Entendido? –Verania no tuvo tiempo de responder cuando una voz varonil que ya reconocía se le adelantó.
- ¡Alaric! Verania no va a causarnos más problemas ¿verdad?
- No… yo… no quiero causar problemas.
- ¡Deberíamos haberte dejado dónde te encontramos! –Espetó Alaric.

Sin mediar palabra Alaric se alejó de ella y comenzó a hablar, o mejor dicho, a berrear mientras se dirigía tan lejos de Verania como le era posible, aquella mujer podía ser un peligro para ellos y su frustración fue en aumento cuando su compañero se negó a abandonarla en aquel lugar. El otro hombre se sentó frente al fuego ya encendido sin dirigirle ni una sola mirada. Quería saber al menos su nombre pero no se atrevía a preguntar, era sólo una muchacha indefensa en medio de la nada, con dos hombres de aspecto un tanto salvaje a los que no conocía de nada, y aunque tampoco sabía quién era ella ni cómo había terminado allí debía mantenerse cauta y no fiarse de ellos, no conocía sus intenciones.

Al cabo de un rato Alaric volvió con algo de caza y tras atravesarla con unas ramas finas lo puso al fuego, algo en aquello le pareció extraño pero tenía hambre y posiblemente le dieran una parte para que comiera así que sería mejor si no abría la boca, no fuera a decir algo que les enfadara y se quedara sin cena.

Debió quedarse dormida en algún momento, se encontraba cansada y las fuerzas le fallaban, se despertó de un sobresalto al notar como algo la sacudía, se volvió para encontrar frente a ella el rostro serio del hombre que la había encontrado, le tendía una comida que no dudó en aceptar.

- Gracias… señor.

El hombre únicamente asintió levemente antes de volver a su lugar junto al fuego, Alaric se mofó de la situación y pese a no hablar la misma lengua tuvo claro que se estaba negando a compartir su parte de la comida con ella, su

compañero le espetó algo con voz severa y este pareció maldecir antes de marcharse bajo otro árbol en soledad, no sin mirarla con una cara de asco más que evidente.

- Es una lástima que un hombre tan atractivo sea tan gruñón.

El murmuro de Verania no pasó desapercibido para el amigo de Alaric, casi le pareció verle sonreír. Intentó llamar su atención, quería saber más, se sentía vacía como si estuviese olvidando algo importante y no conseguía deshacerse de la ansiedad que eso le causaba.

- Señor.

Ninguna respuesta.

- ¡Señor!

Ni siquiera se volvió a mirarla.

- Oiga señor.

Silencio.

- Señor por favor…

Escuchó la voz de Alaric sorprendentemente cerca.

- Laird.

- ¿Qué?

- Debes llamarle Laird, no somos sucios ingleses.

- ¿Laird?

No obtuvo respuesta, Alaric volvió a alejarse, Vera volvió a llamar la atención del primer hombre.

- Laird.

El Laird se volvió para mirarla en silencio con el ceño fruncido.

- Laird, por favor, agua.

Sin articular palabra se levantó y vertió agua en un recipiente que le tendió a continuación.

- Gracias.

Volvió a su posición sin hablar.

Verania estaba dormida cuando unas voces la despertaron, al abrir los ojos se encontró con el Laird y Alaric gritándose uno al otro, estaban discutiendo sobre su partida, el Laird había dispuesto que se llevarían a Verania con ellos mientras Alaric se oponía a la idea, podría ser una espía, una asesina, aquella desconocida amenazaba su seguridad y la de su clan, no debía ir con ellos.

- ¡Sin duda has pedido la cabeza! ¡Esa mujer no puede venir con

nosotros!

- ¿Pretendes que la dejemos aquí tirada?
- ¡No es nuestro jodido problema!
- Ahora lo es, Alaric.
- ¡Eres demasiado transigente!
- Trato de ser justo. Es una muchacha que no tiene dónde ir, hemos tenido muchas pérdidas en los últimos años, hacen falta más manos en el castillo.
- ¡Tu padre tenía razón! Ailie no crio un guerrero…
- ¡No te atrevas a meter a mi madre en esto!
- ¡Sloan era distinto!
- ¡Sloan era mi hermano!
- ¡También era el mío!
- Eara y él ya no están, Alaric, asúmelo.
- Si Sloan estuviera aquí…
- ¡Sloan está muerto Alaric, igual que Kenzie! Ahora yo soy el Laird, te guste o no.

Verania se asustó al ver cómo se desafiaban entre ellos hasta que el primero cogió a este por el cuello y cuando parecía que las cosas iban a ponerse feas lo soltó, le empujó y Alaric recogió sus pieles del suelo para marcharse a un lugar más alejado.

- Está bien, Laird… Kenzie… tu padre, era un gran Laird, él no se llevaría a la sassenach y Sloan tampoco.
- Yo no soy mi padre. –Murmuró el Laird sin que Alaric le escuchara.

El Laird se dirigió a ella mientras volvía hasta su sitio.

- Partiremos mañana al alba.
- ¿Qué? ¿Dónde?

Ya comenzaba a acostumbrarse a que no le respondieran, aunque se encontraba mejor seguía sin bastantes fuerzas como para levantarse y discutir con aquel hombre, así que simplemente decidió volver a recostarse y dormir, al menos hasta el alba… que no te nía ni idea de cuando sería.

Capítulo 2

Verania se despertó con el relinche de un caballo, apenas había comenzado a amanecer pero el Laird y Alaric estaban recogiendo sus cosas y preparando los caballos para partir, se levantó sintiéndose algo mejor, aunque débil, no sabía qué hacer con las pieles, comenzó a enrollarlas cuando Alaric se le acercó.

- ¿Qué demonios haces?

- Eh… ¿no sé?

- ¡No eres más que un estorbo! –Le quitó las pieles de un manotazo.

- ¡Pues enséñame a hacerlo!

- ¿Te crees muy valiente mujer?

- ¿Qué?

- ¿Te atreves a levantarme la voz? –Dijo mientras se acercaba más a ella con aire amenazante.

- No entiendo por qué me odias tanto, Alaric. –Le miró levantando la barbilla.

- ¿Y también me llamas por mi nombre? ¿Pretendes calentar mi lecho?

- ¡No!

- ¿Has dicho no?

- He dicho que no, no sé qué te he hecho para que me odies tanto. –Verania se dio la vuelta, pero Alaric la cogió con fuerza del codo y la obligó a mirarle antes de pronunciar las últimas palabras.

- Será mejor que aprendas a comportarte, no hables si no se te pregunta.

Verania observaba como le daba la espalda y caminaba de nuevo hacia la posición en que estaba su amigo, había algo en él que le llamaba la atención.

Todo le resultaba extraño pero por mucho que lo intentara no lograba recordar nada. Al cabo de unos momentos Alaric montó en su caballo y se alejó, el Laird se acercó a Verania, que estaba sentada sobre una piedra y enrollada con la tela a cuadros que había tenido con ella desde que era capaz de recordar.

- Vas a tener que soltar mi plaid para poder montar en el caballo.

- ¿Qué?

- Ayer dispuse que hoy retomaríamos nuestro camino.

- Ya... ¿Tu plaid?

- Sí, no podrás montar enrollada con él. —Así que la tela de cuadros, roja con rallas en azul y verde, que la envolvía se llamaba plaid y pertenecía al Laird.

- Yo… no creo que pueda montar a caballo.

Soltó un bufido de exasperación cuándo Verania pronunció aquellas palabras, no dudaba que aquella muchacha no supiera montar a caballo y tampoco sabía de dónde provenía, sólo esperaba que no trajera problemas y desgracia a su gente, en cierto modo Alaric tenía razón, era una época conflictiva en la que no podían fiarse de nadie, pero él sabía muy bien lo que era sentirse sólo y desconcertado, no dejaría a la muchacha abandonada en medio de las tierras de los Chattan. Cuándo la encontraron llevaba unas ropas extrañas en una mujer, una camisa de hombre lo suficientemente larga como para cubrir su cuerpo hasta las rodillas, él nunca había visto antes un vestido camisero.

Ignorando la mirada interrogativa de la joven, se dirigió a su caballo y tras montar se acercó a ella.

- Dame el plaid y súbete a esa piedra.

Señaló una piedra que le llegaba por las rodillas, no quería quedarse sola en aquel lugar así que accedió sin mediar palabra.

Una vez tuvo el plaid y ella estuvo en alto, el Laird se acercó con el caballo y en un movimiento rápido la levanto por la cintura y la sentó delante de él, la había cogido como si no pesara más que una pluma, la envolvió de nuevo con el plaid y emprendió la marcha. Verania podía sentir como se tensaban sus músculos fuertes, pegados a su espalda, aquella cercanía la estaba poniendo nerviosa, era una muchacha menuda y había quedado perfectamente encajada en el pecho de aquel hombre que la rodeaba con sus brazos cogiendo las riendas del caballo.

- ¿Dónde vamos?

- A mis tierras.

- ¿Tus tierras?

- ¿Tienes un mejor lugar al que ir?

- No... No tengo dónde ir, no sé de dónde vengo ni quien soy.

- Ahora perteneces a mi clan, eres una Murray y espero que no

causes problemas.

- ¿Soy una Murray? ¿Pertenezco a tu clan? Yo... No entiendo nada Laird.

- Tú lo has dicho, soy el Laird y como tal te ofrezco un lugar al que pertenecer, podrás trabajar en el castillo, te daré techo y comida a cambio.

- ¿Trabajar en el castillo?

- Confío en que Alaric se equivoque contigo, algo sabrás hacer. – Supo por su voz que no estaba muy seguro de sus palabras.

- Supongo...

- Bien, procura hablar poco o mejor, no hables nada... sólo si te pregunta directamente y no puedes evitar responder, aunque tu acento inglés es extremadamente extraño, estás en las highlands y aquí los ingleses no son bien recibidos. Si alguien te pregunta tu nombre es Verania Murray y quien quiera explicaciones debe dirigirse directamente a mí, ¿entendido?

- Sí Laird.

- Llegaremos entrada la noche, será mejor no causar revuelo, pronto alcanzaremos a Alaric.

- Gracias, por no abandonarme.

- Trabaja duro y no causes problemas, es todo el agradecimiento que deseo recibir. Y Verania —dijo con un tono más seco y autoritario — si recuerdas algo, cualquier cosa, ven inmediatamente a hacérmelo saber.

- Lo haré.

- Sea lo que sea.

- Te doy mi palabra.

- Aquí nos tomamos eso muy en serio.

- Si recuerdo algo, lo sabrás.

Continuaron el camino en silencio, notar el cuerpo del Laird contra el suyo aceleraba su pulso, no había estado tan cerca de un hombre desde hacía demasiado tiempo, debía calmarse y comenzó a tararear una melodía de forma inconsciente. Unas horas más tarde se encontraron con Alaric, estaban cerca de un río y acaban de desmontar, después de dejar que los caballos bebieran los ataron a un árbol cercano, ellos se apartaron un poco y Alaric dispuso algo de comida, ambos hablaban entre ellos dejando a Verania fuera de la conversación

que siquiera entendía.

- ¿Por qué no os entiendo? Me habéis encontrado aquí... ¿No debería entender lo que sea que habléis?

- ¡Te dije que si estaba en tierra de los Fraser era problema de los Fraser! ¡Maldita sea, Leith!

- Gracias por tu amabilidad, Alaric... No entiendo por qué me odias, ¿crees que yo no quiero recordar quién soy?

- ¡Alaric ya está bien! Y tú, mujer, eres Verania Murray, del clan de los Murray, no hay más que hablar.

- ¿Leith?

- ¡Debes llamarle Laird, sassenach! –La increpó Alaric lanzando lo que fuera lo que tenía en las manos bastante lejos.

- ¿Por qué no os Entiendo? Incluso cuando habláis en inglés me cuesta mucho entender lo que decís.

- Somos escoceses Verania, hablamos gaélico, es nuestra lengua.

- ¿Soy escocesa y no os entiendo?

- ¡Ja! Eso lo dudo pelirroja. —Saltó Alaric.

- Hasta que sepamos quien eres vivirás como uno de los nuestros. —Leith lo tenía muy claro.

- ¿Y si nunca recupero la memoria?

- Preocúpate de no parecer una sucia sassenach si no quieres más problemas, mujer.

- No sé si quiero saber qué es exactamente lo que me has llamado Alaric.

- Deberíamos continuar nuestro camino, Alaric tu llevarás a Verania.

- ¡No! Tú decidiste recogerla, la mujer es cosa tuya.

- Soy tu Laird, harás lo que yo ordene.

Alaric se acercó a Verania sin molestarse en ocultar su desacuerdo.

- Sube al maldito caballo.

- No sé montar.

- Por qué no me sorprende que no sepas hacer nada... eres un estorbo.

- Y tú un gruñón.

- ¿Nadie te ha enseñado respeto maldita sassenach?

Sin siquiera dar opción a que Verania respondiera la cogió por la cintura y la subió al caballo como si fuera una muñeca. Era un hombre fuerte, su aspecto musculoso no mentía. Alaric montó su caballo tras ella, estaba pegado a su espalda, cogió las riendas y susurró en su oído antes de salir hacia el camino a pleno galope.

- Más te vale que te agarres bien. –Su voz era profunda y un escalofrío recorrió su columna cuando notó su aliento en su cuello.

La brusquedad del caballo hizo que su pequeño cuerpo se pegara más al del hombre que tenía a su espalda y no dudó en cogerse a sus brazos.

- Me estás tocando. —No supo cuál era su humor por su voz.

- No quiero caerme Alaric, además estamos pegados no es que tenga muchas opciones.

- Si quieres calentar mi lecho sólo tienes que pedirlo, podría pensármelo. —Su voz no fue más que un susurro en su oído, suficiente para poner su piel de gallina de nuevo.

- Sólo quiero llegar viva. –Su voz fue casi inaudible.

Continuaron cabalgando en silencio durante horas, Verania no paraba de moverse, estaba incómoda.

- Deja de restregarte muchacha.
- No me estoy restregando.
- ¿Y cómo lo llamas?
- Intento ponerme cómoda.
- ¿Cómoda?
- Me duele el trasero.

Alaric no respondió, en su lugar rompió a reír, sorprendida Verania volvió su cabeza para mirarle y no pudo evitar contagiarse de su risa, sus caras estaban a escasos centímetros.

- ¿Sabes gruñón? Estás más guapo cuándo te ríes. –Lo dijo mirándole directamente a los ojos.

- Así que ahora te tomas la confianza de llamarme guapo. ¿Y dices que no quieres calentar mi lecho?

- Sólo soy amable, además, lo que he dicho es cierto... Tienes una belleza intimidante.

- Soy Alaric Murray, por supuesto que soy intimidante, soy el

capitán de los hombres del clan de los Murray… Más te vale que recuerdes quien soy.

- Lo tendré en cuenta.

- No olvides que esto son las highlands.

- Lo cierto es que ya lo he olvidado, como todo lo demás, así que gracias por recordármelo.

Continuaron durante un tiempo que a Verania se le antojó eterno cuando Alaric detuvo el caballo.

- Ya casi hemos llegado.

- Adelántate, yo la llevaré. –La voz de Leith sonó cansada.

Sin mediar palabra Leith agarró a Verania y la sentó delante de él en su caballo. Alaric se adelantó al que iba a ser su hogar, al menos hasta que lograra recordar algo.

- Recuerda lo que te he dicho antes, no hables.

- ¿Te llamas Leith?

- Debes dirigirte a mí como Laird.

- Sí, claro, perdón... –Verania estaba desconcertada, inconscientemente se acurrucó contra su pecho fuerte.

- Eres extraña.

Tal vez sería mejor no responder a eso, pensó Verania, estaba claro que para ella aquellos dos hombres no sólo eran unos verdaderos extraños, sino que además la forma en que se comportaban y hablaban no le resultaba para nada familiar, podría deberse a su pérdida de memoria o tal vez a que provenía de un sitio distinto.

Leith y Alaric debían conocer muy bien aquellas tierras, la noche era oscura y la luna apenas iluminaba el camino, no lograba ver el camino, sólo oscuridad y aun así él conducía el caballo con total seguridad entre los árboles. Al cabo de lo que a Verania le pareció una eternidad escuchó el susurro de la voz cálida y masculina del hombre que tenía a su espalda.

- Bienvenida a mi hogar, soy el señor de estas tierras, el Laird Leith Murray. Alaric es quien está al mando de mis hombres. Sólo tienes autorización para hablar si él o yo te hablamos primero, está claro que no conoces las costumbres de estas tierras así que limítate a seguir mis órdenes y no causes problemas, si alguien te toma por una inglesa no

sólo acabaran con tu vida sino que mi clan tendrá problemas ¿entiendes eso?

- Si te soy sincera no entiendo nada, Laird Leith Murray, pero prometo no causar muchos problemas.

- Con que me llames Laird es suficiente. Alaric es uno de los guerreros más temidos de estas tierras, se le conoce como *Beathach*, por su brutalidad, si causas problemas no podré detenerle.

- Alaric ya me odia.

- Si te odiara estarías muerta.

Llegaron hasta el patio de armas dónde Alaric les esperaba junto a un par de hombres a los cuales parecía estar dando instrucciones. Leith le dijo algo a su amigo antes de desmontar, posteriormente se alejó sin siquiera mirarla. Verania se quedó sobre aquella bestia negra temblando de miedo, cualquier movimiento y aquel enorme animal podría hacer que ella saliera disparada en cualquier dirección. Alaric sujetaba las riendas del caballo, riendas que cedió a uno de los hombres que le acompañaban justo antes de coger a Verania y echársela sobre el hombro como si se tratara de un saco de patatas. Ella quiso protestar pero las palabras del Laird resonaron en su cabeza, Alaric era un fiero guerrero al que ya no le caía bien, empeorar la situación gritando no iba sino a complicarle las cosas.

Unos momentos más tarde y tras darle un sonoro golpe en el trasero Alaric dejó a Verania en el suelo, ella quiso mirarle con gesto enfadado para dejar clara su posición pero le fue imposible cuando se encontró con sus ojos verdes, Alaric estaba sonriendo y no tenía ni idea de cuál era el motivo pero no pensaba ser la causa que borrara aquella expresión de su cara, no había nada de salvaje en aquellos ojos claros en esos momentos. Verania se quedó mirándolo sin siquiera respirar, era mucho pedir que aquel momento casi perfecto durara más de dos minutos.

- No te muevas de aquí sassenach. Y calladita.

- ¿Dónde vas Alaric?

No es que pensara que le iba a responder pero la pregunta había salido por su boca antes que su cerebro la procesara. Se quedó a solas en lo que parecía una cocina, pero el lugar se veía viejo y desaliñado como para seguir teniendo uso, pese a que la verdura y la fruta que había sobre una mesa eran frescas. Alaric le había dicho que no se moviera de allí y que no hablara, pero eso no incluía que

no pudiera explorar aquella habitación.

Miró todo a su alrededor y las tripas comenzaron a rugirle, había una hogaza de pan comenzada en una mesa, buscó un cuchillo y encontró algo que le serviría, aunque no tenía claro si era un cuchillo o no. Cortó un trozo de pan, observó entre la fruta y la verdura que había qué podría servirle para hacerse un bocadillo y calmar su apetito, estaba sentada en un taburete hincándole el diente a aquella delicia que se acababa de preparar cuándo escuchó pasos tras ella, intentó hacer como que no se había dado cuenta que había alguien más en la habitación, pero reconoció las voces y no pudo más que darse la vuelta.

Frente a ella encontró a los dos hombres que ya conocía, Alaric y el Laird observándola con sorpresa, el guerrero fue el primero en hablar.

- ¿Te dejo sola un momento y ya nos estás robando? —No supo descifrar el tono de su voz.

- Eh... Yo... No... Es sólo que tenía hambre y me he preparado un bocadillo.

- ¿Un bocadillo? —El Laird parecía realmente sorprendido.

- Sí... ¿Quieres?

Alaric soltó un bufido que no se molestó en disimular ni lo más mínimo, se dio la vuelta y salió de allí a grandes zancadas refunfuñando. Leith, que siempre había sido una persona curiosa no dudó en coger el bocadillo que Verania sostenía, le dio un mordisco y la miró con el ceño fruncido mientras masticaba.

- Eres extraña, mujer.

- Te pido perdón por coger comida sin permiso.

- Si quieres algo, debes pedírmelo.

- No sabía dónde encontrarte y Alaric me dijo que no me moviera y yo...

- Sígueme.

Verania obedeció sin rechistar, descendieron por unas escaleras de piedra que le parecieron demasiado estrechas, llegaron a un pasillo con un par de puertas y Leith abrió la de su derecha, estaba bastante oscuro pese a que llevaba una vela que le tendió a ella dando a entender que la sujetara, buscó con la mirada hasta detenerse en un baúl, lo abrió y sacó algunas ropas de mujer que a Verania no le resultaban familiares.

- Coge esto y úsalo, no tienes ropa.

- Eh... ¿Está bien si llevo esto?

- Sí.
- Gracias.
- Ahora veamos dónde puedes dormir.

Leith salió de aquel habitáculo y Verania le siguió, subieron de nuevo y atravesaron un enorme salón antes de subir por otras escaleras, estas un poco más anchas. Llegaron a otro pasillo con un par de puertas a la derecha y tres más en el lado izquierdo, abrió una de ellas, la segunda de su derecha.

- Puedes quedarte aquí por el momento.
- Gracias.
- Verania. —La llamó cuándo ésta entró en la que sería su habitación cargada con las ropas que le había dado. Ella se volvió sin decir palabra.
- Los aposentos de Alaric se encuentran enfrente, yo ocupo el contiguo al tuyo, si intentas algo no saldrás con vida de este pasillo.

Ninguno de los dijo nada antes de entrar en sus respectivas habitaciones. Verania observó el lugar, era una habitación grande, había una cama en el centro y una cómoda a un lado, enfrente de esta había una ventana y al lado un hogar, un par de butacones miraban hacia él, dejó caer las ropas que llevaba en los brazos en uno de los butacones y todavía abrazada al plaid del que ahora era su Laird se dejó caer sobre la cama. Pese a la tenue oscuridad pudo ver como una nube de polvo se levantaba a su alrededor, debía hacer tiempo que nadie entraba en aquella habitación, estaba demasiado cansada como para ponerse quisquillosa así que se acurrucó y se durmió con el aroma de aquella tela a la que tanto aprecio le estaba cogiendo.

Capítulo 3

Unos golpes en la puerta despertaron a Verania, se sobresaltó al verse en un entorno extraño y pronto recordó lo que había ocurrido en las últimas horas, se levantó de sopetón y notó un mareo a pocos pasos de la cama, todo le daba vueltas, le pitaban los oídos y todo a su alrededor se volvía negro, se derrumbó en el suelo sin poder evitarlo, el golpe resonó en la habitación con fuerza, entonces la puerta se abrió y Alaric apareció tras ella, maldijo con voz grave y entró a toda prisa en la habitación cerrando la puerta tras él, se apresuró en acercarse a Verania que estaba tirada en el suelo incapaz de levantarse. Alaric se arrodilló a su lado y tras cogerla en brazos se levantó con ella y la llevó de nuevo a la cama dónde la depositó con toda la suavidad de la que era capaz.

- Maldita mujer, deberías tener más cuidado.
- Lo siento. —Logró balbucear Verania.
- ¿Puedes quedarte sola un momento sin hacer estupideces?
- Aham.

Resoplando, Alaric salió de la habitación y Verania se quedó sola de nuevo, incapaz de moverse sin sentir náuseas.

En algún momento Leith entró en la habitación con una mujer, escuchaba sus voces a lo lejos aunque sabía que les tenía a su lado.

- ¿Nerys, crees que podrás hacer algo?
- Es difícil sin saber qué le ha ocurrido.
- La encontramos…
- Alaric me lo ha dicho.
- ¿Tú también me vas a dar un sermón por haberla traído?
- No.
- Nerys…
- ¿Por qué es importante para ti, Leith?
- No lo sé… supongo que no quiero ser el culpable de la muerte de más inocentes.
- Lo que sucedió no fue culpa tuya.
- Pero…

- Escúchame, Leith. Eara era mi hija y sabes bien que tu hermano siempre ha sido como un hijo para mí desde que su madre murió, incluso cuando tu padre se volvió a casar, Sloan siempre estaba con nosotros. Sloan y Kenzie eran dos hombres fuertes. Tu padre como Laird y tu hermano como su sucesor eran los que debían presentarse ante los MacPherson, era su deber y así lo hicieron.

- ¡Pero debí haber ido!

- Hubieses muerto ¿y entonces qué?

- Alaric sería mejor Laird que yo.

- Alaric hubiese ido contigo, y sabes que de ir, no habríais vuelto con vida. Eres un buen Laird, la gente te quiere, te respeta y confía en ti. Eres fuerte, eres justo y razonable.

- Alaric…

- Alaric es un guerrero, es fiero e impetuoso. Te respeta, Leith, eres como un hermano para él, daría la vida por ti y lo sabes.

- A menudo discrepa de mis decisiones.

- Sé que fue tu corazón y no tu cabeza quien decidió traer a la muchacha, Alaric sólo trata de protegerte, de protegernos. Si ella no supone un peligro, la aceptará.

- No creo que suponga un peligro.

- Leith, sé que no crees en estas cosas, pero esta no es una muchacha común, no supone un peligro en el sentido en que Alaric cree, pero hay algo en ella que no logro ver con claridad.

- ¿El qué?

- Todavía no lo sé, no seas impaciente, pero es todo luz, no hay oscuridad en su alma.

Luchó consigo misma para no caer en la inconsciencia, la mujer le puso unos trapos empapados en la frente y sintió un alivio momentáneo, pero pronto comenzó a delirar. Leith estaba observándola sin saber muy bien cómo actuar cuándo Verania alargó su cálida y pequeña mano en su dirección murmurando en un idioma para él desconocido.

- Mamá, no me dejes mamá.

- Estás a salvo Verania.

- Mamá, no te vayas tú también por favor. Coge mi mano… quédate conmigo. —Leith se había acercado y Verania cogió su mano con fuerza.

El joven Laird se fijó entonces detenidamente en aquella muchacha, era menuda y delicada, de tez pálida y pelo rojo, sus ojos color otoño lloraban con amargura y eso le conmovió. La mujer que les había ayudado era la madre de Alaric, Nerys, había regresado a la habitación hacía un rato y le había hecho beber un brebaje de hierbas a Verania. Leith no se movió de su lado, tal vez en sus delirios dijera algo que les aclarara quien era, o ese quiso pensar que era el motivo por el que se mantenía a su lado, sin embargo todo lo que pudo sacar en claro fue que aquella bella mujer hablaba una lengua totalmente desconocida, más incógnitas. Cuándo por fin la muchacha dejó de delirar y su respiración se normalizó cayó dormida y Leith abandonó la habitación dejando a Nerys al cargo del cuidado de Verania.

Pasaron casi dos semanas en las que Verania no se movió de su habitación, estaba en un estado de seminconsciencia, a veces parecía despertar pero entonces comenzaba a delirar, el resto del tiempo dormía, aunque hablaba, gritaba y se movía sin cesar en lo que más que un sueño parecía una dolorosa pesadilla.

Alaric, Nerys y Leith eran los únicos que conocían de la existencia de Verania y de cómo había llegado allí, ninguno de ellos albergaba grandes esperanzas de que la muchacha sobreviviera, sin embargo comenzó a mejorar, dejó de tener fiebre y de delirar.

Verania aunque se sentía débil y exhausta recordó cuál era el trato que el Laird le había ofrecido, cuando encontró las fuerzas necesarias, sin dudar se levantó a tientas de la cama y se sorprendió al no ver las ropas sobre el sillón, rebuscó por la habitación hasta encontrarlas, alguien las había guardado en el armario pero ¿quién? ¿Cuándo? Aquella ropa le resultaba cuanto menos rara y se vistió lo mejor que pudo, se disponía a salir de su habitación cuando la puerta se abrió de golpe y Leith apareció en la estancia.

- ¿Dónde te crees que vas?

- Tengo que trabajar.

- ¿Tienes que trabajar?

- Dijiste que podría quedarme aquí a cambio de que trabajara en el castillo, lo siento, me he dormido pero ya...

- ¿Te has dormido?

- Sí, no sé qué hora es pero...

- Verania, llevas dos semanas enferma.

- ¿Qué?

- Has pasado desde que llegaste delirando, Nerys ha cuidado de ti.

- ¿Nerys?

- La madre de Alaric, entiende de hierbas.

- Oh... Yo... No... No recuerdo nada...

- Eso no es nuevo.

- Bueno, recuerdo algo, Leith... Digo Laird.

- ¿Qué?

- Mi madre, murió... Creo que ella era toda mi familia. Recuerdo un hospital y médicos diciéndome que se ha ido... Pero es todo muy borroso.

- Hablabas una lengua que no había escuchado antes.

- No recuerdo eso... El inglés no es mi lengua, de eso estoy segura, no me resulta natural.

- De todos modos tienes que descansar, avisaré a Nerys.

- Me encuentro bien, de verdad...

- No.

- ¿Al menos podría tener algo para leer?

- ¿Sabes leer?

- Claro que sé leer y escribir... Es... Lo normal, ¿No?

- Los pocos libros que hay aquí están en nuestra lengua. —Por algún motivo Leith parecía de pronto enfadado.

- Gracias Laird.

El Laird abandonó la habitación a toda prisa dando un portazo, Verania no entendía su reacción, pero la realidad era que Leith apenas sabía leer y escribir, la enseñanza era un privilegio del que él no había podido disfrutar pese a ser el hijo del Laird.

Las cosas habían sido difíciles desde que él era un niño y los conflictos con los MacPherson no habían hecho más que empeorar con el paso del tiempo. La enseñanza era algo que no podían permitirse y era por ello que de la gente de su clan sólo él se defendía en esos aspectos y dejaba mucho que desear, no era algo necesario para sobrevivir, luchar sí y eso, afortunadamente se le daba bastante bien.

Verania no quería ser una carga, así que tras pasar un rato dando vueltas por la habitación, decidió salir y ayudar en algo. Todavía no había bajado dos escalones cuando se encontró de frente a una mujer que la miró con ojos desafiantes, supo de inmediato que era Nerys, tenía los mismos ojos que Alaric.

- ¿Dónde vas?

- Quería ayudar en algo.

- Ayudará que no causes problemas.

- Ya veo de quién ha sacado el genio Alaric...

- No deberías estar aquí, no puedo creer que el Laird te trajera aquí. – Nerys sólo la estaba poniendo a prueba, en realidad, sabía que ella habría hecho lo mismo.

- Nerys, sólo quiero devolver su hospitalidad con mi trabajo, tal y como acordamos.

- Ven conmigo, y no hables, limítate a hacer lo que te diga.

- Gracias.

La mujer no respondió, bajó las escaleras y Verania la siguió hasta una casa anexa al castillo, estaba repleta de estantes con botes y hierbas, había una enorme mesa en el centro con un par de banquillos y un hogar en la pared del fondo.

- Ayúdame dividir y clasificar estas hierbas.

Verania asintió y se sentó observando atentamente lo que Nerys hacia y prestando atención a todo lo que le estaba explicando. Una vez lo tuvo todo claro Nerys la dejó allí sola haciendo lo que le había pedido, se estaba liando con los nombres y las cantidades así que miró en el hogar apagado y cogió una rama fina con la punta carbonizado, le serviría como lápiz, después cogió uno de los papeles que había en un estante y que servían para envoltorio y escribió las instrucciones que Nerys le había dado para no equivocarse.

Ya casi había terminado cuándo la mujer volvió cargada con unas cestas y se detuvo de golpe frente a ella cuándo vio su nota.

- ¿Qué es eso?

- Oh, me he anotado lo que me has explicado para no hacerlo mal.

- ¿Sabes escribir? ¿Pero qué lengua es esa?

- ¿Eh?

- Responde.

- Es… ¿mi lengua?

- Lo has hecho sin pensar, ¿verdad?

- Sí…

- Bueno, supongo que no todo está perdido contigo al fin y al cabo.

- Tengo que avisarle.

- ¿Qué dices muchacha?

- Leith... El Laird me pidió que si recordaba algo se lo hiciera saber

inmediatamente.

- Espera a la cena, Alaric y él están dando instrucciones a los hombres, no debes entrometerte.

- Claro, lo siento. Gracias Nerys. ¿Puedo pedirte un favor?

- ¿Qué?

- Me gustaría que me enseñaras vuestra lengua, no quiero ser un estorbo, pero...

- Supongo que si vas a quedarte aquí, será lo mejor. –Verania asintió sin poder evitar la sonrisa.

El tiempo pasó rápido mientras estaba entretenida y llegó la hora de la cena, sería su primera comida normal desde que había llegado y no podía evitar sentirse intimidada y emocionada a partes iguales. Volvieron al castillo y Nerys la guio hasta un enorme salón, en una gran mesa estaban sentados Alaric y Leith discutiendo sus asuntos, ambos se quedaron de golpe en silencio cuando las vieron aparecer. Nerys cerró la puerta a su espalda y no tardó en intervenir.

- Verania ha recordado algo.

- He escrito antes las instrucciones de Nerys en mi idioma, pero no logro recordar nada más.

- Un momento —Intervino Alaric—. ¿Sabe escribir?

- ¿Por qué os parece a todos tan raro?

- Tú eres extraña, mujer. —Leith no dijo nada más antes de salir del salón.

- Así que la sassenach es extranjera... ¿Y no recuerdas que haces en Escocia, verdad?

- No.

- Dijo que cree no tener familia, ¿verdad? –Verania asintió con tristeza —. Es posible que viniera en busca de familiares vivos con los que quedarse. –Explicó Nerys, realmente no creía su hipótesis, pero tranquilizaría a su hijo y a la muchacha.

- No es una simple campesina, ¿Eh?

- No lo creo, Alaric.

- Eso explicaría que sepa leer y escribir, pero…

- No confías en mí, pero te prometo que no quiero haceros daño.

Alaric no respondió, se levantó y abandonó el salón, fue en busca de Leith mientras su madre y Verania se quedaron en el salón. Sabía perfectamente dónde

encontrarle, así que fue directamente hacia los establos.

- ¿Qué ocurre ahora Leith?

- No ocurre nada.

- Mientes fatal, te preocupan los rumores.

- No pueden saber que es ella.

- Lo sabrían, saben que pasamos por sus tierras con una mujer pelirroja.

- No es la única pelirroja del clan.

- No, pero es una que no tiene familia, no es del clan y siquiera habla…

- Lo sé Alaric, tengo que encontrar la forma de… de que no le pase nada.

- Te dije que causaría problemas.

- Nerys dice que no es peligrosa, sino todo lo contrario.

- Leith, esa muchacha sabe leer y escribir, no pertenece a estas tierras pero además de su lengua, habla inglés… Y ¡joder! tengo ojos en la cara. No va a pasar desapercibida.

- Habrá que buscar el modo de que no puedan tocarla, esos sucios MacPherson no le pondrán una mano encima a nadie de mi clan.

- Ella no es una Murray de verdad, podrían…

- Buscaré la forma de que lo sea, algo se me ocurrirá.

- Ten cuidado Leith, si mi madre dice que esa muchacha es todo luz, la creo… pero no dejaré que su presencia te ponga a ti o a cualquiera del clan en peligro.

- Ella cree que la odias.

- Y que soy guapo… no sabe comportarse cerca de un hombre, te juro que de camino no paraba de moverse y restregarse contra mí porque le dolía el trasero, estuve a punto de parar y… pero me hubieses matado. – Alaric miró a su amigo con una sonrisa pícara, pese a que Leith le miraba con el ceño fruncido.

Verania disfrutó de la cena junto a Nerys, de algún modo la veía como la figura maternal que había perdido en el pasado. Las lecciones de Nerys con respecto al idioma habían comenzado de forma inmediata en el mismo momento en que ella las había pedido, era una mujer inteligente, los idiomas siempre se le habían dado bien y los aprendía con una facilidad pasmosa, lo que hizo que al final de aquel mismo día ya fuera capaz de decir algunas cosas y entender otras

tantas, su capacidad de aprendizaje no pasó en absoluto desapercibida para Nerys.

- Aprendes deprisa.

- Gracias, tengo una buena maestra… ¿puedo pedirte otro favor?

- Veré que puedo hacer.

- No le digas a nadie que me estás enseñando, quiero que sea una sorpresa para Alaric y el Laird, cuando aprenda más y pueda mantener una conversación hablaré con ellos, quiero ser útil y poder comunicarme es algo esencial.

- Está bien, por el momento me ayudarás con el trabajo, así podrás dedicar todo el día a aprender ambas cosas… mi hija murió y Alaric no está interesado en aprender mis conocimientos de hierbas, aunque sabe más de lo que quiere reconocer.

- ¿Tenías una hija? ¿Qué ocurrió?

- Eara era mayor que Alaric, estaba casada con Sloan, el hermano mayor de Leith. Ambos murieron hace un tiempo… los chicos te contarán qué ocurrió si llega el momento.

- Lo siento Nerys. –No supo que hacer, sentía la necesidad de consolar a Nerys y la abrazó con fuerza.

Capítulo 4

Habían pasado ya algo más de tres meses desde que Verania había llegado al clan de los Murray, pese a que no tenía relación con la gente, se sentía integrada en aquel lugar, se sentía útil ayudando a su mentora. El idioma lo llevaba bien, durante las últimas dos o tres semanas había estado hablando con Nerys exclusivamente en gaélico y aunque todavía tenía algunas dificultades comenzaba a resultarle lo más natural, era capaz de mantener una conversación y se sentía orgullosa de sí misma.

Leith y Alaric habían salido con algunos hombres hacía aproximadamente un mes, debían resolver algunos asuntos, por fin estaban de vuelta y se encontraban a poca distancia de sus tierras. La mayoría de los hombres tenían ganas de volver a ver a sus mujeres, así que el camino de vuelta estaba siendo especialmente rápido.

- Leith, estás muy callado. –Increpó Alaric con sorna.
- No me han gustado los últimos rumores, eso es todo.
- Sigues sin tener un plan, te dije que lo mejor era que se ocuparan los Fraser.
- Sabes lo que hubiese ocurrido.
- Lo que sé es que tienes menos de un mes para solucionarlo.
- Algo se me ocurrirá.
- Sabes que tus opciones son limitadas.

Leith asintió antes de emprender un galope más rápido desmarcándose de sus hombres.

Claro que sabía que sus opciones eran limitadas, de hecho, sabía que si quería protegerla sólo tenía una opción y era algo que él no podía llevar a cabo, así que iba a necesitar una ayuda que no estaba seguro de ser capaz de obtener. No sabía qué le ocurría con aquella muchacha que despertaba en él una inherente necesidad de protegerla. Desde el mismo momento en que la vio allí tirada en el suelo, tan indefensa, supo que tenía que ayudarla. ¡Si hasta la había echado de menos en el mes que llevaba fuera!

Alaric por su parte sabía que su madre se había encariñado con Verania, haber perdido a Eara era un vacío que nada ni nadie podría llenar jamás, pero sabía que Nerys veía en ella una hija y él también se había encariñado con la pelirroja, aunque lo negaría enardecidamente. No podía permitir que le pasara nada aquella muchacha, no se lo perdonaría jamás, no podía permitir que su madre llorase otra pérdida, así que esperaba que Leith encontrara una maldita solución y rápido.

Cerca del castillo Verania y Nerys estaban terminando los últimos encargos cuando escucharon jaleo en el exterior, la gente se escuchaba más allá del patio de armas, para Verania era algo nuevo y se asomó a la ventana con curiosidad, sin llegar a ver nada.

- Los hombres están de vuelta, jovencita. –Aclaró Nerys sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

- ¿De verdad?

- ¿Crees que miento?

- ¡No!

- La gente ha salido a recibirles, por eso el jaleo.

- ¿Podemos ir nosotras?

- Verania, debes aprender a comportarte.

- Pero…

- Escúchame, son hombres y no debes confundirles con tus actos inapropiados.

- Me salvaron la vida y me dieron un lugar al que pertenecer Nerys, se lo debo todo… no veo qué hay de malo en salir a recibirles con el resto de la gente.

- El resto de la gente son las familias de los hombres que mi hijo y Leith se han llevado en esta ocasión, tu lugar no está ahí.

- Oh… entiendo.

- Bien, eres demasiado joven para entender algunas cosas, tendrás que confiar en mí.

- ¡Por dios Nerys! ¡Tengo casi 25 años!

- Oh, así que tienes casi 25 años…

- Sí, mi cumpleaños es el 9 de Julio. –Recordó Verania sonriente.

- Eso es dentro de unos días.

- La verdad es que he perdido la noción del tiempo desde que, eh… bueno, ya sabes.

- Lo importante es que lo has recordado.

- ¿Verdad? Recuerdo que mi madre siempre me preparaba un pastel para celebrarlo, era como el día más importante del año porque mamá nunca cocinaba.

- Aquí no celebramos los cumpleaños.

- Oh… bueno, no importa. Supongo que todos modos ya soy demasiado mayor para pasteles y regalos.

- Eres una niña a mis ojos.

- ¿Qué edad tiene Alaric?

- Cumplirá 33 el 3 de septiembre. ¿Estás interesada en mi hijo?

- ¡No es eso! Es que a veces cuando se ríe, parece joven, pero normalmente es tan serio y tiene esa cara de mala leche que… bueno, que parece un viejo cascarrabias.

- Da gracias a que no te ha oído decir eso.

- Una vez le dije que estaba más guapo cuando se reía y creo que tuvo que hacer un gran esfuerzo en contenerse para no cortarme el pescuezo.

- Tampoco es un comentario adecuado para una muchachita de tu edad y soltera.

- Ahora me doy cuenta de ello, pero para mí sólo fue algo natural decir lo que pensaba.

- Alaric es un buen hombre.

- Nunca lo he puesto en duda Nerys.

- Su padre murió cuando él todavía era un niño y siempre tuvo claro que él era el hombre de la familia y tenía que cuidar de su hermana y de mí.

- ¿Qué pasó?

- Se llamaba Blake y era la mano derecha de Kenzie, el padre de Leith. Estaban de camino a las tierras de los MacPherson para intentar solucionar los conflictos entre ambos clanes pero sufrieron una emboscada por el camino y muchos de los hombres de Kenzie resultaron heridos o muertos, Blake fue uno de ellos, no regresó.

- Oh dios mío, lo siento mucho Nerys.

- Ocurrió hace 20 años.

- La muerte de un ser querido no se olvida, por mucho tiempo que pase, sigue doliendo.

- Vamos, cambia esa cara muchacha, necesitaré que me acompañes al castillo, seguramente ya habrán llegado y necesito hablar con mi hijo para

ver si alguno de sus hombres me necesita.

La cara de Verania cambió de inmediato, reemplazando su mirada sombría por una sonrisa que le llegaba a los ojos, tenía ganas de volver a ver a los dos hombres que consideraba sus amigos.

Siguió a Nerys y entraron al castillo por la cocina, nunca había utilizado la puerta principal desde que había llegado, algo que siempre le había llamado la atención. Se dirigieron a una sala anexa al salón, era pequeña comparada con el resto de las estancias, pero sin duda una de las más acogedoras, un precioso tapiz colgaba de una de las paredes, la cubría casi en su totalidad, en otra se encontraba una chimenea frente a la que había varios sillones, en la otra pared había un enorme ventanal, con unas preciosas cortinas. En la pared en la que se encontraba la puerta había varios estantes con algunos libros y cajas de madera, frente a los que descansaba una mesa con dos o tres sillas. Acababa de decidir que sin lugar a dudas, aquella era su estancia preferida del castillo, le resultaba de algún modo hogareña.

Nada más entrar se hizo el silencio, Leith y Alaric estaban discutiendo algo que cesaron de inmediato cuando Nerys entró en la habitación, seguida por Verania. La expresión de los hombres no parecía denotar que trajeran buenas noticias. Nerys pasó por el lado de su hijo y su Laird y se sentó en uno de los sillones sin mediar palabra, e invitó con un gesto a que Verania la acompañara, los cuatro terminaron sentados frente a la chimenea apagada, había un silencio sepulcral cuando Nerys les preguntó en su lengua.

- ¿Cuáles son las novedades?

- Los Fraser no lucharán con nosotros. –Sentenció Alaric evidentemente molesto.

- Leith, ¿cuál es el motivo?

- Hay ciertos rumores que no dejan al clan en buen lugar. –Miró a Verania de reojo, intentando disimular y creyendo que no les entendía –. Los Fraser no quieren perder ni tiempo, ni hombres, ni su relación con los MacIntosh que apoyarán a los MacPherson. Hay otros asuntos más importantes que batallar, con los ingleses, y no van a hacernos lado. Los Stewart de Boyd, sin embargo están con nosotros, pero me temo que no son suficiente ayuda, seguramente sólo nos apoyan en busca de su propia protección, lo mismo que los Menzies.

- Y eso no es todo madre. Los Chattan han escuchado algunos rumores y vendrán a visitarnos, pensamos que llegaran dentro de unas semanas.

- Vienen a vigilaros.

- Sin duda Nerys, pero lo solucionaré antes de que lleguen.

- Sólo existe una opción, Leith. –Aclaró Alaric en un tono de voz inusualmente bajo.

- Lo sé, pero necesito hacer lo mejor por mi gente.

- Lo que necesitas es encontrar a la persona adecuada para hacerse cargo de la situación, jovencito.

- No es sencillo, Nerys. –Esta asintió, sabía que no había muchas opciones.

- ¡Yo no quiero saber nada! Te dije que debimos dejarla en tierras de los Fraser, era su problema, estaba en sus tierras. –Bramó Alaric, quien sabía muy bien que la protegería.

Nerys se llevó a Verania de allí, era consciente de que había entendido toda la conversación y se sentiría culpable si llegaba a comprender que ella era el problema al que se enfrentaban, si los Chattan llegaban y descubrían que escondían a una muchacha que no era un miembro de su clan la reclamarían, en el mejor de los casos, en peor la acusarían de ser una espía inglesa y la matarían. No podrían hacer nada por evitar el desastre si llegaban y Verania seguía en su situación actual, para ellos era un miembro más del clan, pero sabían que esa no era la realidad. En el momento que lo descubrieran, y los Chattan sin duda lo harían, ella estaría en apuros, poniendo también en peligro a todo el clan por esconder a una sassenach. Ellos sabían que Verania no era ninguna de esas cosas, pero tampoco era un miembro pleno del clan y sólo había una forma de convertirla en una Murray.

Verania no quiso preguntar, pero en efecto, no pudo evitar pensar que ella era el problema del que habían estado hablando aquella tarde. No volvió a verles, siquiera en la cena.

No podía dormir, el hecho de pensar que podía poner en peligro a aquellas personas que tanto habían comenzado a importarle… era sencillamente superior a sus fuerzas. Necesitaba aire y necesitaba un plan, un maldito plan y rápido. Cogió el plaid que tenía con ella desde que había llegado y tras envolverse con él salió al exterior del castillo por la puerta de la cocina, caminó sumida en sus pensamientos hasta llegar a la parte trasera del establo, había unas piedras irregulares allí cerca y se sentó en una de ellas mirando al cielo e intentando encontrar alguna salida a su situación sin poner en peligro a Nerys, ni a los demás.

Estaba tan absorta mirando cómo brillaba la estrella polar que no se dio cuenta que había alguien de pie a su lado hasta que escuchó su voz.

- ¿Qué haces aquí fuera?
- No podía dormir.
- ¿Has recordado algo nuevo?
- Sólo algo sin importancia.
- ¿El qué?
- Mi cumpleaños, estaba intentando que Nerys no me viera como una niña y simplemente me vino a la mente que el día 9 cumplo los 25 años.

Leith se sentó en el suelo al lado de Verania y miró en la misma dirección que lo hacía ella. Permanecieron en silencio un buen rato.

- ¿Qué observas tan atentamente?
- La estrella polar.
- ¿La estrella polar?
- La estrella del norte, es fuerte y brilla con más fuerza que ninguna. Sé que puedo confiar en ella y seguirla sin perderme, puedo sentir la seguridad de que nunca me fallará.

Ambos se quedaron en silencio de nuevo, si era necesario para protegerles se marcharía de allí, aunque no supiera siquiera dónde ir. Verania tenía algo en la cabeza, pero no sabía cómo expresarlo, había tomado una decisión y no quería que, si finalmente huía, Leith pudiera pensar que lo hacía porque no confiaba en él. Buscó las palabras, pero no encontró la forma adecuada de expresar lo que quería transmitir.

- Tú eres como la estrella del norte. Eres fuerte y destacas entre todos, sé que puedo confiar en ti… pero no puedo permitir que todos vosotros estéis en peligro por mi culpa.
- ¿Cómo dices?
- Sé que Alaric tenía razón, os estoy causando problemas y puede ser peor… no quiero que os pase nada por mi culpa, a ningún Murray, le conozca o no.
- Has dicho que sabes que puedes confiar en mí.
- Lo sé, eres mi estrella polar… el Laird.
- Encontraré la solución.
- No hay tiempo.
- Tengo al menos una semana para tomar una decisión.
- No os pondré en peligro, Leith. –Le llamó por su nombre, era osado, pero la conversación lo estaba siendo, quería que supiera que les apreciaba

como personas.

- Sé lo que estás pensando, no creas que me engañas.
- No lo pretendo.
- Dame una semana.
- Puede que se adelanten.
- Lo veo poco probable, por el momento sígueme.

Leith se levantó y Verania le siguió sin mediar palabra, entraron al castillo y la guio hasta la sala en la que se habían reunido aquella mañana. Cerró la puerta tras él y se situó frente al enorme tapiz, se tomó un momento antes de volverse y mirarla fijamente con gesto serio.

- ¿Puedo confiar en ti?
- Sí.
- No puedes hablar de esto a nadie, es un secreto que sólo yo conozco, sólo se transmite de Laird a Laird, mi padre sospechaba que podía ocurrirle algo cuando fue a reunirse con esos malditos bastardos y me lo dijo antes de partir.
- Estás seguro de que…
- Promételo. –La cortó.
- ¿Qué?
- Promete no hablar de esto a nadie.
- Sí Leith, te lo prometo.

El Laird asintió levemente antes de colarse tras el tapiz, cogió a Verania de la mano e hizo que le siguiera, ambos estaban tras aquella enorme tela frente a una pared, no entendía nada.

- Fíjate en esta pequeña muesca. ¿La ves? –Señaló una muesca diminuta en la pared.
- Sí.
- Presta atención a su localización y mira como posiciono las manos.

Ella asintió observando atentamente cómo Leith ponía las manos dejando la muesca en el centro del triángulo que había creado con sus manos. Presionó la pared con fuerza dejando caer un poco su peso y una pequeña puerta se abrió. Vera le miraba anonadada, volviendo a tomarla de la mano, Leith descendió por las estrechas escaleras en forma de caracol que se abrían ante ellos, la puerta quedó cerrada a sus espaldas y tras un tramo un tanto claustrofóbico llegaron a

una habitación.

- Si llegan antes, si ocurre algo, escóndete aquí. Nadie conoce este lugar salvo nosotros, estarás segura.

- ¿Qué es este lugar?

- Mi padre no tuvo tiempo de darme explicaciones, pero en estos años he bajado algunas veces. Hay documentos, reliquias familiares, recuerdos importantes y bienes valiosos.

- Prometo no tocar nada.

- No llegarías muy lejos si me traicionaras.

- ¿Sabes? Tampoco es que tuviera dónde ir. –Respondió de una forma claramente borde.

Leith se acercó sin vacilar a Verania, quien retrocedió hasta topar con una pared, la intimidante altura y corpulencia del Laird aceleraron su respiración, le miraba con la boca entreabierta y los ojos de par en par, nunca le había visto de ese modo. La miró arrugando las cejas y apoyó ambas manos en la pared a los lados de Verania, de forma que no pudiera escapar. Acercó su cara a la de ella y la miró fijamente antes de aclararle algo.

- Verania, soy un hombre y soy el Laird, debes aprender a hablarme con más respeto.

- Lo siento.

Leith entendía perfectamente por qué aquella muchacha sacaba de quicio a su amigo Alaric, no sabía cuándo callar y no les tenía miedo, si alguien la escuchara hablarle de ese modo tendría problemas, Verania tenía respuestas para todo, aunque era dulce y su voz era suave, había descubierto hacía mucho tiempo que bajo aquella apariencia de corderito asustado había una mujer fuerte y determinada.

Capítulo 5

Ya había pasado casi una semana desde que los hombres habían regresado y Verania apenas se había cruzado con ellos, era como si la estuvieran evitando, por ello se sorprendió cuando una muchacha que no tendría más de 14 o 15 años fue a buscarla al lugar dónde ella y Nerys estaban recogiendo algunas hierbas.

- Nerys ¿es esta a la que llaman Verania? –Dijo la chiquilla señalando a la pelirroja.
- Yo soy Verania Murray ¿tú eres?
- Yo soy Effie, el Laird me ha mandado a buscarte.
- Dile que ahora iré, tengo que terminar de ayudar a Nerys con esto.
- Pero…
- ¿Qué ocurre Effie?
- Alaric estaba con él y ha dicho que te trajera al castillo inmediatamente.
- ¡Está bien! ¿Nerys, puedes sola?
- Ve tranquila Vera.
- Gracias. Vamos Effie, no quiero que ese maldito cascarrabias se moleste contigo por mi culpa.

Ambas emprendieron el camino de vuelta al castillo en silencio, Verania repasó mentalmente lo que había ocurrido en aquella última semana en busca de alguna pista sobre por qué aquellos dos querían verla con tanta impaciencia. La noche que los hombres habían vuelto y que Leith le había enseñado aquella especie de escondite secreto, había huido de él en cuanto había podido y se había refugiado en la oscuridad de su habitación, el Laird no la había seguido y pese a que no pegó ojo en toda la noche pendiente de cualquier sonido que advirtiera peligro no escuchó nada, por lo que él no había pasado la noche en su habitación. Al día siguiente fue a trabajar con Nerys, como cada mañana, vio de lejos a Leith y Alaric en las caballerizas con más hombres, nada extraño. Aquella tarde Nerys comenzó a sentirse mal así que para no preocupar a su hijo ni dejarla sola, Verania se quedó con ella en su casa. Al día siguiente Nerys

empeoró, y Verania se quedó a su lado, aquel día no vio a nadie. El tercer día Nerys comenzó a mejorar y cuando pudo dejarla sola fue ella sola a trabajar en los encargos que tenían pendientes, después regresó y pasó la noche con ella, le pareció ver a Alaric cerca de la casa de su madre un par de veces pero Nerys dijo que no le había visto. Al día siguiente Nerys ya estaba recuperada, aunque algo más débil de lo habitual y Vera decidió quedarse a su lado, así que tampoco había visto a los hombres. El quinto día todo había vuelto a la normalidad, Alaric se había interesado por el estado de salud de su madre y todos cenaron tranquilamente en el castillo con normalidad, la conversación fue escasa pero no hubo nada fuera de lo normal que pudiera llamarle la atención, lo único relevante ocurrió al día siguiente, era el día de su cumpleaños y cuando se despertó había un colgante en su mesita de noche. No había una nota o una pista de quién podría haber dejado el regalo, pero estaba bastante segura de que había sido Nerys, seguramente su conversación con ella sobre recordar su cumpleaños, sus 25 años, el pastel que siempre preparaba su madre… aquellas historias que habían compartido posiblemente habían ablandado el corazón de la mujer, ya de por sí cariñosa y atenta. Lo único que no entendía era por qué no se lo había dado en mano, pero seguramente no querría que su hijo se enterase así que ella también guardaría el secreto. Se detuvo más tiempo del necesario con ese pensamiento mientras sostenía el colgante en la mano, lo había llevado escondido bajo la ropa hasta ese momento. Acababan de llegar frente a la habitación del tapiz y Effie se detuvo ante la puerta cerrada.

- Tienes que entrar.
- Gracias Effie.
- Oye Verania…
- ¿Sí?
- No sé qué te traes con Alaric y su madre, pero aléjate de él.
- ¿Qué?
- Alaric es mío.

Effie se marchó tras soltarle a Verania aquella bomba, era una chiquilla a la que Alaric le doblaba la edad, y aunque ella también aparentaba ser unos años más joven de lo que era en realidad, no veía que interés podría tener una chiquilla en un bruto como Alaric. Todavía sorprendida con la reacción de la rubia rolliza de ojos oscuros, entró en la habitación sin llamar, Alaric y Leith estaban sentados en silencio.

- Effie me ha dicho que me buscabais.

- Pasa y siéntate.

La voz de Leith sonó dura, estaba enfadado y no aceptaba discusión. Verania entró y se sentó entre los dos hombres, ambos desviaron la mirada hacia su colgante, Alaric frunció el ceño al verlo y ella lo volvió a esconder bajo sus ropas, si algo no le había gustado al guerrero tampoco dijo nada. Leith soltó un bufido de exasperación y se levantó posicionándose frente a ellos, Alaric le aguantó una mirada desafiante hasta que su impaciencia pudo más que él.

- ¿Qué quieres Leith? ¿Y por qué has hecho que esté ella aquí?

- Los Chattan no tardarán en venir.

- ¡Eso ya lo sé! –Bramó Alaric.

- Pues si lo sabes, sabrás que tenemos que hacer algo para poner a salvo a Verania. –Leith intentaba mantener la calma, pero su respiración acelerada y su postura rígida indicaban todo lo contrario.

- ¡Si la encuentran estamos muertos, joder Leith! ¿En qué narices estabas pensando?

- Me iré. –Intervino Verania en tono firme poniéndose en pie.

- ¡NO! –Bramaron ambos hombres al unísono.

- Podría ser peligroso de todas formas. –Se justificó el guerrero.

- No tienes que irte a ninguna parte, hay una solución.

- ¿Cuál? –Preguntó desesperada.

- Te casarás con Alaric.

- ¿Qué? ¡No! ¡Ni hablar! ¡Tú la trajiste, es tu problema! –Alaric estaba gritando a Leith, quien le miraba con seriedad sin mover ni un solo músculo.

Verania se quedó paralizada y en completo silencio, ¿casarse con Alaric? Era una opción que nunca se había planteado, aunque tenía lógica que para convertirse en una Murray la solución más obvia era casarse con un Murray, todo aquello se le estaba escapando de las manos. No podía hacerle a Alaric tal cosa, si ya la odiaba la odiaría más… ¡Y Nerys! Por dios… ¿qué pensaría Nerys de todo eso? La había tratado como a una hija, todo lo que estaba sucediendo en aquella habitación podría cambiarlo todo.

Los dos hombres comenzaron a discutir en su idioma, claramente ignorando que Verania podía seguir perfectamente la conversación que estaban manteniendo, y lo hizo sin intervenir… todo el tiempo que le fue posible.

- ¿Estás loco Leith?

- ¡Sabes que es la única solución!

- ¡Pues busca a otro!

- ¡No podemos confiar en cualquiera para algo así!

- ¿Y confías en mí?

- Sé que no le harás daño.

- Pareces muy seguro de ello… soy un hombre, ejerceré mi derecho le guste o no.

- No te atreverás a hacerle daño, Alaric.

- Tendré que consumar el matrimonio, amigo, y eso… es lo único de bueno que veo en todo esto.

- Mide tus palabras, Alaric.

- ¿Te molesta que pretenda ejercer mi derecho como esposo sobre ella? Eres tú quien me la está poniendo en bandeja.

- Alaric… –Leith comenzaba a perder la paciencia, que era exactamente lo que su amigo pretendía.

- Si tanto te molesta, cásate tú con la pelirroja.

- Alaric, soy tu Laird, no cuestiones mi decisión.

- ¿Ella lo sabe?

- No sé de qué hablas.

- Así que sigues siendo un cobarde.

- No me hables así, Alaric.

- ¿Crees que no lo he visto? Porque te equivocas.

- No te atrevas a…

- Entonces atrévete tú.

- Sabes que no es posible, no es cuestión de atrevimiento.

- Lo es.

- No lo es.

- Está bien, *amigo*, ya que eres *mi Laird*, acataré tu orden… a mi manera.

- Si le haces daño, aplicaré mi ley sobre ti… a mi manera.

- Soy más fuerte que tú.

- Pero yo manejo mejor la espada.

- ¡Ya está bien de pelearos! –Intervino Verania, dejando al descubierto que había aprendido su lengua.

- Pero qué… –Fue todo lo que logró balbucear Alaric, mientras Leith intentó mostrarse impasible.

- Si marcharme os pone en peligro, haré lo que se me ordene. Sé que me odias Alaric, y créeme, no estoy precisamente dando saltos de alegría por tener que casarme con un energúmeno como tú, pero si es lo que Leith

considera mejor, acataré sus órdenes e intentaré ser una buena esposa.

- Cuando has…

- Se lo pedí a tu madre hace meses, también sé usar una espada, así que por tu bien… espero que no me obligues a demostrarlo.

Uno de los guerreros jóvenes había enseñado a Verania a defenderse por orden de Nerys, había sido un secreto muy bien guardado hasta entonces y no sería ella quien desvelara lo que Aryn había estado haciendo a espaldas de todos.

Alaric salió de la habitación como alma que se lleva el diablo, dando un sonoro portazo. Verania y Leith se quedaron allí plantados, ella miraba fijamente a Leith, intentando hallar respuestas y él miraba por la ventana como si allí fuera a encontrar el mayor tesoro del mundo. Finalmente Verania rompió el silencio e hizo que él la mirara con sincera intensidad.

- Creo que Alaric no se lo ha tomado demasiado bien.

- ¿Y tú?

- No es el sueño de mi vida, Leith.

Silencio.

- Leith, si pudiera elegir… no sería con Alaric con quien me casaría.

- ¿Elegirías al hombre que te ha enseñado a manejar la espada?

- No.

- ¿Por qué?

- Porque no siento nada por él.

- Si hay alguno de mis hombres… –No pudo terminar la frase, y la dejó en el aire.

- No.

Silencio.

- Vera, yo…

- ¿Leith?

- Lo siento.

Vera asintió y fue hasta la puerta, abrió y tras comprobar que no había nadie al otro lado, giró la cabeza sobre su hombro para volver a mirar a Leith, buscó sus ojos y clavó los suyos en su mirada azul.

- Si pudiera elegir de entre todas las estrellas, Leith, ya sabes cuál sería mi elección. La estrella del norte, siempre, mi estrella polar…

Sin añadir nada más cerró la puerta tras ella y salió del castillo, tenía mucha información que asimilar en esos momentos y cuanto más lejos estuviera, mejor para todos. Si se encontraba con Alaric tendría que hacer un verdadero esfuerzo

por no darle un bofetón, lo cual sería sin duda una pésima idea.

Sin embargo, no podía soportar la punzada de decepción que sentía. No estaba enamorada de Alaric, era guapísimo y era sin duda condenadamente atractivo, tanto que estaba segura de que cualquier mujer se sentiría atraída por él, incluida ella, pero eso no era amor, su corazón no se aceleraba a su lado, pese a ello le había dolido igualmente su rechazo. Parecía tan molesto con el hecho de tener que casarse con ella que sentía ganas de llorar, el rechazo era algo doloroso, y lo sentía por partida doble.

Se había dado cuenta en el momento en que Leith le había comunicado la decisión, lo había sentido como una puñalada y no había vuelta atrás, dolía, dolía demasiado, una sensación que la quemaba y la consumía por dentro, un sentimiento poderoso que recorría cada poro de su cuerpo, una absoluta necesidad, un sentimiento sobrecogedor, aterrador, profundo… y sólo había un posible motivo para sentirse así: se había enamorado de Leith.

No fue capaz de enfrentarse a las preguntas de Nerys, así que en vez de volver al trabajo se fue al sitio en el que Aryn la había enseñado a manejar la espada, era un lugar lo suficientemente apartado como para que nadie pudiera localizarla, así lo había elegido su joven amigo para no ser descubiertos.

Verania se tumbó en el suelo con la mirada fija en el cielo, el cielo estaba despejado y la temperatura era agradable. Su vida estaba cambiando a pasos agigantados, no era capaz de recordar cómo era antes de conocer a Leith y Alaric, pero estaba muy segura de que no tenía nada que ver con aquél lugar y sus costumbres. Sabía por la discusión de los hombres que Leith le estaba ocultando algo, la pregunta del millón era: el qué.

- Alaric está como un loco buscándote.
- Aryn, por dios, me has asustado.
- Nadie sabe dónde estoy, pero supuse que debías saberlo.
- Lo último que me apetece ahora mismo es tener que enfrentarme a tu jefe.
- Está bastante enfadado.
- ¿Y cuándo no lo está?
- Dice que cuando seas su mujer te meterá en vereda.
- No dudo que lo intentará.
- Entonces es cierto…
- ¿El qué?
- Que te vas a casar con él.
- Son órdenes del Laird, tengo que casarme y parece que Alaric es su

mejor opción.

- Alaric es…

- Un bruto, un salvaje, un ogro…

- Sí bueno, una bestia diría.

- Ya ves, me ha tocado la lotería.

- ¿El qué?

- Nada, quería decir que no tengo suerte.

- ¿Por qué Alaric?

- No lo sé, pero él está tan feliz con la idea como yo.

- No te cases con él.

- No tengo otra opción.

- Yo me casaré contigo, iré a hablar con el Laird.

- ¿Qué?

- Sé que no me amas, pero me gustas y no te haría daño… no confío en cómo te trate Alaric.

- Eres demasiado joven para algo así Aryn, te lo agradezco, de verdad, pero no permitiré que arruines tu vida, conocerás a alguna muchacha de tu edad y yo sólo seré un estorbo.

- Vera, tengo 19 años, no soy un niño.

- No claro que no lo eres, pero eres mi amigo.

- Por eso, déjame ayudarte.

- No Aryn, me haría muy infeliz.

- Eso duele…

- Quiero decir que no quiero que te veas involucrado en esto.

- Si Alaric…

- Confía en mí, me has enseñado bien.

- Tendrás problemas con algunas muchachas.

- Con Effie seguro.

- ¿La hija de la cocinera?

- Supongo, me ha dejado claro que Alaric es suyo, y créeme… por mí se lo puede quedar enterito.

- Ten cuidado con ella, puede parecer adorable, pero es el mismo demonio.

- Vaya, veo que las cosas me van de mal en peor.

- Prométeme que contarás conmigo si necesitas ayuda.

- Prometido, y ahora vete antes de que alguien descubra dónde estás.

- No me asusta Alaric.

El joven Aryn dio un beso en la mejilla a Verania antes de salir corriendo, si alguien descubría que estaban ambos solos en medio del bosque iban a tener problemas, los dos. Aunque a los ojos de Verania, él todavía era un chiquillo, no había duda de que en realidad ya era un hombre y no necesitaba más problemas.

Decidió regresar cuando estaba anocheciendo, pero en vez de ir directamente al castillo pasó por casa de Nerys, le debía una explicación. Seguramente la noticia ya había alcanzado sus oídos. Entró en la casa y la encontró sentada junto a la ventana.

- Hola Nerys.

- ¿Dónde estabas?

- Necesitaba estar sola.

- ¿Y mi hijo?

- No lo sé, no lo he visto desde que Lei… el Laird nos ha convocado antes.

- ¿Es cierto?

- Sí, parece ser que la única forma de que no os ponga en peligro es casándome… y también parece que a Leith no se le ha ocurrido nadie más a quien cargarle el muerto que a tu hijo.

- Ya veo que no estás emocionada.

- No me malinterpretes Nerys, Alaric es un gran hombre, un gran guerrero… es atractivo y estoy segura de que hay muchas mujeres que matarían por ser su esposa… pero…

- Pero tú no eres una de ellas.

- No. Le quiero, pero no de ese modo.

- A veces…

- Nerys, lo sé. Intentaré ser una buena esposa, tal vez con el tiempo… no sé. Quería que lo supieras por mí. Me voy, necesito descansar.

- Está bien, hija.

Parecía que la noticia tampoco hacía feliz a Nerys, su gesto sombrío y su voz apagada eran buena muestra de ello. Estaba segura que tenía información que no había compartido con ella, pero llegados a ese punto, tampoco le importaba, su destino estaba en manos de un hombre al que todo el mundo temía por su ferocidad y sabía que la boda no se iba demorar mucho tiempo. Tenía que hacerse a la idea, era fuerte y lo superaría. A fin de cuentas, Alaric podía ser muy fiero, pero no le haría daño y acostarse con un hombre atractivo, que físicamente

no podía negar que le gustaba, tampoco iba a matarla, podía fingir que era el hombre que ocupaba sus pensamientos y no el marido impuesto. El hecho de que su corazón perteneciera a otra persona no era un tema secundario, pero aprendería a vivir con ello, siempre y cuando fuera capaz de soportar el dolor de verle con otra mujer llegado el momento. Quería auto convencerse, pero ni siquiera ella se creía todos esos pensamientos positivos, iba a ser un maldito infierno, estaba enamorada y no quería traicionar a su maldito corazón.

Capítulo 6

Alaric llevaba dos noches sin conseguir pegar ojo, su amigo era un maldito cabezota y jamás reconocería su maldito error, pero para él estaba claro que todo aquello era un error, uno del que todos iban a arrepentirse más pronto que tarde, de hecho.

Que la solución a sus problemas pasaba por casar a Verania con un Murray era más que evidente, eso lo tenía claro, no, más que claro… cristalino. ¿Pero por qué narices tenía que ser él? Verania era una joven atractiva, desde luego, era una muchacha pelirroja de pelo largo y ondulado, su rostro pecoso y su tez pálida le conferían un aire inocente que desde luego no reflejaba su personalidad peleona, tenía los ojos de un precioso color que recordaba al otoño. Era pequeña y delicada, cuando la recogieron pudo adivinar cada curva de su cuerpo y aunque no había mucha carne sobre sus huesos toda estaba perfectamente repartida de la manera adecuada para que resultara tentadora. No obstante, aquello no podía ser verdad, no sabía qué le disgustaba más la cobardía de su amigo, el Laird, o el hecho de que no pudiera quitarse de la cabeza su futura noche de bodas, había pensado en tener a aquella maldita sassenach en su lecho desde el mismo maldito día en que despertó y abrió su insolente bocaza, quería acallar cada una de sus protestas y desaires con su cuerpo.

- ¡Maldita sea! ¡Deja de pensar en ella! –Se riñó a sí mismo.

Alaric se encontraba de camino a su destino, si el cabezota de Leith no pensaba abrir los ojos y ver que todo aquello era una maldita estupidez entonces terminaría con todo lo antes posible. Pensaba prepararlo todo y casarse con Verania aquella misma semana, la siguiente como muy tarde. Tal vez de ese modo alguno de los dos tendría las agallas de quitarle del medio, y si no… tendría un hermoso cuerpo a su disposición para liberar tensiones. A fin de cuentas él era el único que no perdía, no tenía muy claro por qué estaba haciendo todo aquello, pero su amistad con el Laird era importante y no quería ponerla en juego, cosa que sin duda iba a suceder, tarde o temprano, por culpa de una menuda pelirroja de origen desconocido.

Leith por su parte estaba de un humor pésimo, se había enterado que los Chattan llegarían en un par de semanas y además, no sabía si había tomado la decisión correcta. ¿Sería lo mejor que Verania se casara con Alaric? Era el único hombre en quien podía confiar, pero su reputación le precedía, Alaric era conocido en todos los burdeles de las highlands y parte de las lowlands ¿era eso lo que quería para Verania? No lo sabía, no sabía absolutamente nada.

Había tomado aquella decisión la noche anterior al cumpleaños de Vera –¿Se atrevería algún día a llamarla así?–, fue la misma noche en que le dejó en su mesilla de noche el colgante que había pertenecido a su madre, era lo único que conservaba de Ailie y ahora todas sus pertenencias estaban en manos de Verania, ya le había dado su ropa cuando la trajo al castillo, no podía ir por ahí vestida conforme la habían encontrado.

Decidió que el colgante sería para ella el día que estuvieron en la habitación secreta, aquel día sin duda metió la pata y cuando Verania huyó de él, simplemente se quedó parado como un idiota, cuando fue capaz de reaccionar, en vez de salir tras ella, abrió la pequeña caja en que estaba el colgante, lo hizo sin pensar y entonces lo supo, supo que ya había estado guardado demasiados años. Verania siempre llevaría con ella una parte importante de él, aunque no lo supiera… Alaric tenía razón era un cobarde, le había entregado su bien más valioso y siquiera había sido capaz de dar la cara por ello y decírselo abiertamente, menudo Laird estaba hecho, Kenzie y Sloan podrían estar orgullosos de cómo trataba a su gente y como gestionaba el clan pero Ailie se estaría removiendo en su tumba si viera lo cobarde que era su hijo cuando no se trataba de luchar. Trató de hacer lo correcto o lo fácil, si se autoimponía él como marido podría perderla definitivamente, si era Alaric el que se casaba con ella tal vez no le odiaría tanto. ¿Pero qué significaba lo que le había dicho la última vez que la vio? Estaba tan preocupado de no lanzarse sobre ella que apenas prestó atención a sus palabras, dijo algo de elegir una estrella polar, ¿podría significar aquello lo que él creía? Tal vez era todo fruto de su imaginación, quería ver lo que él quería sin tener en cuenta la cruda realidad, sí, seguramente sería eso.

Verania estaba con Nerys intentando centrarse en el trabajo, no quería pensar en lo que le esperaba, en las últimas horas la noticia había corrido como la pólvora: Alaric Murray, *Beathach*, el capitán de los hombres del Clan Murray iba a casarse. Había habladurías para todos los gustos, pero lo que más le molestó a Verania fue descubrir la fama de mujeriego que tenía su futuro marido,

estaba segura que la humillaría continuamente en ese aspecto, ella no era una mujer pechugona y tampoco pensaba darle lo que sin duda él pediría, ¡si ni si quiera quería casarse con él! No debía importarle que saciara sus necesidades con cualquier prostituta, pero le importaba… era una lástima que hubiese descartado la opción de huir, porque la había descartado ¿verdad?

- ¿Dónde demonios estás hoy Verania?

- ¿Eh?

- No pongas esa cara de alelada, te preocupa lo que se dice de mi hijo y de ti.

- No. Bueno… sí, un poco.

- Alaric es un hombre.

- Creo que de dónde yo vengo las cosas son diferentes.

- ¿Has recordado algo más?

- No, es un sentimiento, todo esto me resulta extraño y tengo la sensación de que es porque de dónde yo vengo las cosas funcionan de otro modo, tengo la certeza de que la gente se casa por amor y no por… bueno, por lo que sea que me tenga que casar con Alaric.

- Los cuentos de hadas no existen jovencita.

- Supongo que tienes razón Nerys.

- Por supuesto que tengo razón.

- Seguro que es sólo el miedo a lo desconocido, te prometo no darle más vueltas.

- No hagas promesas que no vas a cumplir.

En ese momento Verania se agachó a recoger unas hierbas que se le habían caído de las manos y el colgante quedó al descubierto, no pasó desapercibido para Nerys.

- Bonito colgante.

- Gracias, apareció la mañana de mi cumpleaños en mi mesilla de noche, estoy segura que un hada madrina lo puso allí. –Su voz sonaba risueña.

- Es mejor que lo lleves bajo la ropa, vuelve a guardarlo, alguien podría entrar.

- Sí, perdón.

¿Por qué aquella muchacha llevaba el colgante que Kenzie le regaló a su difunta esposa Ailie el día de su boda? Era la pregunta del millón para Nerys, por la forma en la que le había hablado del colgante estaba claro que no tenía ni

la más remota idea de dónde provenía, no había mentido, Verania tenía un tic cuando mentía, arrugaba ligeramente la nariz, era un gesto que podría pasar desapercibido para alguien poco observador, pero no para Nerys. Debía hablar con su hijo, no sabía que se traían entre manos Leith y Alaric pero si seguían poniendo a Vera en el medio aquello iba a terminar condenadamente mal.

- Verania, quédate aquí, necesito salir un momento.

- ¿Ocurre algo?

- Oh, no, nada chiquilla. Soy una vieja chocha y se me ha olvidado hacer una cosa no te preocupes.

Nerys salió a buscar a su hijo, no lo encontró en ninguna parte así que cuando se encontró con Aryn en el patio de armas aprovechó la oportunidad de sacarle cuanto supiera. Dios sabía que Aryn era un buen chico y que algún día se convertiría en un gran hombre, pero todavía era un chiquillo fácil de manipular para ella.

- Hola jovencito.

- Hola señora…

- Déjate de cháchara, ¿has visto a mi hijo?

- No ha regresado todavía.

- ¿De dónde?

- No lo sé muy bien, pero he escuchado a algunos hombres comentar que iba agilizar los trámites de su matrimonio, por lo visto tiene ganas de ponerle sus sucias zarpas encima a Vera. –No pudo ocultar la mueca de asco.

- Ten más respeto por tu capitán, Aryn.

- Lo siento, es sólo que no consigo entenderlo, Alaric nunca ha querido una esposa.

- No te inmiscuyas en cosas que no te conciernen, es un consejo.

Sin decir nada más volvió junto a Verania, actuar de aquella manera no era propio de su hijo, ¿qué estaría tramando? Si algo tenía claro es que el comentario de Aryn, cuando había dicho que Alaric nunca había querido una esposa, no podía ser más cierto. Ella lo sabía bien, aquello le había causado más de un quebradero de cabeza en los últimos años.

Siempre le había dicho que tenía que sentar la cabeza y escoger a una buena mujer para casarse con ella y darle nietos, pero él siempre se había negado y ahora que estaba a punto de conseguirlo no podía ser completamente feliz,

aquello era algo que ninguno de los dos deseaba y aunque no pensaba inmiscuirse en el asunto esperaba que los dos guerreros consiguieran abrir los ojos a tiempo, de otro modo los tres iban a pasarlo mal en el futuro. Ella se había casado con Blake sin apenas conocerle, pero con el tiempo se había enamorado de él, sabía que era un sentimiento al que nadie que lo conociera querría renunciar y si su intuición no le fallaba, que seguro que no lo hacía, dos de los tres conocían ese sentimiento y uno de ellos no era Alaric.

Estaban trabajando en silencio cuando la puerta se abrió de golpe de forma violenta y un Alaric alterado apareció en el umbral, era evidente que había bebido más de la cuenta, apestaba a cerveza.

- Seis días, Verania. –Dijo arrastrando las palabras.
- ¿Qué?
- Serás mía dentro de seis días.

No se molestó en cerrar la puerta cuando se marchó de allí, caminaba dando bandazos de un lado a otro. Había visto a Alaric beber cantidades ingentes de cerveza antes y nunca le había visto borracho, debía haber bebido mucho para llegar a ese estado. ¿Tanto asco le daba el hecho de tener que casarse con ella? Pues bien, era recíproco. Verania salió tras él sin decir ni una sola palabra pero en vez que seguirle se fue al lugar en que solía esconderse cuando no quería ver a nadie, su lugar detrás de los establos. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, había oscurecido y tenía la mirada fija en una estrella, había intentado contarlas todas para distraerse pero siempre se sorprendía a si misma mirando fijamente su estrella, la estrella polar. Aquella que significaba tanto para ella y ahora tenía para ella un nombre propio: Leith Murray. De nada servía seguir engañándose.

Decidió volver al castillo e ir directamente a su habitación, no le apetecía cruzarse con nadie. Cuando entró escuchó unos gritos desde las escaleras, provenían del salón y reconoció las voces de inmediato. Eran los dos hombres que habían causado sus lágrimas hasta hacía apenas media hora. Se escondió en una zona más oscura y prestó atención.

- ¡Estás loco Alaric! ¡Estás completamente borracho!
- ¡Deja de decidir por mí! ¡Eres un maldito cobarde!
- ¡Tendrías que haberme consultado antes!
- ¿Consultado? ¿Tendría que haberte consultado? ¿A ti? ¡Eres un maldito cobarde al que ya no puedo ofrecerle mi lealtad!
- ¡Estás jugando con fuego Alaric!
- ¡El único fuego con el que estaré jugando será el de la pelirroja!

- ¡No te atreverás!

- ¿Eso crees?

- No puedes…

- ¿Qué no puedo? ¡Pues dile la jodida verdad! ¡Deja de esconderte como un maldito cobarde y cuéntale la verdad!

- ¡Sabes que eso no es posible!

- ¡Deja de defenderla si no confías en ella!

- ¡Siquiera la estoy defendiendo!

¿Leith no confiaba en ella? Podría decir el momento exacto en que su corazón estalló en mil pedazos, la decepción que sentía la empujó a salir de su escondite y correr hacia su habitación. Se tumbó en la cama y lloró hasta quedarse dormida, perdiéndose así la discusión que los otros dos continuaban abajo.

- ¡La estás defendiendo!

- Confío en ella.

- ¡Pues díselo!

- No puedo.

- ¿Por qué?

- Porque si la convierto en mi esposa y recuerda de dónde viene no podrá volver ¿no crees que eso será más doloroso? Contigo será libre, yo soy el Laird.

- Tal vez, pero tal vez ella no quiera volver incluso aunque recuerde de dónde viene. He visto cómo te mira.

- ¿Qué insinúas?

- ¿Estás tan ciego que no te has dado cuenta que sólo tiene ojos para ti? Vaya, sí que es verdad que el amor es ciego.

- ¡Cállate Alaric, estas borracho!

- No lo suficiente ¿has entendido algo de lo que te he dicho?

- Eso no cambia nada.

- Está bien, lo que tú quieras. Seis días, Leith. Seis.

Estaba claro que Leith era un maldito cabezón, iba a necesitar más que palabras con él, esperó a que se marchara a su habitación y después subió él, pero se dirigió a la habitación de Verania asegurándose de armar el suficiente escándalo como para que Leith se enterara.

Golpeó la puerta de la habitación de Verania con fuerza, tratando de hacer el

máximo ruido posible y gritó.

- ¡Abre mujer!

Silencio.

- ¡Vamos mujer! ¡Sólo son seis días! ¡Podemos empezar la noche de bodas ahora!

- ¡Fuera de aquí Alaric! ¡Estás borracho!

- ¡Eres mi mujer y tengo derecho!

- ¡Todavía no!

- ¡Son sólo unos días!

Silencio.

- ¡Nada ni nadie va a cambiarlo! ¡Abre!

- ¡No!

- ¡Echaré la puerta abajo!

- ¡No serás capaz!

- ¡Nadie vendrá a ayudarte! ¡Asúmelo! ¡Abre! ¡Me perteneces!

- ¡No! ¡Leith! ¡Leith! ¡Por favor!

- ¿Leith? ¿Qué confianzas son esas? ¡Es el Laird! ¡Le debes un respeto! ¡Cuando seas mi esposa…!

La puerta contigua a la de Verania se abrió y un Leith muy cabreado asomó por ella. Había escuchado a Verania llamarle, se había resistido a salir hasta entonces pero si ella le llamaba...

- ¡Alaric ya está bien! ¡Fuera de aquí!

- ¡Me pertenece! ¡Tú me la has entregado! ¡Es mía! ¿Me oyes? ¡Mía!

- Todavía no, Alaric.

- ¡Seis días! ¡Seis jodidos días!

- ¡Fuera!

Alaric decidió obedecer, no pudo evitar sonreír cuando bajaba las escaleras fingiendo estar enfadado, pensaba sacar de quicio al Laird tanto como pudiera en los próximos días a ver si espabilaba y si no, pues sería un hombre casado y cumpliría sus amenazas, aunque perdería un amigo por el camino, uno que era más bien un hermano para él.

Aquella noche Verania no pudo pegar ojo, no se fiaba de que Alaric entrara por la fuerza una vez estuviera dormida, pasó la noche entera vigilando la puerta sin saber que alguien la estaba vigilando también desde fuera. Leith había permanecido toda la noche sentado en el suelo con la espalda pegada a su puerta,

si Alaric volvía se las vería con él, era su amigo pero no iba a permitirle que forzara a Verania. El simple hecho de pensar en ellos dos juntos, en esa tesitura, le sacaba de sus casillas. Cuando amaneció y escuchó los pasos de Verania cerca de la puerta se apresuró a marcharse de allí, no quería que le descubriera protegiéndola, era mejor si ella pensaba que no le importaba, sobre todo si Alaric tenía razón.

La misma escena se repitió los cuatro días siguientes, al siguiente tendría lugar boda y Verania no podía soportar ni una noche más la misma escena. Había prometido no hacerlo, pero la mejor opción era huir. Después de la cena se escabulló y tras coger algo de comida salió del castillo y se adentró en el bosque, esperaría en algún rincón a que amaneciese y entonces continuaría su camino, nadie se daría cuenta hasta que fuera demasiado tarde, era un buen plan.

Había escogido un lugar junto al río que le parecía seguro, había estado allí algunas veces antes y estaba segura de que nadie se daría cuenta de que se había marchado. Ese pensamiento no le duró mucho tiempo cuando escuchó pasos que se acercaban a ella, intentó esconderse lo más rápido que pudo cuando una mano fuerte a su espalda le tapó la boca y un brazo la inmovilizó cogiéndola por la cintura. Quería gritar, pero sabía que nadie podría oírla.

- No grites. –Aquella voz le resultaba familiar.

¿Era Leith? ¿Cómo la había encontrado?

- Voy a soltarte, prométeme que no vas a gritar.

Asintió y el Laird apartó sus manos lentamente posicionándose frente a ella, estaba oscuro pero la luz de la luna iluminaba su rostro lo suficiente como para darse cuenta que estaba preocupado.

- Me prometiste que no huirías.
- Lo siento.
- Es peligroso.
- ¿Y Alaric no?
- Yo te protegeré de Alaric.
- ¿Ah sí? ¿Cómo? Una vez sea su mujer…
- Encontraré el modo, no dejaré que te haga daño.
- Pero…
- ¿Confías en mí?
- Leith, yo…
- ¿Confías en mí, Vera?
- Sí.
- Podemos quedarnos aquí esta noche si te sientes más segura, pero

mañana tienes que volver. Te prometo que todo saldrá bien, Alaric es un buen hombre, yo…

- ¿Tú?

- Yo no soy mejor que él.

- Eres un buen hombre y un buen Laird, todo el mundo te aprecia y te respeta, incluido el bruto de Alaric.

- Es como un hermano para mí.

Ambos se quedaron mirándose en silencio durante unos momentos, sin hablar, buscando las palabras. Finalmente Verania se rindió, tendría que enfrentarse a su destino y confiar en su Laird.

- Acepto tu oferta.

- ¿Qué?

- Volveré. Pero quiero quedarme aquí esta noche.

- Está bien, me quedaré contigo, es peligroso que estés sola.

- Gracias.

- No me merezco que me des las gracias, has intentado huir por mi culpa.

Verania negó con la cabeza y se sentó en el suelo, no estaba de acuerdo pero tampoco quería discutir con él, sabía que en esos momentos era una batalla perdida de antemano. Leith se sentó a su lado con la mirada fija al frente. Ambos permanecían en silencio mirando el río, la luz de la luna reflejaba en el agua de una manera casi mágica, el sonido del agua corriendo era relajante y si no fuera por lo que iba a suceder al día siguiente casi podría decir que era un momento perfecto. Aun así, no se le ocurría un lugar mejor en el que pudiera estar, la proximidad de Leith le resultaba de algún modo intima, podía escuchar su respiración agitada, estaba tan cerca que sentía su calor. Su corazón latía a más velocidad de la que pensaba que fuera capaz sin salirse del pecho, le estaba costando intentar mantener el ritmo de su respiración y había comenzado a temblar inconscientemente.

- ¿Tienes frío? – ¿Tenía frío? No se había fijado en que tenía la piel erizada, pero no sabía si era a causa del frío o de las emociones que desataba la proximidad del Laird.

- Un poco.

- Es por la humedad del agua. Ven.

Sin decir nada más Leith le pasó una mano por la espalda y la acercó a él con

facilidad. Sus músculos se tensaron con el contacto de Verania, no podía perder a aquella mujer, no sabía por qué, pero se sentía diferente a su lado. Pasado un rato Verania intentó disimular lo que el contacto del Laird la había alterado y apoyó su cabeza en su musculoso hombro, Leith dio un pequeño respingo antes de sonreír y taparlos a ambos con su plaid. La temperatura por el día era agradable, pero por las noches y especialmente cerca del río, refrescaba lo suficiente como para que ella tuviera frío, era una buena oportunidad para poder abrazarla así que no dudó en darle un tierno y ligero beso en la cabeza antes de romper de nuevo el silencio.

- ¿Tienes sueño?

- Estoy cansada, pero…

- ¿Pero?

- Pero si me duermo mañana llegará rápido, y no quiero que sea mañana tan pronto.

- Verania… debes entender que, lo que hice, lo que decidí… fue por el bien de todos, por la seguridad del clan. Por protegerte a ti. Debes confiar en mí.

- Confío en ti. Pero no me pidas que me muestre feliz con la idea, porque no puedo.

- Confías en el Laird, pero…

- No. Confío en Leith Murray, que seas el Laird parece que sólo lo complica todo. –Las palabras salieron por su boca sin filtro, se arrepintió casi de inmediato de descubrirse más.

- ¿Lo complica todo?

- Lo siento no debí…

- No. Tienes razón. Con Sloan aquí todo sería diferente. –Sloan sería el Laird y él sería un hombre libre.

- Probablemente. No me habríais encontrado.

- No quería decir eso.

- ¿Sabes? Tengo miedo.

- No permitiré que Alaric te cause ningún daño.

- No me cabe duda que lo intentarás. Pero no es eso, tengo miedo de decepcionar a las personas que me importan. Nerys, ella es importante para mí y es la madre de Alaric, no me gustaría que nuestra relación se viera afectada por todo esto. Y Aryn, temo que se meta en líos…

- ¿Aryn? ¿Aryn Stewart?

- ¿Stewart? No sé, Aryn, ya sabes… alto, joven, rubio, ojos claros,

bastante apuesto… ¿Stewart?

La carcajada de Laird resonó en el silencio de la noche. Dejando a Verania un tanto aturdida sin saber a qué se debía su reacción.

- ¿De qué conoces al joven Aryn?

- Es un buen chico, me ha ayudado varias veces, sobretodo en vuestra ausencia. Nos hemos hecho amigos.

- Es él el que te ha enseñado a manejar la espada, ¿verdad?

- No. –Respondió demasiado rápido.

- No mientas, no voy a tomar represalias.

- ¿Seguro?

- Tranquila.

- Sí… fue él.

- No te preocupes por él.

- Alaric es un bruto, Aryn es bueno con la espada, pero no está todavía a su altura y sé que no dudaría en defenderme… aunque intenté disuadirlo.

- Vino a hablar conmigo.

- ¿Qué?

- Se ofreció a ocupar el puesto de Alaric.

- ¡Está loco!

- Es un buen chico, es responsable y sensato, buen guerrero. Será un digno sucesor.

- ¿De qué hablas?

- Alaric no podría tocarle aunque quisiera, a menos que estuviera dispuesto a acatar las consecuencias de su sentencia de muerte.

- ¿Qué?

- No te lo ha dicho, ¿verdad?

- ¿Decirme qué?

- Aryn Stewart es el hijo de Boyd Stewart, el Laird de los Stewart. Nos deben lealtad y por ese motivo su hijo está con nosotros, pero algún día ocupará el lugar de su padre y espero que nuestros clanes sigan estando unidos.

- No me lo puedo creer.

- Poca es la gente que lo sabe, pero Alaric es uno de ellos, no le tocaría.

- ¿Qué le dijiste?

- ¿De qué? ¿A quién?

- Sobre lo que te habló, Aryn.

- Que hablara contigo primero. Te pregunté si preferías a otro hombre, si había alguno de mis guerreros… y dijiste que no. Así que supuse que Aryn no era la excepción.

- No lo es.

- Suponía que no había excepción.

- Leith, deja de suponer. La única persona con quien podría desear casarme está fuera de mi maldito alcance, así que no puedo hacer nada más que cumplir las órdenes de esa misma persona para proteger a los que me importan.

- Verania…

- No me vengas ahora con Verania, no estoy enfadada, estoy dolida y triste. Tengo que pasar mi vida al lado de una persona a quien no amo y eso no será lo peor de todo.

- Soy el Laird no puedo… yo… no puedo… lo siento.

- Lo de las clases sociales me quedó claro en el colegio. Ahora creo que quiero dormir.

Leith abrazó con fuerza a Verania, quien contuvo a duras penas las lágrimas que amenazaban con salir. Iba a ser su primera y última noche juntos, maldecía la carga de tener que ser el Laird, no podía ponerla en peligro haciéndola su esposa. No podía ponerla en peligro.

Poco después ambos se tumbaron en el suelo y Leith abrazó a Verania pegando su espalda a su pecho y aspiró su aroma femenino para poder recordarlo siempre. Buscó las manos de ella y entrelazó los dedos en un gesto íntimo.

Verania no tardó en dormirse, Leith la observó durante un rato antes de susurrarle con ternura *«Lo siento, sólo quiero protegerte, porque… porque te amo»* antes de quedarse dormido.

Capítulo 7

Verania abrió los ojos y miró fijamente el firme pecho sobre el que descansaba su mejilla. Se sintió desorientada durante el breve periodo de tiempo que tardó en recordar todo lo que ocurrió la noche anterior. Se sonrojó sin poder evitarlo, estaba tumbada sobre el pecho de Leith, quien la abrazaba con sus fuertes brazos y una de sus piernas descansaba entre las de él. La postura podría resultar embarazosa, sin embargo, le pareció lo más natural del mundo. No quería que aquel momento terminara nunca, sabía que cuando la magia se rompiera la realidad la golpearía de nuevo y tendría que cumplir su promesa, tendría que volver y casarse con Alaric, pese a que su corazón pertenecía al hombre que estaba a su lado. Intentó no hacer ningún movimiento que pudiera despertarle, pero Leith llevaba tiempo despierto observándola dormir, no había visto algo tan maravilloso en sus 29 años y los sentimientos que aquella mujer despertaba en él, tan desconocidos y aterradores no cesaban de golpearle sin descanso.

- Buenos días Vera.

- No quería despertarte.

- No lo has hecho.

- Oh.

- Deberíamos volver.

- ¿No podemos quedarnos un poco más?

- Nerys se enfadará mucho si ve que no estás cuando vaya al castillo para ayudarte a vestirte.

- ¿Nerys?

- Alaric también se enfadará si se entera… bueno, si se entera de esto.

- No ha pasado nada. –Su voz sonaba claramente decepcionada, aunque en realidad el mero hecho de haber compartido la noche con él, dormir abrazada a aquel hombre era más que maravilloso para ella.

- Has pasado la noche previa a tu boda con un hombre que no es tu prometido, no es algo que esté muy bien visto. Lo mejor será que nadie se entere de esto.

- Tranquilo, no mancharé tu reputación.

- No es mi reputación lo que me preocupa, Verania.

- Ya, claro.

- No quiero discutir contigo, sé que estás enfadada conmigo. Pero…

- Deja de justificarte, lo entiendo, de verdad… eres el Laird. Lo has repetido un millón de veces. No estoy enfadada contigo, estoy decepcionada y triste. Bueno, y enfadada también, pero no contigo. Estoy enfadada conmigo misma.

- Yo… Vera… yo… Lo siento.

- Deberíamos volver.

Leith dejó salir el aire que siquiera sabía que estaba reteniendo en un profundo suspiro, a él tampoco le apetecía ni lo más mínimo volver. Pero los Chattan llegarían pronto y no podía quedar ningún cabo suelto, la seguridad de ella era primordial.

Cuando Verania hizo ademán de levantarse él la retuvo unos segundos, el tiempo suficiente para depositar un beso en su pelo; después la dejaría marchar. Verania se levantó y Leith lo hizo tras ella, ambos estaban en silencio y Verania comenzó a caminar deshaciendo los pasos que había dado el día anterior con intención de huir de su destino. Apenas se había adentrado en la espesura de la arboleda cuando Leith se posicionó frente a ella deteniendo su avance. Tenía el ceño fruncido. Tras mirarla fijamente rodeó su cintura con los brazos y la atrajo hacia él.

- Necesito que sepas que ha sido la mejor noche de mi vida Verania. Siempre te protegeré. Te lo prometo.

- ¿Por qué haces esto Leith?

- Porque soy un maldito cobarde.

- No. No puedes… No puedes hacerme esto. No puedes decirme algo así y pretender que siga adelante con… ni siquiera puedo decirlo en voz alta.

- Perdóname.

- Es que no quiero perdonarte, Leith. No quiero que haya nada que perdonar.

- Prométeme que serás feliz.

Verania puso sus delicadas y pequeñas manos sobre el musculoso torso de Leith y se apartó lo suficiente como para poder mirarle a los ojos.

- ¿Quieres que te mienta?

- Claro que no.

- Entonces no me pidas que prometa algo así, porque no voy a poder cumplirlo, no por mucho que me esfuerce.

- Vera…

- Escúchame bien, porque no tendré otra oportunidad. Cuando cae la noche, y el cielo se oscurece tú eres el brillo de la estrella del norte.

- Verania…

- Escúchame Leith Murray. Pase lo que pase, siempre serás mi estrella polar, siempre serás quien ilumine mi camino en la oscuridad. Me encantaría que las cosas pudieran ser diferentes, pero si esto es lo que tengo que hacer para protegerte a ti y al resto de la gente del clan, lo haré. Me habéis acogido en vuestro hogar, me habéis tratado bien y haría cualquier cosa por proteger a la gente que amo. Siento haber intentado huir, estaba demasiado asustada.

- Yo…

- Está bien Leith, lo sientes, eres el Laird, no puedes hacer otra cosa. Lo entiendo, de verdad, ya te lo he dicho. Necesitaba sincerarme contigo, sólo deseo que seas feliz, por los dos ¿de acuerdo? Y ahora volvamos, no quiero causarle ningún disgusto a Nerys.

Se deshizo de su abrazo y caminó dejando atrás al Laird. Leith la observó mientras se alejaba, sus pasos eran rápidos y sin duda transmitía rabia y determinación. Agradeció haberse quedado tras ella y que no pudiera verle en esos momentos, no había llorado desde que tenía memoria, no lo había hecho siquiera cuando asesinaron a su familia, en cambio en aquellos momentos notaba una extraña humedad formándose en sus ojos, una que no podía evitar y su expresión debía ser un libro abierto, se recordó a si mismo que tenía que contener sus emociones, que no debía exponerse tanto, eso sólo complicaría más las cosas, si es que no se habían complicado lo suficiente aquella noche. Antes de comenzar a caminar tras ella se puso una mano sobre su acelerado corazón y sin saber si quería que le escuchara o no, las palabras salieron de su boca.

- *Mo ghràdh*…

«¿Cómo podría ser feliz si tú no estás a mi lado?» Pensó. Había sido un cobarde, un maldito cobarde. No sólo había provocado aquella situación, sino que había sido incapaz de sincerarse con ella. Ella lo había hecho, le había abierto su corazón y él no había sido capaz de decir ni una maldita palabra

coherente, no había sido capaz de decirle la jodida verdad. Era un cobarde, era un capullo y se avergonzaba de sí mismo. Estaba claro que no la merecía, Alaric sería mucho mejor esposo que él, esa era la cruda realidad, aunque le partiera el corazón tener que reconocerlo.

Llegaron al castillo mucho antes de lo que ambos hubieran deseado. Nada más llegar sus caminos se separaron sin mediar palabra. Verania tomó el rumbo a su habitación esperando que Nerys no se hubiese adelantado. Leith fue en busca de Alaric para asegurarse que todo estaba yendo según lo planeado, y ya de paso, advertirle por última vez que tratara a su futura esposa con respeto si no quería vérselas con él.

Conforme pasaba el tiempo y se acercaba el momento de la boda Verania parecía tranquila, en cambio Leith sentía que se estaba ahogando. La presión en su pecho no paraba de aumentar y tenía la sensación de que exploraría en cualquier momento.

Verania no estaba tranquila, intentaba aparentarlo para no alertar a nadie, pero en realidad estaba a punto de derrumbarse. Se sobresaltó cuando escuchó unos golpecitos en la robusta puerta de madera. Justo cuando volvió la mirada la puerta se abrió revelando a Nerys tras ella, iba cargada con un precioso vestido y una sonrisa que no supo identificar, no podría decir si era de alegría o tristeza.

- Está un poco viejo, pero lo he arreglado para ti.

- ¿Qué?

- Es el vestido con el que me casé con Blake. Espero que te traiga tanta suerte como a mí.

- Es precioso.

En efecto lo era, era un vestido en blanco y azul pálido, con bordados en hilo dorado. Era un vestido precioso y no tuvo que fingir una sonrisa, sin duda el gesto de Nerys significaba mucho para ella. La consideraba casi como una madre y en poco más de una hora sería su madre política, era una de las pocas cosas que podía hacerla sonreír con sinceridad en todo aquel embrollo.

- Sabía que no tenías vestido y eso no podía permitirlo. Además, con tu pelo rojo y tu palidez estoy segura de que el vestido te favorecerá. No tienes muchas carnes, así que espero haberlo encogido lo suficiente. Te recogeré el pelo, he traído algo que podrá servir para adornar esa cabezota dura que tienes.

- Gracias por todo Nerys.

- Te casas con mi hijo, es lo menos que puedo hacer.

- No sólo por esto. Ya sabes, por haberme acogido desde que llegué,

parece que haga un siglo aunque sólo han pasado unos cuantos meses.

Verania ya se había puesto el vestido, con la ayuda de su futura suegra, le quedaba como un guante, era más pesado de lo que aparentaba pero se sentía cómoda con él. Estaba sentada en un taburete mientras Nerys le recogía el cabello, desde que había llegado su flequillo había desaparecido y debido a la humedad de la zona era una maraña de ondas rojizas que le caía por más de media espalda.

Alguien llamó a la puerta en el momento en que Nerys estaba observando cómo colocar los adornos que había traído para completar el peinado. Pese a haberle recogido el pelo le caían un par de mechones que enmarcaban su cara, era el resultado de haber dejado crecer su flequillo. Además, al tener el pelo fino y sedoso por mucho que Nerys se hubiese esforzado, el recogido tenía un aspecto un tanto *despeluchado*. Cuando Nerys se acercó a abrir vio al Laird en la puerta y se hizo a un lado para dejarle pasar. Él le hizo un gesto que ella captó al instante y salió de la habitación dejándoles solos.

Leith había recogido algunas pequeñas florecillas amarillas, sabía que a Verania le encantaban aquellas flores y al verlas tras el establo no dudó en cogerlas para llevárselas. Nada más verla una idea tomó forma en su mente, estaba realmente preciosa.

- No te muevas. –Verania se quedó tan quieta como una estatua de piedra.

El Laird colocó las flores en su peinado formando una especie de corona. Estaba magnifica con aquel vestido, el pelo recogido y las florecillas amarillas adornando su cabeza. No pudo evitar fijarse en que una cadena se escondía en su escote, llevaba el colgante, escondido como siempre. A aquellas alturas sin duda Nerys ya lo habría visto y seguro que ese era el motivo por el que no estaba a la vista, si ella lo había reconocido no sería la única en hacerlo. Aun así le gustó que lo llevara con ella en un día tan importante.

- Perfecta.

No le dio opción a nada más, Leith salió de la habitación como si le quemara estar allí dentro. Nerys no tardó ni un segundo en ocupar su lugar.

- Vaya, creo que ya no necesitaremos esto. –Dijo enseñándole los adornos que todavía llevaba en la mano.

- No sé por qué lo ha hecho.

- Sí lo sabes. De todos modos no le des vueltas a eso jovencita, tenemos que salir ya.

- Supongo que retrasarme no va a servir de nada.

- Serviría para enfadar a mi hijo, y ya está bastante nervioso.

- ¿Nervioso? ¿Alaric? Seguro que no hablamos de la misma persona.

- Alaric tiene corazón, uno muy grande ¿sabes?

- Perdón, son los nervios. Sé que detrás de toda esa coraza de bestia salvaje hay un buen hombre, no me cabe duda.

- Y mucho mal genio, eso lo heredó de su padre. Si no quieres ver a la bestia en acción más vale que salgamos de aquí ya.

Nerys salió seguida de Verania, la capilla no estaba muy lejos, por lo que llegaron enseguida. Iba a ser un enlace bastante íntimo, dadas las circunstancias, por lo que pese a que todo el mundo en el clan sabía que se iban a casar desconocían cuando. De ese modo cuando Verania llegó apenas estaban las personas de más confianza y Effie, cuya cara estaba roja de rabia. Tampoco le importaba si la chiquilla montaba una escena, si por ella fuera le cedería al novio con mucho gusto, pero no podía decepcionar a nadie.

Nerys entró y se sentó delante, junto a Leith y Aryn. Verania dirigió su vista al suelo desde la entrada y observó la fina cadena que moría bajo su escote, pensó que quedaría mejor por fuera así que sacó el colgante y lo dejó caer sobre su pecho, miró al frente fijando la vista en el sacerdote que iba a oficiar la ceremonia eclesiástica, atravesó la capilla y se situó al lado de Alaric, la miraba de una forma extraña.

- Esconde eso muchacha. –Susurró el guerrero.

- Es un regalo que aprecio mucho, además queda más bonito así.

Alaric supo de inmediato que aquella batalla estaba perdida de antemano, al menos mientras ella siguiera sin tener la más remota idea de qué era aquel colgante, a quien pertenecía y sobretodo, cuál era su significado. Aquello solo demostraba que Leith había sido un cobarde hasta el final, su gesto contrito cuando había entrado en la capilla no dejaba lugar a dudas.

Tras un carraspeo del oficiante los novios se centraron en él y la ceremonia comenzó. Verania siquiera estaba escuchando, estaba tan absorta en sus pensamientos, pensando en cómo sería todo a partir de ahora que a duras penas podía contener las ganas de echarse a llorar. Seguramente todos lo interpretarían como un gesto de emoción o nerviosismo, pero estaba segura que las personas que más le importaban sabrían de inmediato que no era así, así que con la intención de no preocupar a nadie, se contuvo.

Estaba tan absorta que no se dio cuenta que la voz del hombre frente a ellos

había cesado ¿Ya estaba? ¿Estaba casada? Levantó la mirada y vio que Alaric apenas podía contener la risa, el que parecía un cura tenía cara de circunstancias y había un murmullo en la capilla. Hizo la mención de volverse hacia la gente pero no tuvo tiempo, vio un brazo fuerte apartar a Alaric de un manotazo y de pronto Leith estaba frente a ella, no entendía nada y se obligó a salir de su ensimismamiento y prestar atención a lo que decían las voces.

- ¡Sabía que no podías ser tan cobarde! –Gritó Alaric sin esconder más la risa.

- Cállate. –Gruñó Alaric.

- Oh no, déjame disfrutar del momento.

- Alaric…

- ¡Está bien! ¡Y no te preocupes por las amonestaciones! ¡Está todo solucionado!

Verania estaba completamente perdida. Tanto que Leith tuvo la necesidad de explicarse.

- No puedo dejar que te cases con él. Lo siento, siento haber tardado tanto en reunir el coraje necesario, tal vez soy un estúpido exponiéndote así, a mi lado tu vida será mucho más peligrosa. Pero en el momento que te he visto entrar con el colgante que mi padre regaló a mi madre el día de su boda…

- ¿Qué?

- Supongo que soy un idiota y un egoísta al preferir que seas mi esposa, aunque suponga mayor riesgo, a imaginarte en brazos de otro. Prometo protegerte con mi vida.

- ¿Tú me lo regalaste?

Leith asintió.

- Gracias. –No tenía palabras, quería decir tantas cosas que su mente estaba bloqueada con mil ideas peleándose por salir al mismo tiempo.

- Ahora tenemos una boda pendiente, *mo ghràdh.*

- Sí.

- Podemos continuar. –Esta vez se dirigió al sacerdote que trataba de contener una sonrisa mientras cruzaba un guiño con su viejo amigo Alaric.

El hombre continuó con la ceremonia tras cruzar unas palabras con el Laird y poco tiempo más tarde se habían convertido en marido y mujer.

Leith atrajo a su ahora esposa cogiéndola por la cintura como había hecho

aquella misma mañana, se quedó mirándola a los ojos durante un breve instante antes de posar sus labios sobre los suyos en un beso cálido y cargado de sentimientos. Un beso en el que le transmitió todo lo que debería haberle dicho antes. Cuando el beso terminó, Verania emocionada se abrazó a Leith e inspiró su aroma, el aroma de su estrella polar, el que iluminaría su camino para el resto de sus días.

- *Mo ghràdh*… –Le susurró Leith al oído antes de romper su abrazo.

- Ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo, Laird.

- Leith, aunque estemos en público ahora eres mi esposa, la señora de mis tierras, del clan Murray.

- Verania Murray, suena bien. –Dijo sonriendo.

- Lady Verania Murray, esposa del Laird Leith Murray. Me gusta.

Estaban sentados en la mesa, frente a su banquete de bodas. Elsbeth, la cocinera y madre de Effie, había preparado asado y *haggis*. Verania no podía creerse el giro que habían dado los acontecimientos en la última hora. Nerys le había relatado como Leith, que había estado inquieto desde que la había visto entrar en la capilla, no dejaba de observarla. Todavía no estaban a mitad ceremonia cuando se levantó de un brinco y se dirigió a su amigo Alaric.

- ¡Aparta tus garras de mi mujer!

- ¿Tu mujer?

- Mi mujer, porque pienso casarme con ella ahora mismo.

- ¿Eso crees? ¿Qué ocurre, *Laird*?

- Lo sabes perfectamente y ahora apártate, si alguien va a casarse con Verania, soy yo.

Puesto que Alaric no se movió del sitio, Leith lo apartó de malos modos y le increpó que no se atreviera a desafiarle, que el colgante que lucía era una prueba más de que aquella mujer le pertenecía a él y no a su capitán. Por supuesto Alaric estaba disfrutando con todo aquello y muy lejos de enfadarse comenzó a sonreír de verdad, se sentó al lado de su madre y contempló la ceremonia como debería haber sido desde un principio, dando matrimonio a dos enamorados. Verania no podía creerse que hubiera estado tan absorta como para haberse perdido aquella escena, pero se alegraba de cómo había terminado el que prometía ser el día más triste de su vida convirtiéndose en el más feliz.

Conforme se iba corriendo la voz de que el Laird se había casado la mayoría de las personas del clan fueron acudiendo al castillo para dar la enhorabuena a la

pareja. Ninguno se atrevió a pedir explicaciones por el súbito enlace del Laird con la que creían que era la prometida de Alaric, sin embargo, eran muchos los rumores que rondaban por el salón del castillo. Con la llegada de cada vez más gente, la tranquila e íntima celebración se tornó en una gran fiesta donde todos bailaban al son de las gaitas y bebían cerveza.

Bien entrada la noche la gente había empezado a marcharse y Leith se acercó a su esposa un tanto preocupado por lo que tenía que decirle.

- Verania deberíamos ir subiendo.
- Pero todavía queda gente.
- Algunos de ellos no se irán hasta que el matrimonio esté consumado.
- ¿Qué?
- Subamos, te lo explicaré.

Cuando Leith cogió a Verania en brazos y se dirigió a las escaleras que llevaban a la parte superior del castillo en la que se encontraban las habitaciones los hombres que quedaban en el salón de celebración comenzaron a dar voces y a brindar con sus cervezas, entre ellos se encontraban Aryn y Alaric.

Llegaron a la habitación de Leith y tras entrar dejó caer con suavidad a su recién estrenada esposa sobre su cama. Era la primera vez que Verania estaba en aquella habitación, y se detuvo a observar todo lo que había a su alrededor, sin prestar atención a la cara de circunstancias que comenzaba a hacer su ahora marido.

Cuando por fin sus ojos se encontraron Leith se acercó a Verania, que se había sentado en el borde de la cama, se sentó a su lado y cogió el colgante con una mano, observándolo. Con la mano libre tomó las de ella y un momento más tarde apartó la mano del colgante para llevarla a la barbilla de Vera, quería que le mirara, lo que tenía que decirle era importante.

- Parece que esta es una de las cosas que has olvidado.
- No te entiendo.

Leith suspiró, no tenía ni la más mínima idea de cómo se iba a tomar la noticia sobre sus costumbres.

- Está bien, iré al grano. No se van a marchar hasta que no tengan la certeza de que hemos consumado el matrimonio. Si eres virgen le lanzaré las sábanas manchadas a Alaric a la cara.
- ¿Y si no?
- ¿No lo eres?
- No lo sé.

- Si no, ya se me ocurrirá algo.

Quería acostarse con el hombre que amaba, pero decirlo en voz alta haría que se sonrojara de forma evidente. Sabía que le deseaba, había soñado más de una vez con pasar sus manos por su torso fuerte, besar cada rincón de su piel… Ya estaba bien de ser la chica débil, estaba dispuesta a tomar la iniciativa.

Se acercó a Leith y le besó, al mismo tiempo que levantó sus pequeñas manos y sus dedos se enredaron con el largo y rubio pelo del Laird. Notó bajo sus labios como él se sorprendía. Al principio el beso fue pausado, lento, lleno de promesas. Pero cuando Verania separó sus labios y la lengua de Leith se coló en su boca, saboreándola; y sus lenguas se unieron en un baile de caricias sus cuerpos se llenaron de pasión y un ardor que les hizo reaccionar.

- No creo que sea capaz de contenerme si me besas así.
- No te he pedido tal cosa.
- Llevo mucho tiempo conteniéndome para no lanzarme sobre ti.

Leith la atrajo hacia él y cogiéndola por la cintura se levantó con ella. La situó frente a él y comenzó a quitarle el vestido mientras la miraba a los ojos. En un instante quedó desnuda y se tomó la libertad de observarla durante un instante. Era preciosa, perfecta. Su tez pálida y pecosa era firme y suave. Sus senos no eran grandes, pero sí firmes y turgentes con unos perfectos pezones rosados que deseaba probar inmediatamente. Con cuidado la tumbó de nuevo en la cama y se colocó sobre ella sin dañarla. Notaba como debajo de él su cuerpo caliente comenzaba a temblar. La respiración agitada de Verania se disparó cuando notó como su esposo succionaba con deseo uno de sus pezones haciendo que soltara un gemido.

- Eres preciosa Verania.

El Laird se había despojado de sus ropas y había vuelto a colocarse sobre ella, sus bocas se juntaron de nuevo mientras Verania excitada, perdió el pudor y acarició el torso de su marido. Cuando notó como sus dedos agiles se enredaban en los rizos pelirrojos de su entrepierna ahogó un gemido contra sus labios que todavía no se habían separado desde que se habían vuelto a juntar. Dejó que jugara con los húmedos pliegues de su sexo incapaz de frenar el deseo y el torbellino de sensaciones que le hacía sentir. Cuando uno de aquellos agiles dedos se introdujo en ella, dio un respingo. Leith se separó entonces de ella y sonrió al susurrar en su oído.

- Tranquila cariño, prometo no hacerte daño. Estás muy estrecha, si te hago daño dímelo y pararé de inmediato, ¿de acuerdo?

Verania sólo consiguió asentir, presa del deseo. Acto seguido notó como el miembro grande y sedoso de Leith se introducía en ella suave y lentamente, se le escapó un gemido de placer al notar su calor dentro de ella y alzó las caderas para recibirle, borracha de amor y deseo.

- Shhhh ten cuidado, no quiero hacerte daño.
- Quiero… quiero sentirte.
- Terminarás con todo mi control.

Leith la besó con una pasión desenfrenada mientras se introducía más en ella con movimientos suaves y controlados, hasta que notó que su cuerpo no cedía y se dio cuenta que había temido que no fuera virgen, el sentimiento de alivio que acababa de experimentar le tranquilizó volvió a besar a su esposa con una pasión renovada mientras el cuerpo de ella se agitaba bajo sus caricias, sus callosas manos de guerrero recorrían el cuerpo de su amada excitándola cada vez más. Había llegado el momento de hacerla suya.

- *Mo ghràdh*, esto te dolerá un poco, pero es inevitable. ¿Estás lista?
- ¡Por Dios sí!

Aquellas palabras fueron todo lo que necesitó antes de hundirse completamente en el cuerpo de su mujer en una embestida profunda y seca, dejó que el cuerpo de ella le aceptase quedándose quieto mientras ahogaba un pequeño chillido de dolor con sus besos, sin dejar de mirarla a los ojos.

- Ya está *mo ghràdh*, ya está…
- No te quedes quieto Leith.
- No quiero hacerte daño.

Verania alzó sus caderas exigente y comenzó a moverse volviendo loco a Leith que intentó ser todo lo cuidadoso y delicado que pudo, incrementando su ritmo poco a poco con las exigencias de ella hasta que una oleada de placer los inundó a ambos haciendo que se sumieran en una ola de un placer indescriptible. Leith se derrumbó sobre Verania sofocando un gruñido en sus labios mientras el cuerpo de su mujer todavía se removía con los últimos espasmos de un devastador orgasmo. Con cuidado se tumbó a su lado y abrazándola la besó con una ternura que para él hasta ahora había sido desconocida.

- Te amo *mo ghràdh.*

- Te amo Leith.

Sin decir nada más, pasado un momento Leith se levantó y se vistió únicamente con su kilt antes de arrancar las sabanas manchadas de sangre y dirigirse hacia la puerta de su alcoba. Verania le miraba sorprendida y roja de vergüenza.

- ¿Dónde vas?

- A impedir que el idiota de Alaric se atreva a entrar en nuestra habitación esta noche.

- ¿Qué?

Leith sólo respondió con una sonrisa ladeada tan sexy que dejó a Verania sin respiración mientras le vio salir por la puerta, cerrándola tras él. Descendió las escaleras y se dirigió al salón en el que sus hombres seguían con el festejo. Nada más entrar en aquella habitación sus ojos se posaron sobre los de Alaric que sostenía una jarra de cerveza en su mano y le miraba con una sonrisa de satisfacción. Sin dudar ni un segundo Leith le lanzó las sábanas a la cara ante la mirada de sus hombres.

- Y ahora, déjanos en paz.

- ¡Venga! ¡Quédate a tomar un trago con tus hombres!

- No, ahora voy a volver con *mi mujer*. –Puso un especial énfasis en aquellas últimas palabras a modo de advertencia.

- ¡Con lo que te ha costado decidirte!

- Alaric… –Su tono fue de clara amenaza, pero su amigo estaba demasiado achispado como para advertirlo y continuó igualmente.

- ¡Vamos Leith! Todos hemos visto como la mirabas, desde el jodido instante en el que puso un pie en estas tierras… Espera… no, desde el mismo instante que la viste en el río.

- Alaric, ya basta.

- Tranquilo amigo, me alegra que nuestro Laird haya encontrado por fin a la señora de estas tierras.

Alaric no iba ni por asomo tan borracho como podría aparentar y se acercó para dar un abrazo al que había sido siempre para él como su hermano pequeño, se había convertido en un gran hombre, un fiero guerrero y un gran Laird para su gente. Ahora también tenía a la señora de su castillo con la que tener descendencia y aunque al principio había tenido sus dudas sobre la muchacha,

ahora sabía que no podía haber nadie mejor para su amigo. Eran tal para cual.

- Vuelve con tu esposa, hermano.

Sin decirse nada más, el guerrero volvió con los hombres y el Laird subió de nuevo a su habitación dónde tras abrazar de nuevo a su esposa que se había quedado dormida se durmió también él. Feliz, sentimiento que había desaparecido de su vida hacía tantos años que se sorprendía al comprobar que todavía era capaz de sentirse así.

Capítulo 8

Verania se despertó al escuchar voces en la habitación y al abrir los ojos se encontró con su marido dando órdenes a algunos de sus criados para que colocaran una bañera justo en el lugar en el que él disponía. Tras llenarla de agua la servidumbre abandonó la habitación y el Laird volvió a la cama con su esposa.

- Buenos días *mo ghràdh*, pensé que te apetecería un baño, así que he mandado traer la bañera.

- Gracias.

Sin esfuerzo tomó a su esposa en brazos y la depositó con sumo cuidado dentro del agua, ella se estremeció y la imagen de su cuerpo desnudo dentro del agua fue superior a su autocontrol. Se despojó rápidamente de su ropa y se introdujo en la bañera sentándose tras ella y apoyando su espalda en su pecho mientras la rodeaba con sus fuertes brazos y la besaba en el cuello.

- Me odio a mí mismo por haberte ordenado que te casaras con Alaric.

- Pero al final tú ocupaste su lugar.

- No podía soportarlo. Quería protegerte, pero… no podía dejarte en brazos de otro.

- Me legro que no pudieras. No hay nadie más con quien desee estar, eres la luz que ilumina mis noches.

- Eres tan dulce…

- Creo que me enamoré de ti en el momento en que te miré a los ojos, cuando desperté en el bosque.

- Me diste un susto de muerte cuando te mareaste.

- Tienes unos ojos preciosos Leith, de un azul claro que no había visto en mi vida.

- Eres una aduladora.

- De verdad, no puedo creerme que tenga un marido tan guapo. Podrías ser modelo.

- ¿Modelo? ¿Qué es eso?

- No sé cómo lo llamáis aquí.

- No importa, lo que importa es que eres mía.

- Tuya.

- Prométeme que no escaparás de mi lado.

- Te lo prometo, eres mi estrella polar, Leith. Jamás me apartaré de tu lado por voluntad propia. Si algún peligro nos separa te juro que lucharé con todas mis fuerzas por volver a tu lado, no lo dudes nunca. Sé que tenías miedo de exponerme a algunos clanes enemigos al convertirme en tu esposa.

- Si eso ocurre te buscaré sin descanso, no cesaré hasta encontrarte y les haré pagar con la muerte su osadía.

Tras hacerle de nuevo el amor a su esposa Leith se vistió y abandonó la habitación, tenía responsabilidades que no podía eludir por mucho que le apeteciera no salir de su habitación y seguir disfrutando de su mujer.

Poco después cuando Verania estaba terminando de arreglarse el pelo, ya vestida, Nerys entró en la habitación sin llamar.

- Leith ha ordenado que traigan todas tus cosas aquí. Anice y Bonnie se encargarán de ello, así que vamos muchacha. Tú y yo tenemos asuntos pendientes.

- ¿Puedo preguntarte algo?

- ¿Qué ocurre ahora muchacha?

- ¿Tú lo sabias?

- Nadie con un par de ojos sería capaz de no darse cuenta de que el Laird se había fijado en ti.

- Lo del colgante. Tú lo viste. ¿Lo sabías?

- Claro que lo sabía.

- ¿Por qué no me lo dijiste? Yo pensé que había sido cosa tuya.

- No me correspondía a mí darte esa información, jovencita. Y ahora vamos, por mucho que seas ahora la señora del castillo y de estas tierras me prometiste ayudarme con algo, y aquí nos tomamos muy en serio eso de dar la palabra.

- Suenas como Leith.

Ambas mujeres salieron de allí con una sonrisa. Era cierto que Verania le había prometido a Nerys acompañarla a comprar algunas cosas que necesitaba. Apenas habían salido del castillo cuando Aryn les dio alcance.

- ¿Dónde vais?

- ¡Cuida tus modales jovencito! –Increpó Nerys.

- Lo siento, lady Nerys, lady Verania. Alaric me dejó a vuestro cuidado, os acompañaré.

- No necesitamos escolta.

- Nerys, deja que venga con nosotras, a saber cómo se tomará tu hijo que le desobedezca.

- ¡Está bien!

- Aryn Stewart, gracias por acompañarnos, es un honor. –Dijo Verania con un guiño.

- ¿Cómo…?

- Mi esposo me lo contó, no tienes nada que temer.

- Quisiera que me siguieras llamando sólo Aryn.

- Sólo si tú me llamas Verania.

- Lo intentaré, pero no quiero que el Laird me despelleje.

Los tres emprendieron de nuevo el viaje. Llegaron en poco tiempo, Nerys había encargado unos muebles nuevos, los traerían cuando estuvieran listos y también visitaron a una prima suya que le prometió un precioso vestido a su nueva señora, aunque Verania intentó negarse, Annabella era una mujer menuda y enérgica con una enorme sonrisa a la que era prácticamente imposible negarle nada. Había sido muy amiga de la madre de Leith en su infancia y al conocer la noticia de que se habían desposado nada ni nadie pudo contenerla, de modo que tendrían que volver en unas semanas a visitarla y recoger el presente.

Habían pasado ya dos semanas desde que Verania y Leith se habían casado ante los ojos de Dios. Podría atreverse a decir que habían sido las dos semanas más felices de su vida, Leith era un hombre maravilloso, era temible en el campo de batalla, respetado por su gente y cariñoso en la intimidad. Sin embargo había un motivo que empañaba la sonrisa de Verania y era el estado de salud de Nerys, tiempo atrás había tenido un achuchón al que no dieron demasiada importancia, pero llevaba unos días bastante débil, con fiebre y sin demasiadas fuerzas, cosa que tenía muy preocupada a Verania. Habían avisado al médico, pero todo lo que habían sacado en claro es que era una mujer mayor que había llevado demasiada carga a sus espaldas durante demasiado tiempo y su cuerpo estaba cansado. Evidentemente, aquella respuesta no gustó nada a la joven, que se negaba a pensar que pudiera perder a aquella mujer que quería como a una madre. Alaric se había distanciado de su madre, Verania estaba segura de que el valeroso

guerrero estaba muerto de miedo por poder perder la única familia que conservaba y si no lo veía, no ocurría. Ella sabía lo que era no tener familia, conocía el sentimiento y el dolor de perder a los seres queridos, no recordaba los detalles pero su corazón se encogía cuando lo recordaba, así que fue a buscar a su amigo, iba a cantarle las cuarenta, le gustara o no.

- Alaric, tenemos que hablar.

- Lady Verania, ahora mismo…

- ¡Déjate de cuentos! Nerys está enferma y necesita a su hijo a su lado, ¡maldito cobarde!

- ¿Qué me has llamado?

- Lo que oyes Alaric, eres un cobarde.

- He luchado en…

- ¡Me importa un bledo dónde y cómo hayas luchado! Tu madre… puede que no esté mucho más tiempo con nosotros, así que haz el maldito favor de comportarte como un hombre decente y un buen hijo y permanece a su lado.

- ¿Es una orden, Lady Verania?

- ¡Sí, joder!

- Sólo obedezco órdenes del Laird, señora.

- Alaric, te quiero como a un hermano y te juro por Dios que como sigas dejando de lado a Nerys con tu actitud cobarde y estúpida no habrá suficiente escocia dónde puedas esconderte.

- ¡Háblame con respeto, mujer!

- ¿Respeto? ¿El que le tienes tú a tu madre?

- ¡Maldita sea Verania! ¡No quiero verla así!

- ¡Pues te aguantas Alaric! ¡Te necesita!

- No piensas dejarme en paz ¿verdad?

- No. Para mí tampoco es fácil, perdí a mis padres y sabes que Nerys es una madre para mí, volver a perder una madre no es algo que me guste, pero estaré a su lado, igual que estuve al lado de Arleth.

- ¿Arleth?

- Mi madre se llamaba Arleth. Arleth Lorayne.

- Eso suena…

- Francés. Mi madre era francesa. Pero no cambies de tema, tu madre te necesita. Prométeme que estarás a su lado, que vas a dejar de huir.

- ¿Lo sabe Leith?

- No –de pronto estaba aturdida—, me acabo de acordar. No has

respondido a mi pregunta.

- No era una pregunta.

- Alaric…

- ¡Está bien! Maldita cabezota… –Gruñó el guerrero sabiendo que la joven tenía razón.

- Está en casa con Shannon, le he pedido que cuide de ella mientras yo arreglaba unos asuntos, tengo que ir a casa de Annabella a recoger un presente, se disgustará mucho si no voy, como acordamos. Le di mi palabra y no puedo fallar a eso. Primero iré a hablar con Leith sobre lo que he recordado ¿dónde está?

- Está en las caballerizas con Kael, al parecer ha habido un problema con uno de los caballos.

- Bien. Alaric, promete que estarás con Nerys, quiero tu palabra de *highlander*.

- Que sí, pesada. Tienes mi palabra de *highlander*. –Nerys era su madre, claro que estaría a su lado, había sido un idiota por querer huir del problema, como si por ello su madre iba a sanar de repente.

Contenta por haber conseguido su propósito Verania fue en busca de su esposo. Sabía que bajo toda esa rudeza había un gran hombre, Alaric podía aparentar ser una auténtica bestia sin escrúpulos pero su corazón era tan grande como él. Llegó a las caballerizas justo para ver salir a Leith con mala cara.

- ¡Leith! ¿Ocurre algo?

- Un caballo con una pata rota. ¿Cómo está Nerys?

- Igual, he convencido a tu amigo para que esté a su lado, es su único hijo y si no está con su madre se terminará por arrepentir cuando sea tarde.

- Desde luego, si no lo consigues tú, nadie lo hará.

- Me ha dado su palabra de *highlander*, así que lo hará.

- Bien. ¿Querías algo?

- Sí, he recordado algo cuando hablaba con Alaric. Puede ser útil.

- ¿Qué es?

- He recordado que mi madre era Francesa. Su nombre era Arleth Lorayne.

- ¿Eres francesa?

- No lo sé, mi madre lo era, pero creo que mi padre no.

- El Delfín ha estado tanteando relaciones con Escocia, es muy

probable que se envíen refuerzos a Francia para apoyarle en contra de los ingleses. El año pasado los borgoñones tomaron París y el Delfín, como líder armañac, tuvo que refugiarse en las tierras de Yolanda de Aragón.

- ¿El año pasado? ¿Cuándo?

- Fue en Junio de 1418. En enero de este año los ingleses conquistaron Ruan, perteneciente al ducado de Normandía, en 1417 ya tomaron Caen.

- Estás muy al día.

- Los ingleses son nuestros enemigos, Verania, no podemos perderles de vista. Enrique V aprovechó la guerra civil entre borgoñones y armañac para hostigar a los franceses y conquistar sus tierras, según sé, no opusieron resistencia, estaban demasiado ocupados luchando entre ellos.

- A mí lo que me preocupa es lo que pueda pasar al clan.

- Es un momento complicado, pero intentaremos solucionar nuestras diferencias sin que corra la sangre.

- No quiero que te pase nada.

- Tranquila, sé cuidar de mí mismo. Soy un guerrero ¿recuerdas?

- A veces se me olvida. Tengo que ir a casa de Annabella, la prima de Nerys. Le di mi palabra, tiene un vestido nuevo para mí.

- No vayas sola, llévate a algunos hombres.

- ¡No me pasará nada!

- Me quedo más tranquilo si te llevas algunos hombres. No me contradigas Verania, soy tu esposo y el Laird de estas tierras.

- ¡Está bien! Avisaré a Aryn.

- Llévate a Bran y Al también.

- ¡Está bien!

Discutir con Leith no tenía sentido, y menos si se trataba se seguridad, en ese tema era un hombre extremadamente autoritario y obstinado. Bran y Al, Alistair, eran dos de los hombres de confianza de Alaric, al principio la intimidaban un poco, pero ya se había habituado a aquellos rudos guerreros de modales nada refinados. Tal como le había pedido su esposo les pidió a los hombres que la acompañaran, les encontró en el patio de armas practicando con la espada, Annabella vivía cerca de una cantina, por lo que les gustó la idea de acompañarla, mientras esperaban a que terminara su visita podrían tomarse unas cervezas.

Verania estuvo más tiempo de lo previsto en casa de la prima de Nerys, el delicado estado de salud de la madre de Alaric alarmó a Annabella, por ese

motivo Verania se mantuvo a su lado hasta que la mujer se calmó y sólo cuando se aseguró de que se quedaría tranquila decidió marcharse, eso sí, con un precioso vestido en color aguamarina que esta le había confeccionado.

Sabía que los guerreros estarían esperándola en la cantina, en una callejuela muy cerca de casa de la mujer a la que había ido a visitar, pero Verania nunca llegó hasta allí, de camino unas fuertes manos le taparon la boca y la cogieron por la cintura desde atrás. Le taparon la cabeza y tras notar un doloroso golpe en la cabeza el vestido aguamarina se escurrió entre sus manos y su consciencia desfalleció.

Habían pasado muchas horas desde que Verania había entrado en casa de Annabella, y aunque Aryn sabía bien que cuando dos mujeres se juntaban la cháchara entre ellas podía ser eterna, estaba preocupado. Bran y Al bebían y bromeaban sin preocuparse de nada, pero Aryn estaba inquieto, Vera había dicho que sería breve porque quería estar con Nerys pronto, se estaba retrasando mucho y eso era normal en ella.

- Alistair, Bran, voy a por Verania, está tardando mucho y pronto anochecerá. Si no regresamos pronto el Laird colgará nuestras cabezas.

- ¿Tú nunca te relajas Aryn? –Rio Al, cerveza en mano.

- Haced lo que queráis, pero yo voy a ver por qué tarda tanto.

Aryn salió de la cantina con el ceño fruncido, cuando llegó a la casa de la mujer y le dijo que hacía ya bastante tiempo que la señora se había marchado el corazón del joven guerrero se detuvo. ¿Qué podría haberle ocurrido a Verania para que no fuera a avisarles? Se dirigió a la cantina a buscar a sus compañeros y amigos por un camino diferente al que había tomado al salir de allí, no tardó mucho en encontrar un vestido tirado en el suelo, Verania había pasado por allí, al agacharse a recoger el vestido vio unas manchas de sangre en el suelo, eran pequeñas, por lo que la herida no era grave pero no eran recientes. Si Verania estaba herida, hacía al menos una hora que había estado allí y no había desaparecido por voluntad propia, de eso estaba seguro. Corrió con el vestido en las manos hacia la cantina y no se detuvo en dar explicaciones cuando gritó a sus compañeros.

- ¡Al, vuelve al castillo e informa que alguien se ha llevado a la señora!

- ¿Qué? –Gritaron ambos guerreros al unísono. Aryn les ignoró y continuó dando órdenes.

- Bran, tu vienes conmigo. Empezaremos a buscarla, había sangre al

lado del vestido y calculo que hace una hora que se la han llevado, ella no huiría.

- ¿Desde cuando estás tú al mando? –Increpó Bran al joven, molesto por recibir órdenes de un chiquillo.

- ¡Soy Aryn de Stewart! Hijo del Laird Boyd Stewart, en ausencia de Alaric, yo estoy al mando.

Los dos hombres se sorprendieron ante tal revelación, pero si lo que decía el chiquillo era cierto tendrían problemas si no le obedecían, y en todo caso, si no era cierto nadie les echaría en cara hacerle caso a Aryn al tratarse del posible rapto de su señora.

Alistair llegó al castillo y fue en busca de Alaric, no lo encontró por ninguna parte y sabiendo que su madre estaba enferma supuso que podría estar con ella, iba de camino cuando se encontró con el Laird.

- ¿Acabáis de volver?

- No, señor. Lady Verania ha desaparecido. Aryn y Bran la están buscando yo he venido a avisar.

- ¡Qué! ¿Cómo ha sucedido?

Al relató lo sucedido a su señor con gesto compungido, pero Leith estaba demasiado preocupado por encontrar a su esposa lo antes posible como para detenerse a discutir con uno de sus guerreros por lo haberla escoltado mejor, eso ya vendría cuando tuviera a Verania a su lado, porque no iba a quedar impune.

- Reúne a los hombres en el patio de armas, de inmediato.

- Sí señor.

Leith corrió en busca de Alaric con un nudo en el estómago y el corazón en un puño, nunca se había sentido así, y no le gustaba. Tras poner al día a su hombre de confianza ambos fueron al patio de armas para dirigir a sus hombres, unos trescientos guerreros serían los encargados de buscar a su esposa, un grupo de cincuenta se quedarían para proteger a su gente y por si los captores aparecían por el castillo. Dispuso que Alaric se quedara con el pequeño grupo de hombres y le dejó al mando en su ausencia, tras una breve discusión en la que el Laird impuso su voluntad a voz de mando ante la negativa del guerrero, que quería partir a buscar a su amiga.

Capítulo 9

Llevaban más de una semana buscando a Verania sin ningún resultado, Leith estaba desquiciado, siquiera habían encontrado un maldito indicio que indicara que podría haber pasado. No había pistas, no había rastro de su esposa y comenzaba estar realmente enfadado con aquella situación y, completamente desesperado.

Alaric tampoco estaba en mejor situación que el Laird, a la desaparición de la esposa de su mejor amigo y a la que apreciaba como sangre de su sangre, se sumaba el hecho de que su madre había empeorado exponencialmente en los últimos días. La preocupación por las dos mujeres más importantes de su vida le estaba volviendo loco, estar allí, sin poder salir a buscar a Verania, viendo como la vida de su madre se apagaba sólo aumentaba su impotencia, sentimiento que sacaba sin duda lo peor del guerrero, cuyo carácter fuerte se había agriado lo suficiente como para volverse sencillamente insoportable, no se soportaba ni él. Ya había perdido a demasiadas personas demasiado pronto y podía entender perder a un hombre en batalla, pero le sacaba de sus casillas la situación actual.

Unos días más tarde Nerys falleció y tras que uno de sus guerreros se encontrara con él y le avisara de lo ocurrido Leith regresó al castillo, Nerys y Alaric eran familia para él. Si Verania se enteraba que él no había acudido en un momento así junto a su amigo no se lo perdonaría jamás, y volvería, su esposa volvería.

Estaban dando sepultura a la madre de Alaric cuando escucharon revuelo. Volvieron al castillo y encontraron a los Chattan, no podían haber encontrado un peor momento para aparecer por allí, ninguno de ellos estaba de humor para soportar sus aires de superioridad.

Darren Chattan estaba frente a Leith, con su habitual gesto altivo y su horrendo rostro.

- Darren.
- Leith.
- ¿Qué te trae por mis tierras?

- Me han dicho que te has desposado hace poco.

- Así es.

- ¿Y dónde está esa esposa de la que hablan? ¡Quiero conocerla!

Leith bulló de rabia.

- Mi esposa ha desaparecido recientemente, ha sido raptada y la estamos buscando. Encontramos sangre, por lo que estamos seguros que se la llevaron por la fuerza.

- Y dime… ¿Cómo es esa esposa tuya?

- Es una preciosa pelirroja, ahora si me disculpas, tengo que salir a buscarla.

- ¡Qué poco cortés! ¿Cómo se llama esa esposa tuya?

- Verania, Verania Murray.

Darren hizo un gesto con la mano a uno de los hombres que estaban tras él y antes de que pudiera asimilar lo que sus ojos estaban contemplando, el guerrero de los Chattan se plantó ante Leith con una demacrada Verania cogida de malas formas del brazo. La empujó hacia el Laird, Verania estaba débil por lo que no pudo evitar tropezar y cayó de rodillas frente a su marido.

- ¡Vera! ¿Estás bien?

- ¡Leith! Pensé que no volvería a verte…

Leith levantó a su esposa y la acercó a su pecho en un gesto de protección que no pasó desapercibido para ninguno de los presentes, su mandíbula tensa convertía su rostro en una expresión amenazante que no era del todo propia de él.

- ¿Es esta la señora de tus tierras, Leith Murray? –El tono de mofa no pasó desapercibido, incrementando así la rabia del Laird, que apretó tanto los dientes que pensó que se desencajaría la boca.

- ¿Qué le habéis hecho a mi esposa?

- La encontramos de camino, la interrogamos y dijo que era tu esposa. Evidentemente no la creímos, pero parece que no mintió.

- ¡Por supuesto que no mentí! –Vociferó Verania ganándose una mirada reprobatoria de su marido.

- Bueno, parecías una sassenach cuando te encontramos. Tu extraño acento…

- Verania se ha criado en Francia, su padre era un Murray y su madre una noble francesa, con los últimos conflictos perdió a sus padres y volvió al que siempre ha sido su hogar.

- ¿Tomaste por esposa a una simple plebeya?

- La madre de Verania pertenecía a la nobleza francesa, además, es una mujer culta y preciosa ¿Cómo no desposarme con ella?

- Pensaba que tenías apalabrado un compromiso con la hija del Laird de los Fraser.

- Ese es un viejo trato que hizo mi padre cuando yo tan sólo era un niño, por supuesto, queda roto.

- ¿No piensas ofrecernos tu hospitalidad?

La verdad era que no lo pensaba en absoluto, pero si no quería desencadenar una guerra con ellos no tenía más remedio, además sus hombres estaban fuera buscando a su esposa y estaban demasiado desprotegidos como para hacer frente a los hombres de Darren Chattan, que eran bastantes. Tras dar unas órdenes a la servidumbre y enviar a buscar a sus hombres, dejó que sus *visitantes,* se acomodaran y desapareció en su alcoba con su esposa.

- ¿Qué ha pasado Verania? Estaba muy preocupado.

- Salí de casa de Annabella y no sé qué ocurrió, de pronto me taparon la boca, me taparon los ojos. Intenté liberarme, pero caí al suelo cuando me atacaron con una espada, intenté esquivarla pero me alcanzó en la cadera y perdí el equilibrio, caí al suelo y me dieron un golpe en la cabeza. Cuando desperté estaba en el bosque, atada a un árbol sin poderme mover. Me interrogaron sobre quien era y me golpearon, hasta que un día cuando recobré la consciencia estaba sola y luego aparecieron esos hombres que me han traído, se rieron de mi cuando les dije que era tu esposa.

- Estoy seguro que esto ha sido cosa de los Chattan desde el principio, pagarán por ello, te lo prometo Verania.

- Lo que importa es que estoy aquí de nuevo, Leith.

- ¡Ten más cuidado en adelante! Ya te dije que estabas en peligro, maldita sea. Tú y tu maldita costumbre de subestimar los riesgos, no debiste dejar que los hombres se marcharan a la cantina, su trabajo era escoltarte y esperarte frente a la casa de Annabella.

- Lo siento no pensé que…

- ¡Claro que no piensas! Escúchame, no sé de dónde vienes, pero esto son las highlands Verania. Así que compórtate como mi esposa, que es que eres, de una maldita vez.

- Leith entiendo que estés enfadado pero…

- ¿Enfadado? ¿Enfadado dices? ¡Estoy furioso! ¡Podrías haber muerto!

- Estoy bien, estoy aquí…

- ¡Y no volverás a salir de aquí!

- Tengo que ir a ver a Nerys, estará preocupada.

- Eso puede esperar ahora, ordenaré que suban la bañera, aséate y baja al salón. Tenemos invitados.

- ¿Cómo puedes decir eso? ¡Es Nerys!

- Nerys ha muerto, esta mañana le hemos dado sepultura.

- ¿Qué? –No, no podía ser verdad.

- Lo siento, sé que tú también la apreciabas. Mañana te llevaré a su tumba, ahora tenemos algo más importante.

- ¿Cómo puedes decir que esos bastardos son más importantes que Nerys?

- Escúchame, mujer. Nerys ya no está entre nosotros y esos bastardos son un peligro para el clan, si no les complacemos con un buen recibimiento y les colmamos de atenciones tendremos problemas, son vecinos de los MacPherson, están en buenos términos con ellos y nosotros claramente, no. Si los Chattan nos dan la espalda estaremos en apuros.

- ¡Alaric dijo que nunca nos apoyarían!

- Y no lo harán, nunca nos apoyarían en una guerra abierta con los MacPherson, pero mientras mantengamos buena relación con ellos no les daremos ningún motivo para ponerse en nuestra contra, es necesario para que se mantengan al margen si los malditos MacPherson tomaran la iniciativa de venir a por nosotros.

- Maldita política.

- Supervivencia.

- Como quiera señor, bajaré cuando esté lista.

- ¡Por San Fergus, Verania! ¡No me hables así!

- Tú tampoco me has hablado bien antes.

- ¡Soy tu esposo y el Laird! ¡Me debes un respeto!

- Pareces Alaric, pensé que tú eras diferente.

- Verania…

- Déjame sola, por favor. Quiero asearme.

- ¡Cómo quieras! –Vociferó Leith antes de salir de la habitación.

Había sido duro con ella, su corazón le pedía a gritos que la estrechara entre sus brazos, que la besara y que no se separase ni un milímetro de su cuerpo pero era el Laird y debía hacerle entender a aquella cabezota que ahora era la señora

del clan y debía comportarse como tal. Bastante era que no le había infligido un castigo físico como debería haber hecho según sus costumbres.

Leith había sido criado principalmente por su madre, Sloan era el primer hijo del Laird, el heredero y el guerrero. Él no había recibido la misma educación dura de su padre que su hermano, pero no podía permitir que su esposa le tomase por un pelele, esa mujer tenía que aprender de una vez por todas dónde estaba y cuál era su lugar en el clan, por muy enamorado que estuviera.

Cuando Verania se aseó y se cambió de ropa, bajó al salón principal siguiendo los gritos de los hombres de los Chattan, que estaban atemorizando a las criadas del castillo con sus modales. Algo que Leith nunca había permitido entre sus hombres, el respeto era crucial.

Durante la velada se comportó como una marioneta, apenas habló y se limitó a comportarse como había visto hacer a las esposas de algunos de los guerreros las pocas veces que habían asistido a una comida en el castillo. Leith supo que le pasaba algo, no había ni rastro de la mujer que amaba en aquella actitud sosa y conformista, sin duda Verania estaba enfadada con él, pero no podía permitirse que los demás dudaran de su autoridad y mucho menos el clan que tenían como invitados.

Nada más tuvo oportunidad, Verania se disculpó y se marchó a su habitación, no soportaba ni un segundo más aquella actuación, no se sentía ella misma y el pasotismo de Leith, después de todo lo que había pasado, la estaba sacando de sus casillas, si eso era lo que quería, una esposa que callara y asintiera, eso tendría. Un caparazón vacío.

Se acostó intentando controlar las lágrimas que pugnaban por salir de sus húmedos ojos, había deseado con todas sus fuerzas volver a ver a Leith, estar entre sus brazos, sentir el amor que le profesaba y ese había sido el motivo por el que había luchado en su cautiverio, volver a su lado, era todo cuanto deseaba.

En cambio había descubierto una nueva cara de él, una que no le había gustado en absoluto, siempre creyó que, pese a ser el Laird, era diferente a los brutos hombres del clan. Leith no necesitaba ser un bárbaro despiadado para ser respetado, emanaba una seguridad y una determinación propias de un líder y nadie osaba cuestionarle. Para bruto ya estaba su mano derecha, Alaric, que tenía todas las cualidades de un asesino a sangre fría sin sentimientos, aunque, eso no era del todo cierto. Sin embargo no pudo retener las lágrimas por más tiempo cuando recordó a Nerys y las palabras de si esposo, no podía haberla perdido, a ella no… no había estado a su lado y aunque no había sido por voluntad propia, jamás se lo perdonaría.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando Leith apareció en la habitación, apestaba a cerveza y supo que posiblemente había bebido más de la cuenta, se hizo un ovillo a un rincón de la cama y esperó el impacto que no tardó en llegar. Leith se dejó caer como un peso muerto e inmediatamente alargó la mano en busca de atenciones, pero su esposa ya había decidido que no iba a obtener nada de ella, si quería algo tendría que tomarlo a la fuerza y sinceramente esperaba que no llegase a ese extremo. Se hizo la dormida y Leith pareció desistir, a la mañana siguiente él seguía dormido cuando se apresuró a levantarse y salir de allí, por mucho que le amara lo último que quería en esos momentos era verle, le recordaba el daño que le había hecho con sus duras palabras y su actitud, tal vez ella fuera una chica demasiado sensible, pero necesitaba que él la echara de menos del mismo modo en que lo había hecho ella.

Tan pronto como bajó se arrepintió, había olvidado completamente que tenían visita y los hombres de los Chattan no estaban tan *civilizados* como los Murray, eso seguro. Tras esquivar un par de guerreros borrachos se apresuró a esconderse en la cocina, la suerte estuvo de su lado cuando Aryn apareció en busca de comida.

- ¡Aryn!

- Lady Verania.

- ¿Tengo utilizar formalismos contigo? –Respondió molesta, todo el mundo parecía haber cambiado su actitud con ella y lo detestaba.

Aryn miró a su alrededor antes de acercarse a ella y susurrar, para asegurarse que nadie se daba cuenta.

- Vera, tengo que guardar las formas en público y más con los Chattan por aquí, no deberías estar aquí sin Leith, se va a molestar.

- Pues que se moleste, quiero ir a ver a Nerys, su… su tumba.

- Él te llevará.

- Puedo ir sola.

- No debes ir sola.

- Pues ven conmigo.

- Leith me decapitaría en público, ya te perdí una vez Verania.

- ¡No fue culpa tuya!

- Lo fue, abandoné la guardia.

- Aryn…

- Lady Verania, me alegro que esté de vuelta en el castillo.

Tal como había entrado, Aryn se volvió a marchar, sin duda para evitar seguir hablando con ella.

Al parecer las cosas en el castillo habían cambiado en su ausencia, era probable que fuera por la presencia del clan Chattan, pero en el fondo ella sabía que el auténtico motivo del cambio que detectaba en el ambiente no era otro que ella misma, su secuestro había cambiado las cosas y ahora no tenía a nadie en quien apoyarse, sabía que Nerys la habría ayudado pero ella ya no estaba y no había nadie que estuviese ahora de su lado. Su esposo la trataba como a una niña pequeña malcriada y sus amigos la rehuían, además de la actitud distante de Aryn, no se le había escapado el detalle de que Alaric le había estado apartando la mirada desde que había vuelto al castillo y cada vez que se acercó para hablar con él y darle el pésame por el fallecimiento de su madre, él la había evitado. Quería saber que se demonios se cocía en aquellas cabecitas retrógradas, pero tenía una misión mucho más importante en esos momentos: Nerys.

Sin pensarlo dos veces salió de la cocina y se marchó en dirección al lugar en que supuso que habrían dado sepultura a la mujer que consideró una madre. Verania no se equivocó, tras un rato andando en silencio con sus pensamientos, llegó frente a la tumba de aquella mujer que tanto cariño le había dado, no pudo evitar caer de rodillas frente a ella, con las lágrimas corriendo pos sus mejillas sin poder contenerlas. Le habló, se disculpó y continuó hablando, habló más, gritó, maldijo y lloró hasta quedarse dormida en suelo sobre la tierra en que Nerys descansaba.

La despertó una mano pesada sobre su hombro, se sobresaltó y trató de apartarse pero se quedó paralizada ante el fuerte agarre y supo de inmediato de quien se trataba, al volverse se encontró con el ceño fruncido de Alaric y sintió un escalofrío al mirarle a los ojos.

- Hola.
- No deberías estar aquí sola.
- No empieces tú también.
- Leith te estaba buscando, está bastante molesto.
- Pues ya somos dos. Paso por un maldito infierno y cuando regreso a la seguridad de mi hogar ¿qué me encuentro? Malas caras y malas palabras. Ese no es el hombre de quien me enamoré, Alaric.
- Es el Laird.
- ¡Lo dices como si eso justificara su comportamiento!
- Así es.
- ¡Por Dios! ¡No!

- No sé…

- Mira Alaric, no empieces con que no sabes cómo son las cosas en el sitio del que vengo, porque yo tampoco lo sé, pero sin duda siento que algo no está bien y a veces me cuesta entenderos. Lo intento de verdad, pero hay cosas que me superan.

- Vera no importa de dónde vengas, o como fuera tu vida antes de llegar aquí. Ahora este es tu hogar, eres la señora de estas tierras, la esposa del Laird y debes comportarte como se espera de alguien en tu posición. Deja de comportarte como una cría caprichosa y regresa al castillo.

- Pero…

- No hay peros Lady Verania.

- Supongo que tienes razón.

- No es ante mí ante quien has de disculparte.

- No me estaba disculpando.

- Discúlpate con Leith, no empeores las cosas.

Sabía muy bien que discutir con Alaric era una batalla perdida de antemano, además debía reconocer que él tenía razón, aunque jamás lo diría en voz alta, no quería alimentar el ego del guerrero, que ya era lo suficientemente grande sin ayuda.

Volvieron en silencio al castillo, topándose con Leith en el patio de armas. Los tres se detuvieron de golpe, el Laird tenía el ceño fruncido y los puños apretados a los costados, estaba más que molesto, parecía furioso. Alaric dio un paso al frente, algo que a Vera se le antojo protector y no pudo evitar que las comisuras de sus labios se dirigieran discretamente hacia arriba. Ambos guerreros se miraron fijamente sin ceder antes de que Alaric rompiera el silencio que comenzaba a tornarse incómodo.

- He llevado a Lady Verania a ver a madre.

- Deberías haber avisado.

- Lo siento, no pensé que fuera necesario.

- ¡Qué no era necesario!

- Ambos sabemos lo cabezota que es tu esposa, amigo, en lo que hubiese tardado en localizarte ella habría ido por su cuenta. Agradece que me pidiera que la acompañara en vez de marcharse sin decir nada a nadie.

- Ve arriba, avisa a Bonnie y que suba la bañera. Estás llena de tierra y tenemos visita.

Verania no se molestó en responder, asintió con la cabeza en silencio y sin

levantar la cabeza del suelo comenzó a caminar hacia el castillo, sin embargo, y al ver que ninguno de los dos hombres la seguía se detuvo escondida tras un enorme árbol para poder escuchar qué decían cuando escuchó la voz de Alaric mucho más seria de lo habitual.

- ¿Te das cuenta que tu esposa ha vuelto a casa intacta cuando todos pensamos que jamás volveríamos a verla con vida?

- Sí.

- ¿De verdad?

- ¿Qué pretendes Alaric?

- Vamos Leith, tú siempre has sido el inteligente de nosotros dos.

- Estás acabando con mi paciencia.

- Tú estás acabando con la de Verania y, si no quieres perderla de verdad, te sugiero que te comportes como el idiota que eras antes de volverte como uno de nosotros. Tú siempre has sido diferente, nunca la has tratado como nos han enseñado a tratar a las mujeres, no puedes cambiar eso ahora.

- ¡Ella debe aprender a…!

- ¡Basta! Soy un guerrero y bien sabes cómo trato a cualquier mujer que se acerque a mí pero hasta un hombre rudo y salvaje como yo se da cuenta que ella es diferente. Si pretendías desposarte con una mujer que pasara sus días bordando y hablando sólo cuando le preguntaras deberías haberte casado con la hija de los Fraser y no con Verania, ella es una mujer fuerte y con carácter. ¡Y demonios! No sé de dónde ha salido, pero desde luego no es como las mujeres de por aquí.

- ¿Ahora la estás defendiendo?

- Madre la quería y la admiraba, admiraba su fortaleza y su determinación. La instruyó no sólo en el uso de las hierbas sino también en comportarse como se supone que una dama debe hacer, pero eso es todo lo que obtendrás de ella.

- ¿Me das lecciones? ¿Tú?

- Te advierto Leith, si la dañas la ayudaré a escapar de ti y no habrá suficiente escocia en la que buscar para que puedas encontrarla.

- ¿Por qué?

- Se lo debo a madre.

- Mientes.

- Leith…

- Quiero la verdad.

- ¿La verdad? Bien, la verdad es que la amo y si la empujé a tus brazos fue únicamente porque sabía que era a ti a quien había entregado su corazón, pero no te equivoques hermano, no permitiré que esa mujer sufra por tu estupidez.

- Lo sabía. –Gruñó.

- ¿El qué sabías?

- Sabía lo que sentías por ella aunque en el fondo deseaba que fuera sólo producto de mi imaginación.

- Es difícil no querer a tu esposa y algunos de mis hombres no dudarían en clavarte una espada por protegerla.

- No puedo permitir eso.

- Pues vuelve a ser el idiota que eras, este no nos gusta, a nadie.

El corazón de Verania se disparó en un desbocado intento de atravesar su pecho. Jamás, en mil millones de vidas hubiese pensado escuchar algo como aquello por boca de Alaric. Los hombres seguían hablando pero ella decidió que ya había escuchado suficiente y sin duda lo mejor sería seguir sus instrucciones. Fue directa a la cocina en busca de Bonnie y le pidió que le preparara un baño, subió a esperar a su habitación mientras su mente traicionera le repetía las palabras de Alaric una y otra vez. ¿Cómo se sentía ella respecto al guerrero? Amaba a Leith, estaba completamente segura de ello, pero en algún lugar de su corazón sabía que, si aquel día hubiese terminado desposada con el salvaje highlander, le habría amado. Tal vez no del mismo modo en que se sentía por Leith Murray, pero podría haberle amado lo suficiente como para formar una familia con él. Afortunadamente esa era una preocupación que ya no se encontraba en sus pensamientos, estaba casada con el hombre al que amaba y aunque se sentía mal por los sentimientos de Alaric, que no podía corresponder, sabía que le quería lo suficiente como para convertir aquel amor en una sólida unión fraternal.

Unas horas más tarde, mientras Vera seguía escondida en sus aposentos evitando cualquier contacto con el clan de cerdos salvajes que había invadido el castillo, Leith apareció frente a ella. Ambos se miraron en silencio durante un instante, el tiempo suficiente para que su garganta se secara y su mano se posara sobre el latido frenético de su corazón. Inesperadamente Leith cayó de rodillas frente a ella, y tras colocar una mano en su corazón y la otra en la pálida mejilla de Verania únicamente dijo una cosa.

- *Mo ghràdh.*

Fue suficiente para que Vera no pudiese contener las lágrimas ni un segundo más, sabía que a partir de ese momento todo iba a ir bien, podía sentirlo en la mirada de Leith. Él la abrazó y ambos estuvieron en silencio durante un tiempo, finalmente Verania fue capaz de calmarse y articular palabra.

- Te amo Leith.
- Yo también te amo Verania.
- Todo irá bien.
- Todo irá bien, *mo ghràdh.*

No necesitaba obtener una disculpa, sólo necesitaba sentir su amor incondicional. Ese era su marido, el hombre al que amaba con todo su ser.

Capítulo 10

Habían pasado varias semanas desde que los Chattan habían abandonado por fin sus tierras. Su estancia se había prolongado por un mes, más tiempo del que cualquier Murray hubiese querido y, no quedaba nadie en aquellas tierras que no les odiase más ahora de lo que ya lo hacían antes.

Estaba claro que siempre existía alguna excepción, pero por lo general aquellos hombres habían demostrado, sin lugar a dudas, que eran poco más que unos bastardos, borrachos, maleducados, salvajes y con las manos demasiado largas. Todo el mundo apreció la nueva tranquilidad de aquellas semanas, todo volvió a su cómoda rutina, sin borrachos acechando a las criadas en el castillo ni retando a los soldados Murray a cada ocasión que tuvieran o buscaran.

Aquella mañana Bonnie había esperado a ver marchar a Leith con sus hombres antes de entrar en la habitación de su señora.

Bonnie MacLeod era sin duda una mujer muy especial y, sabía que el tiempo para hablar con Verania se agotaba, así que se armó con todo el valor que pudo reunir, sabía que ella la entendería, pero eso no reducía su miedo, su don era algo que siempre le había fascinado y asustado del mismo modo.

- Buenos días Bonnie ¿ocurre algo?

- Necesito hablar con usted, señora. –Su tono era serio y su gesto contrito.

- Claro Bonnie, dime que te preocupa.

- Es usted quien me preocupa Lady Verania.

- ¿Yo? Tranquila Bonnie, estoy perfectamente.

- Por favor, prometa escucharme.

- Bonnie me estás asustando ¿qué ocurre? ¿le ha pasado algo a Leith?

- No.

- ¿Qué ocurre Bonnie?

- Señora…

- Verania.

- Verania, tu no perteneces a este tiempo, pero es aquí donde se encuentra tu futuro. Cuando el momento llegue, sólo confía en mi estirpe.

- ¿Qué…?

- No estoy loca señora, por favor, confíe en mí, el tiempo se acaba y debe encontrar el camino a la felicidad de nuevo por si misma, mi descendiente la encontrará, pero necesitará que confíe en él o en ella como sé que confía en mí.

- Bonnie no entiendo nada ¿qué tiempo? ¿de qué hablas?

- Lady Verania, por favor sólo debe recordar que su futuro no se encuentra en su tiempo y confiar en quien descienda de mí para encontrar el camino de vuelta a su esposo.

- Está bien Bonnie, trataré de recordarlo, supongo…

- No diga nada a nadie, por favor, no quiero ser juzgada por este castigo al que mi abuela un día llamó don.

Verania únicamente asintió, estaba aturdida por las palabras de Bonnie, aquella doncella era una de las pocas en las que confiaba ciegamente, Nerys tenía mucho cariño a aquella mujer y siempre se había referido a ella como alguien muy especial, ahora entendía a qué se refería, ella debía saberlo.

Nerys lo sabía todo, siempre lo sabía todo, así que si ella confiaba en Bonnie sin duda Vera lo haría también, por muy disparatadas que fueran sus palabras, en algún momento podrían tener sentido.

Desde que las cosas habían vuelto a la normalidad, Verania se había ocupado del oficio de Nerys, no conocía el poder de las plantas como ella, pero había aprendido mucho bajo su tutela, al menos lo suficiente como para poder ayudar a la gente de su clan, y ganarse un hueco en sus corazones. Los Murray no eran un clan grande, pero estaban unidos y todo era en parte gracias al carácter de Leith. No era un Laird severo, era un hombre tan comprensivo como firme, era un hombre justo y amable, respetable y confiable. Su gente lo sabía y le seguiría a cualquier lugar sin dudar.

Semanas más tarde de la extraña conversación con Bonnie, regresaba al castillo después de visitar a una de las familias del pueblo que tenían a uno de los pequeños enfermo, les había llevado unas hierbas para contrarrestar los efectos de la fiebre que sufría. Aryn la acompañó hasta el patio de armas, desde lo sucedido meses atrás nunca la dejaban ir sola a ningún sitio y aunque al principio había intentado protestar, finalmente agradecía la compañía, sobre todo cuando era el joven guerrero quien la acompañaba. Era como un hermano pequeño, era un encanto cuando no estaba en su posición de guerrero, en cierto modo le recordaba a su esposo en el carácter afable, aunque tal vez por su

juventud, Aryn era más simpático y dicharachero. No obstante tenía claras dotes de mando que no dudaba en poner a prueba cuando era necesario, sin embargo, le encantaba pasar tiempo con él, estaba segura de que sería un gran señor de sus tierras llegado el momento.

Entró al castillo por la cocina, como tenía costumbre de hacer pese a que Leith le había dicho en numerosas ocasiones que utilizase la puerta principal. Apenas había puesto un pie en las escaleras que conducían a su alcoba, Bonnie la interceptó y la acompañó arriba sin mediar palabra. Una vez a solas, la mujer nerviosa enfrentó a su señora.

- Lady Verania, hoy será el día.

- ¿Qué día Bonnie?

- Hoy regresará, por favor no olvide que su futuro está aquí, el señor y usted merecen ser felices.

- Bonnie, siento que no te entiendo. No me voy a ningún lado.

- En el fondo de su corazón me entiende, pero no quiere que sea verdad, en el fondo siempre lo ha sabido Lady Verania. No crea las palabras de nadie que no proceda de mi estirpe, sólo así podrá regresar.

- No te preocupes, no ocurrirá nada.

Bonnie se marchó dejando sola a su señora mientras negaba con la cabeza, ella estaba convencida de que sí ocurriría, pero le hubiese gustado creer que podría estar equivocada.

Verania no quiso dar importancia a la conversación con Bonnie, no quería pensar en ello porque ella tenía razón, en el fondo sabía que algo estaba fuera de lugar y tenía un miedo terrible a que fuera verdad que ella no pertenecía a aquel lugar, para ella no existía una vida lejos de Leith, él lo era todo, amaba a su marido, adoraba a la gente del clan y le encantaba el lugar en el que vivía, era feliz, total, completa y absolutamente feliz.

Con una nueva determinación y sabiendo que podría contarle cualquier cosa sin ser juzgada, se fue en busca de Leith, sabía que estaría en los establos, llevaban mucho tiempo teniendo problemas con algunos de los caballos y no había forma de saber qué les estaba pasando, ella había intentado ayudar con hierbas pero no había conseguido grandes resultados.

Allí estaba él, de espaldas acariciando la crin de su caballo y hablándole como si él fuera a entenderle, a veces pensaba que sí se entendían, aquellos dos tenían una conexión muy especial, era entrañable ver como el rudo highlander cuidaba de su caballo.

Se aproximó en silencio y llamó su atención con voz suave, sonó temblorosa, pese a que no era lo que pretendía.

- Leith.

- *Mo ghràdh.*

- ¿Podemos hablar?

- Subiré más tarde, estoy esperando a Duncan por *Ceò*, espérame en nuestros aposentos, iré directo. —*Ceò* era su caballo y fuera lo que fuera que le preocupara, lo que tenía que decirle podía esperar un poco.

- Claro, en realidad no es nada importante. He hablado con Bonnie y me ha preocupado lo que me ha dicho, pero seguramente es una tontería.

- ¿Bonnie?

- Sí, no te preocupes, nos vemos más tarde. Espero que *Ceò* esté bien.

La llegada de Duncan a los establos dio por finalizada la conversación, Verania regresó al castillo y esperó el regreso de su marido. Tal como había dicho Leith, fue directo y para sorpresa de Vera, no tardó más de media hora en reunirse con ella. El Laird entró en la habitación con el ceño fruncido y su cara cambió rápidamente de expresión cuando vio que su esposa se estaba desvistiendo para darse un baño. Sin mediar palabra caminó hacia ella y la abrazó antes de besarla con pasión, amaba a aquella mujer más que a su propia vida. Unos golpes en la puerta les interrumpieron y Leith gruñó en respuesta sin separarse de su mujer, pero Verania se apartó un paso de él y le miró a los ojos sonriendo.

- Ve a ver quién es, te prometo que no iré a ningún lado.

- ¿Me lo prometes *mo ghràdh*?

- Nunca me alejaré de ti, te amo, y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Ve a ver quién es.

- Déjate puesto el colgante.

- No quiero que se moje y se estropee, lo dejaré en la repisa de la chimenea.

- Vale, ahora vengo.

Leith salió de la habitación y se apoyó contra la puerta para encarar a su amigo Alaric.

- Sea lo que sea, dime que puede esperar.

- Sólo quería saber cómo están los caballos.

- Después de la cena.

- De acuerdo, veo que tienes prisa por volver ahí dentro y no quiero explicaciones.

- Ves bien hermano.

Cuando abrió la puerta y entró de nuevo lo que vio le dejó petrificado, o mejor dicho, lo que no vio, porque por más que miró y se frotó los ojos no había rastro de su hermosa esposa.

La ropa estaba sobre el sillón y su colgante estaba en el suelo, pero Verania no estaba en ningún lugar. Puso la habitación patas arriba mientras gritaba con rabia pero no estaba, Vera no estaba allí. Sin embargo, Leith conocía las habladurías sobre Bonnie, y ella sería la primera en recibir un interrogatorio por su parte, no antes de mandar a sus hombres a buscarla. Aunque era imposible que hubiese salido de allí sin que él se hubiese dado cuenta, ya que bloqueaba la única salida.

Verania había desaparecido, sólo tenía una cosa en su mente, encontrarla.

Capítulo 11

Verania comenzó a sentir un intenso dolor de cabeza, era como si una aguja le estuviese atravesando el cerebro, escuchó el sonido de la puerta abrirse y cerrarse, el sonido de unos pasos, Leith debía haber oído el golpe que hizo al caer cuando iba a dejar el colgante antes de bañarse, y acudía en su ayuda. Quería abrir los ojos pero sentía los párpados pesados, era como si se los hubiesen pegado con pegamento y el bip-bip rítmico que escuchaba en el silencio de su oscuridad la estaba sacando de sus casillas. Menudo coscorrón se debía de haber dado al desmayarse, intentó alargar la mano para hacer saber a Leith que estaba allí, aunque le estuviera costando horrores moverse, sentía todo el cuerpo entumecido. Finalmente logró mover la mano unos centímetros y notó la calidez de otra mano sobre la suya, no era una mano grande y callosa, Leith debía haber llamado a alguna de las muchachas del servicio, maldición, tenía abrir los ojos y hacer que él dejara de preocuparse, conociéndolo seguro que estaría dando órdenes a gritos por todo el castillo.

Todavía tardó un buen rato en ser capaz de abrir los ojos y lo primero que vio fue una luz intensa que la deslumbró.

- Maldita sea, corred las cortinas. –Susurró.

- ¿Verania? ¿Estás despierta? ¡Verania!

Verania abrió los ojos sorprendida por aquella voz, aquella voz que conocía tan bien como la suya propia, un sentimiento de pánico la inundó en segundos y, haciendo un nuevo esfuerzo por abrir los ojos otra vez miró hacia su derecha, dirección de la que provenía la dulce voz.

- ¿Akane?

- ¡Menos mal! ¿Cómo te sientes? Espera, voy a avisar que has despertado.

Un segundo después Akane salía de la habitación, aquel lugar aséptico y austero no le sonaba de nada, tenía cables, vías, goteros y monitores. Miró a su alrededor sintiéndose fuera de lugar, intentó incorporarse, pero le fue imposible. Algo no iba bien, no, claro que no iba bien, iba mal, iba fatal, todo iba

jodidamente mal. En el mismo momento en que la puerta color menta se abrió de nuevo y entró Akane seguida por el personal sanitario todos los recuerdos llegaron a su mente como un torbellino, la reunión, el accidente, Leith… Sus ojos se abrieron de par en par, las lágrimas comenzaron a brotar antes de que pudiera terminar de procesar la información que llenaba su cerebro y gritó:

- ¡Leith!

- Señorita cálmese. –Indicó uno de los sanitarios.

Un buen rato después cuando ya le habían hecho pruebas y comprobado que estaba completamente bien Akane entró de nuevo en la habitación, se veía feliz, con una enorme sonrisa. Allí estaba su mejor amiga, su hermana postiza. No podían ser más diferentes pero desde pequeñas habían sido uña y carne. Akane, nacida como María del Mar, era una chica muy peculiar, era una belleza camuflada en un estilo que apartaba a mucha gente, aunque su corazón era enorme. Allí estaba en silencio observándola como si hubiese visto un fantasma, Verania la observó de arriba abajo. Su pelo, que era de un rubio ceniza muy claro, estaba teñido de negro, cosa que contrastaba demasiado con su tez pálida y sus ojos azul claro, lo llevaba suelto y liso, por la cintura como siempre. Vestía con unos vaqueros de pitillo negros, botas militares y un top, también negro, bajo un chaleco de piel, negro con tachuelas. Sí, era su Akane de siempre, aunque parecía estar más delgada y los círculos entre marrón y morado de debajo de sus ojos daban a entender que no había descansado mucho últimamente.

- ¿Qué miras con tanto interés?

- Estás más delgada y con esas ojeras pareces más *Morticia* de lo normal.

- *Buffffffff* creo que me acabo de arrepentir de haberte echado de menos.

- ¿Por qué estoy aquí?

- Te encontraron en la orilla del rio, inconsciente. Por lo visto tuviste un accidente cuando ibas al trabajo.

- ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

- Algo más de ocho meses, pensaba que no volvería a verte despierta Verania… yo…

- No… no puede ser… Leith… ¿Dónde está Leith?

- ¿Qué narices es Leith? Lo has repetido ya varias veces… ¿Seguro que estás bien?

- ¿Qué dices? Leith es mi marido.

- Verania, tú no estás casada… ¡Si no tienes ni novio!

- No… no… no… no puede ser cierto.

- ¿Qué ocurre? Me estás preocupando… ¿Quieres que llame al médico?

- No, ven, siéntate… tengo algo que contarte.

Akane se sentó al borde de la cama de su amiga y le tomó la mano, no era una persona cariñosa pero quería que Vera supiera que estaba a su lado, que no había dejado de estarlo.

- ¿Seguro que estás bien? ¿Por qué lloras?

- Creo, creo que no me vas a creer, pero… yo… todo este tiempo no he estado aquí.

- ¿Qué dices? ¡Claro que has estado aquí! No me he separado de tu lado ni un solo día, primero pedí que me dieran las vacaciones para poder cuidar de ti y como tu situación no mejoraba pedí una excedencia de un año cuando se me agotaron las vacaciones y todos los días que me debía la empresa, que no eran pocos. Así que no, no te has movido de aquí.

- Me desperté en Escocia, Akane, dos hombres me encontraron en la orilla de un rio, inconsciente… y me llevaron con ellos, Leith y Alaric. Yo no recordaba nada, había perdido la memoria y ellos hablaban raro, después supe que era gaélico y con el tiempo lo aprendí, pero entonces me comuniqué con ellos en inglés y aun así apenas nos entendíamos. Era un tiempo complicado, había conflictos, me llevaron con ellos a sus tierras, pero yo era una sassenach y lo poco que iba recordando de mi pasado eran fragmentos inconexos a menudo dolorosos. Para no poner en peligro a todo el clan había dos opciones, o bien me marchaba de allí o me convertía en una escocesa, en una Murray. Ni yo quería irme, no tenía dónde ir, ni ellos tenían intención de abandonarme así que Leith, como es el Laird ordenó a su amigo Alaric que se casara conmigo… aquello me rompió el corazón, yo me había enamorado de Leith y creí que él sentía lo mismo… finalmente el día de la boda se decidió y ocupó el lugar de su amigo. Me casé, Akane, me casé enamorada de un hombre maravilloso, un fiero guerrero con un corazón increíble y bueno. Y ahora… ahora estoy aquí. Oh Dios mío, le prometí que no volvería a alejarme de él…

- Has estado mucho tiempo en coma Verania, sin duda todo lo que cuentas no ha sido más que un sueño, te aseguro que no te has movido de aquí.

- No, no puede haber sido un sueño. Era real, te juro que era real.

- Tienes que descansar, te has despertado después de mucho tiempo y es normal que estés aturdida y confundida.

- Akane, tiene que ser real, yo nunca he estado en Escocia, no conozco nada sobre ese país, no podría haber soñado algo así…

- Te prometo que todo está en tu mente, descansa y verás cómo pronto todo vuelve a la normalidad.

Una enfermera interrumpió su conversación, tras inyectarle algo a Verania en la vía que todavía llevaba, esta se quedó pronto dormida. Akane aprovechó el momento para marcharse, su amiga se había despertado, estaba feliz por ello pero le preocupaba su estado mental, tal vez las secuelas del accidente les iban a dar más de un mal rato a ambas.

***

Cuando Akane llegó a casa se tumbó en la cama sin desvestirse y alargó la mano hasta su mesilla de noche, en la que descansaba el álbum de recuerdos que había revisado una y mil veces en los últimos meses. Se trataba de un álbum que habían ido completando durante los años ambas amigas desde que se conocieron, por aquel entonces, ella todavía se llamaba María del Mar Rodríguez Paz y como niña de bien que era, paseaba su rubia melena con gracia por el colegio bilingüe y pijo al que sus padres, ricos de cuna, la llevaron.

Un día cuando apenas tenía ocho años se encontró con una menuda pelirroja llorando en el patio, escondida en un rincón. No era de su clase, era una niña más pequeña y aunque la había visto algunas veces no sabía nada de ella, movida por la curiosidad se acercó a la chiquilla, pese a que sus amigas, tan tontas como lo era ella, le dijeron que la dejara porque sólo era una niña llorona de baja cuna. Sin embargo, como atraída por un imán, se acercó y se sentó a su lado.

- ¿Cómo te llamas?

- Verania.

- ¿Por qué lloras?

- Porque mi papá se ha ido.

- Pues ya volverá, mi papá también se va muchas veces.

- No, mamá ha dicho que se ha ido al cielo y que no volverá… pero que me verá desde allí y que tengo que ser fuerte por las dos, pero yo no puedo, echo de menos a mi papá.

- Entonces seguro que se enfada si lloras.

- ¡Me da igual!

- Si dejas de llorar te invito a mi cumpleaños. Es la semana que viene, pero si lloras antes de mi cumpleaños no te dejaré venir.

- Tú eres de las niñas mayores, las niñas de mi clase no van a los cumpleaños de las mayores.

- Si dejas de llorar, tú sí, serás la más guay de tu clase.

- ¿De verdad?

- Sí.

- Vale.

Sin más palabras que aquellas, la niña rubia volvió con sus amigas y aunque no volvieron a hablar en toda la semana, María del Mar vigilaba a la pequeña Verania para asegurarse que no lloraba ni una sola vez. El día antes de su cumpleaños la buscó y sin mediar palabra le tendió una invitación a su cumpleaños.

- ¿De verdad puedo ir?

- Sí. Dile a tu mamá que no tiene que comprarme un regalo, ya tengo muchos y lo único que quiero es que vengas y no vuelvas a llorar.

- ¿Cómo te llamas?

- María del Mar, voy a tercero.

- Yo estoy en primero.

- ¿Por qué no juegas con las otras niñas de tu clase?

- No me quieren porque ya no tengo papá y mi nombre es raro, dicen que me echarán porque mi madre ya no tiene dinero.

- ¿Ves a la niña morena de las dos coletas?

- Sí, es Julieta.

- Pues su papá se ha ido con su secretaria y a su mamá la han ingresado en un sitio para borrachos. Está con sus abuelos. Y la que está a su lado, Daniela, la mandan a un internado en verano porque su padre se ha vuelto a casar con una chica joven y no la quiere en casa. Si te molestan, puedes contestar.

- Yo no quiero hacerles daño. No está bien. –Dijo Verania moviendo enérgicamente su cabeza.

- Tú misma. –Respondió la niña rubia mientras se volvía con sus amigas.

Al día siguiente, una mujer rubia de ojos verdes apareció con una niña pelirroja en la puerta de la lujosa residencia de los Rodríguez-Paz. La señora Amalia Paz y su hija María del Mar, observan con sorpresa a la madre de

Verania, Arleth Lorayne, era demasiado joven. Tal como supo poco después Amalia, y Akane años más tarde, Arleth vivía con su familia en París. Con sólo 16 años había conocido a un fascinante empresario que le doblaba la edad y pronto se quedó embarazada, el empresario, que estaba de paso, tenía que volver a su país así que enamorados y emocionados con el embarazo consiguieron el permiso de los padres de ella para casarse y comenzar su vida juntos en España. Era por ello, que sentada en el enorme salón en tonos verdes y dorados, Arleth, con 23 años se sentía desplazada rodeada de las madres de las niñas que habían sido invitadas al cumpleaños de la única hija de los Rodríguez-Paz, fue por primera vez más consciente de que se había quedado sola, con una montaña de problemas legales tras el fallecimiento de su marido, que la dejaban prácticamente sin dinero ni sitio dónde vivir, y la pequeña Verania que estaba tan fuera de lugar como ella en aquella enorme mansión en una exclusiva urbanización.

El noveno cumpleaños de Akane fue el principio de su larga amistad, aquel día lo cambió todo, Verania le regaló lo más importante, lo que le había faltado toda su vida: cariño y amistad incondicional.

Habían estado juntas desde entonces, cuando unos años más tarde Arleth murió a causa de un cáncer fulminante, una rebelde María del Mar insistió a sus padres para que Verania se quedara con ellos, una familia adinerada y en tan buena posición social no tuvo ningún problema en conseguir la tutela legal de la adolescente, con la esperanza que su hija volviera a ser la niña que debía y no la chiquilla rebelde, mal vestida y extraña en que se había convertido. Y es que bajo el pseudónimo de Akane, que había sacado de una serie de dibujos, comenzó a chatear por internet y conoció a un chico norteamericano, aquel chico se autodenominaba gótico y ella, por agradarle, comenzó a cambiar, hasta que finalmente encontró su lugar en el mundo entre ropa negra y música que sus padres odiaban.

En el último año de universidad de Akane, que estudió periodismo, consiguió una beca para estudiar un año en EEUU y terminar allí la carrera, con la multitud de ventajas que ello le confería, sus padres dieron el visto bueno, lo que desconocían eran los planes de su loca hija, que había planeado conocer por fin a su príncipe azul. Y así fue, durante aquel año no sólo conoció a *su chico* Nathaniel Davis, con el que se casó para disgusto de sus progenitores. Durante aquel año, también se cambió el nombre por Akane, odiaba María del Mar porque se lo había puesto su padre, quien en esos momentos removía cielo y tierra por anular su matrimonio. Tras el curso escolar regresó a España con la

intención de volver lo antes posible con su marido, pero su plan fracasó cuando él, tres meses después de su regreso a España, le propuso el divorcio a causa de los chantajes de los padres de ella y de él. Akane dolida aceptó pensando que las cosas así serían más sencillas para ambos y que pronto se volverían a encontrar, pero pese a que mantuvo su apellido, Akane Davis con el tiempo se olvidó de Nathaniel, él se volvió a casar y ella se centró en su trabajo, en el que consiguió un puesto de diseñadora gráfica a su hermana pequeña, Verania, de quien nunca más se volvió a separar. Y allí estaba ahora, revisando las fotos y recuerdos, toda su vida en un álbum.

Se levantó y metió el álbum en el bolso, lo llevaría al día siguiente con la esperanza de que viéndolo, Verania dejaría de lado la majadería que le había contado y pronto le darían el alta y volverían a sus vidas. ¡La echaba mucho de menos!

***

Al día siguiente cuando Akane volvió al hospital Verania parecía más calmada, pero siguió insistiendo en su descabellada historia, pasaron dos semanas en las que aguantó estoicamente las quejas de su recién recuperada amiga, que repetía la misma historia una y otra vez. El psiquiatra le había dicho que después de tanto tiempo, no era de extrañar que le costase separar la realidad de la ficción. Pero la tercera semana algo pasó, algo que aunque Akane jamás reconocería en voz alta, la hizo dudar. Verania le había pedido que buscara información, que le trajera libros o un portátil, cualquier cosa relacionada con la escocia del SXV, pero ella había hecho caso omiso, sin embargo, aquello estaba haciendo que su parte más racional no supiera cómo lidiar con la nueva revelación. Aquella tarde Verania, harta de que su mejor amiga no la creyera, recordó algo. Tenía una cicatriz en la cadera, durante su rapto recibió un espadazo en la cadera derecha, no fue un corte demasiado profundo, pero debido a las carencias de la época, le había quedado una cicatriz de lo más evidente.

- Akane, dijiste que los médicos dijeron que no tenía más que algunas contusiones, ninguna herida preocupante.

- Aha.

- Sabes que nunca he tenido una cicatriz ¿verdad?

- No, Verania, no tienes ni una maldita marca en tu inmaculada piel. ¿Dónde pretendes llegar?

- Mira, me la hicieron con una espada, te digo que es real. No sé cómo es posible, pero te juro que fue real.

Cuando Verania se levantó el camisón y apartó su ropa interior, la cicatriz de unos veinte centímetros que tenía en la cadera, en la parte derecha quedó visible. Los ojos de Akane se abrieron de forma desmesurada, esa cicatriz no estaba allí antes, no estaba cuando la llevaron al hospital y desde luego no la había visto nunca. ¿Cómo había aparecido de repente allí? Era grande y sin duda debía haber sangrado lo suficiente como para haberse dado cuenta de cualquier herida en los más de ocho meses que estaban en el hospital, pero no. ¿Y si su loca historia fuera real? No, no podía ser, era imposible. ¿Pero y si no lo era? Jamás daría su brazo a torcer, pero sin duda los cimientos de la verdad racional se tambaleaban peligrosamente en su interior.

Aquella misma semana Verania recibió el alta, aunque estaría un tiempo bajo supervisión médica para controlar que no tuviera secuelas, después de tanto tiempo en coma era un milagro que estuviera perfectamente, todos hablaban de un milagro. Normalmente cuando alguien salía de un coma, y especialmente de uno tan largo, lo más probable es que quedaran secuelas y en cualquier caso que, durante las primeras semanas el estado de consciencia fuera y viniera, así como la dificultad de moverse o hablar. En cambio Verania se había despertado como si únicamente se hubiese echado una siesta, era un milagro que estuviese tan bien, le habían hecho miles de pruebas y todo apuntaba a que estaba completamente recuperada, aunque su psiquiatra tenía sus dudas.

Akane no permitió que su amiga volviera sola a su casa, por lo que ambas se instalaron en su céntrico ático, Verania no se opuso, allí estaba mucho más cerca de bibliotecas y en definitiva de cualquier lugar que le valiera para recoger información sobre qué había pasado con su marido y sus amigos, conocía el nombre del clan y la época, Leith le había hablado de los conflictos con Francia y no debería resultarle demasiado complicado encontrar algo, lo que fuera.

Dejó pasar unos días antes de ponerse en movimiento, no quería alarmar a su amiga Akane, que seguía reacia a creerla, aunque sabía bien que su cicatriz la había hecho dudar, al menos, era un paso en la dirección, que para ella, era la correcta.

Aprovechó una mañana que Akane tenía que ir a la empresa a solucionar algo sobre su excedencia, para alargarse hasta la biblioteca más cercana. Una vez allí se dirigió a la sección de historia y buscó cualquier libro que hablara sobre el SXV, sin embargo, aquel día no logró obtener ninguna información sobre la escocia de aquella época, así que volvió a casa decidida a buscar en internet, aunque no le gustara mucho la idea, aquello era un mar de información

demasiado basto como para encontrar algo completamente fiable, pero no tenía muchas más opciones.

Cuando Akane llegó a casa encontró a Verania tirada sobre su carísima alfombra negra, con su carísimo iMac y un bloc de notas.

- ¿Qué haces?
- Busco información.
- ¿Información sobre qué?
- ¿Tú qué crees?
- ¿Sigues con eso? ¿En serio?
- Puede que no me creas, pero para mí es real y quiero comprobar quien tiene razón, si los médicos y tú o mi mente, mi cicatriz y yo.
- Lo que tú digas.
- Gracias.
- ¿Y has encontrado algo?
- No mucho.
- Supongo que eso te dice algo.
- Sí, que el SXV no está muy documentado.
- Eres imposible.
- Mañana seguiré, si no te importa.
- Haz lo que quieras, al menos así estás entretenida y no me redecoras el piso.
- Tu decoración es bastante deprimente.
- Tu fijación por un tío, que de haber existido, la diñó hace 600 años también.
- Auch, eso ha dolido, María del Mar.
- Petarda.
- ¿Qué hay de cena?
- ¿Pedimos pizza?
- Vegetal para mí.

Pasaron varias semanas sin que Verania encontrara el tipo de información que buscaba, todo lo que encontraba era posterior a 1419, comenzaba a desesperarse. Tal vez España no fuera el lugar adecuado dónde buscar, tal vez debería viajar a Escocia, a la zona en la que estuvo en el pasado, tal vez allí hubiese algo, bibliotecas, museos, historias familiares… cualquier cosa que probara que Leith Murray existió, tal vez el castillo siguiera existiendo. ¿Pero por dónde empezar? Para ser justa, debía comenzar por el principio y, ese

principio estaba pintándose las uñas justo enfrente de ella. Akane se dio cuenta de que Verania la miraba fijamente con una sonrisa torcida, la sonrisa que anunciaba que algo se cocía en aquella pelirroja cabecita y, por lo general, nada bueno.

- ¿Qué pasa? ¿No has visto nunca a un tía pintarse las uñas o qué?

- Estaba pensando…

- ¡Ah no! Ni hablar, cuando tú piensas arde Troya.

- Vamos tonta, estaba pensando en unas vacaciones, un cambio de aires.

- ¡Oh! Eso sí, ya sabes que este año quería ir de vacaciones a Nueva York, podemos mirar los billetes e irnos unos días a disfrutar de la gran manzana.

- Eh, bueno, yo pensaba en algo un poco más rural.

- ¡Pero yo quiero ir a Nueva York!

- No estoy yo todavía para gran manzana, sé que no te gusta el verde, pero… un sitio más rural nos iría bien a las dos.

- Bueno, puedo ver algo.

- En realidad…

- ¿Qué?

- Sé dónde podríamos ir.

- No, por favor, Verania, no digas Escocia. No. Digas. Escocia.

- Vale, no lo diré… ¿Qué te parece Blair Atholl?

- ¿Qué?

- Es un pueblecito, he visto algunas fotos y parece pintoresco.

- ¿Y dónde narices está eso?

Verania miró a su amiga con su sonrisa inocente y una ceja alzada, Akane no necesitó nada más antes de responder ella misma a su propia pregunta.

- Vale, Escocia.

- ¡Eh! ¡Lo has dicho tú no yo! Pero sí, me apunto… ¿Nos vamos unos días a Escocia?

- ¿Tengo elección?

- En realidad no.

- Vale, eso significa que o te acompaño o te vas sola.

- Aham.

- Entonces…

- ¿Entonces?

- ¿Supongo que me apunto?

- ¡Esa es mi Akane!
- Sabes que te odio, petarda.

Verania estaba muy decidida, así que al siguiente lunes se plantó en la primera agencia de viajes que encontró cerca del ático de Akane y descubrió que ninguna de las rutas que ofrecía la agencia se centraba en la zona que ella quería visitar, o mejor dicho, investigar. Decidió que sacaría los billetes de avión por internet, alquilarían un coche en Glasgow y desde allí podrían ser libres para moverse por Blair Atholl y los alrededores, si Leith había existido y no había sido producto de su imaginación, cualquier evidencia debía estar allí y nada la pararía.

Una vez lo tuvo todo listo abordó a su amiga del alma.

- Akane, nos vamos en tres días. Ve preparando tu maleta.
- ¿Ya?
- Sí, ya tengo los billetes, el coche de alquiler y el hotel.
- Eso es eficiencia.
- Gracias.
- ¿Por decirte lo eficiente que eres?
- Por acompañarme aunque seas escéptica.
- Eres mi hermana, te acompañaría a la Conchinchina.
- Lo sé, y te quiero por ello.

En tres días, en tres días por fin volvería a pisar aquellas tierras. Paso uno, demostrarse a sí misma y a su loca amiga que su historia era real. Paso dos… ¿cuál debería ser? Lo averiguaría cuando llegara el momento, estaba segura de ello.

Capítulo 12

Verania y Akane acababan de llegar al pintoresco pueblo de Blair Atholl, por lo visto allí era dónde podrían encontrar a los descendientes del clan Murray.

- Madre mía Vera, esto es como estar en una película. ¡El hotel parece antiquísimo!

- Akane, se construyó en 1832, es antiguo. ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho en el avión?

- ¿Y tú te has dado cuenta que esto está en el culo del mundo? ¡Mira a tu alrededor!

- Por eso hemos alquilado un coche, para poder movernos libremente.

- Podrías haber buscado algo, no sé, más céntrico.

- Este hotel está más cerca del castillo.

- ¡Oh, sí, claro! ¡El castillo!

- Coge tu maleta y vamos dentro. Me apetece darme una ducha y después, si quieres podemos ir a dar un paseo por el pueblo.

- Es casi la hora de cenar.

- Podemos cenar en el pueblo.

- ¡Y salir de copas!

- Akane…

- ¡Venga Vera! Me has arrastrado hasta un hotel de casi doscientos años en medio de nada que no sea verde, merezco que me lleves de copas.

- Ya veremos.

Las dos amigas entraron en el hotel con una sonrisa. Tras indicarles cómo llegar a su habitación ambas deshicieron sus maletas y Vera se metió en la ducha mientras Akane, preocupada por su amiga, buscaba un atuendo adecuado para la noche. Tenía claro que en aquel pueblo casi cualquier prenda de su armario desentonaría bastante.

Tal y como habían previsto dieron un paseo por el pintoresco pueblo y cenaron en el primer lugar que vieron. La mujer que les atendió con familiaridad era un encanto y les recomendó un local cercano en el que podrían tomar unas

copas antes de dar la noche por finalizada, al fin y al cabo era sábado y aquel viaje ya era una locura en sí mismo.

Llegaron al local que les habían recomendado y aunque por fuera no resultaba para nada atractivo al entrar las dos amigas no pudieron ocultar una sonrisa. Era pequeño pero acogedor y familiar, se sentían a gusto rodeadas de extraños y se sentaron en una mesa libre. Cuando el camarero se les acercó Akane se sorprendió con la soltura de su amiga.

- ¿Nos acaba de llamar como a la perrita de la serie?

- ¿Lassie? –No pudo reprimir una carcajada–. Bueno, nos ha llamado *lassies*, muchachitas.

- ¿Desde cuándo entiendes tú a estos tipos?

- Entiendo algunas cosas. Y se ha dado cuenta de tu cara al oírlo.

- No he entendido que me ha dicho.

- Te ha dicho *dinna fash wee lass*, que viene a significar que no te enfades pequeña.

- ¿Por qué narices no hablan inglés? Estamos en Reino Unido.

- Estamos en Escocia, y ten cuidado con eso, *wee sassenach*.

- ¿Qué me has llamado?

- Te he llamado pequeña forastera, así que, déjame hablar a mí.

- No lo pillo, Vera. No has estado antes en escocia, en cambio no pareces una forastera como yo, te veo integrada y es raro.

- Ya te lo dije…

La conversación se vio interrumpida de nuevo por el camarero, era un hombre de poco más de treinta años, con una increíble sonrisa y unos ojos grises que contrastaban con el cabello negro que le caía con gracia por la frente hasta los ojos. Verania se interesó por él y le invitó a sentarse con ellas, no había mucha gente en el local y no les iría nada mal hacer algunas amistades en el pueblo.

- ¿Cómo te llamas? –Curioseó Akane interesada en el chico.

- Ken, Kenneth St. John.

- ¿Ken? ¡Cómo el novio de la Barbie!

- Lo siento –se apresuró a disculparse Verania– mi amiga es muy espontánea, habla sin pensar. Ella se llama Akane y yo soy Verania.

- *Nae bother lass*.

Continuaron hablando y conociéndose hasta que entró un grupo de gente y

Ken tuvo que volver a su trabajo. El local era de sus padres, así que todo quedaba en familia, el que estaba tras la barra era su hermano mayor Dave y la otra chica que servía las mesas era la esposa de Dave, Laire. Ken les había confirmado que se podía visitar el castillo, aunque sólo estaban abiertas al público algunas habitaciones, la entrada no era muy cara. También les dijo que había un museo en el pueblo y se ofreció a acompañarlas en su tiempo libre. Tal como Verania había escuchado y ella misma recordaba, los escoceses eran gente muy amable.

Verania observaba al nuevo grupo de gente que había entrado hasta que sus ojos se abrieron como platos y se atragantó con su cerveza.

- ¿Qué te pasa Verania? Parece que has visto un fantasma, te has puesto blanca.

- Algo así.

- ¿Vas a iluminarme?

- ¿Ves ese tío que está hablando con Ken?

- Sí, ha entrado con el grupo que está en la mesa del fondo. Está bueno, pero no es para que pongas esa cara.

- No es eso, es igual que Alaric. Tiene sus facciones, su color de ojos, su mirada, su pelo… todo, Akane. Si no fuera prácticamente imposible juraría que es Alaric.

Akane puso los ojos en blanco, quería creer a su amiga, de verdad que quería, pero su raciocinio le impedía pensar que su historia pudiera ser cierta y aunque no quería herir sus sentimientos tenía que conseguir que Vera se diera cuenta de que todo estaba en su mente.

- No me crees…

- Vera, ya lo hemos hablado, no te moviste de la cama en el hospital…

- Akane, dime una cosa, si no me crees ¿por qué has venido hasta aquí conmigo?

- Somos amigas. –Esta vez fue Verania quien puso los ojos en blanco.

- Sí… ahora vengo.

- ¡Eh! ¡Dónde vas!

Verania ya estaba caminando con paso decidido hasta la barra en la que estaba apoyado el clon de Alaric Murray. Cuando llegó se apoyó al lado de él y justo cuando iba a decir algo Ken apareció ante ella como por arte de magia.

- ¿Necesitas algo bonnie?

- *Awrite,* Ken.

- *Awrite,* ¿otra cerveza?

- Creo que necesito algo más fuerte, mejor un whisky.

- ¿Tu amiga te está volviendo loca?

- Seguramente ella te dirá que la loca soy yo.

- Ken, ¿no me vas a presentar a tu amiga? –Intervino el Alaric II que no les había quitado ojo.

- ¡Claro! Verania, este es mi amigo Ian, Ian Murray.

- ¿Verania? ¿Te llamas Verania?

- Sí, ya sé que no es un nombre muy común.

- No es la primera vez que lo escucho.

- Supongo que me sorprende que digas eso, Ian.

- Oye Ian, Verania me ha estado preguntando antes por el castillo. Ella y su amiga quieren visitarlo.

- Sí, a mi amiga Akane y a mí nos encantaría visitar el castillo de Blair. Aunque me ha dicho Ken que sólo hay una pequeña parte abierta al público.

- Así es, yo trabajo allí, preguntad por mi cuando vengáis, tal vez pueda meteros con algún grupo y os ahorráis la entrada.

- ¿Eres guía?

- ¿Ian guía? –Ken estalló en carcajadas.

- No, no soy un guía, soy un Murray. –Respondió molesto.

- Oh… ¿perdón?

- Mi familia y la del Duque de Atholl tienen lazos que las unen desde hace siglos. Mi padre se encargaba de la preservación histórica del castillo y yo heredé su puesto.

- Verania, Ian es una especie de ama de llaves del Castillo de Blair, aunque no le gusta mucho que le llamen así.

- *Bawbag*. –Gruñó Ian mirando a Ken con el ceño fruncido.

- Gracias Ian, preguntaré por ti cuando vayamos, seguro que sabes muchas cosas sobre la historia de ese castillo y de los Murray, me encantará poder charlar contigo en otro momento, ahora tengo que volver con mi amiga, la he arrastrado a este viaje y ya está bastante molesta conmigo porque esto no es Nueva York.

- ¿Nueva York?

- Sí, es dónde tenía planeado pasar las vacaciones, en cambio la he convencido para acompañarme en este viaje y podríamos decir que mi

amiga y la naturaleza no son dos términos compatibles.

- Dale un par de semanas y se enamorará de estas tierras. –Dijo Ken con mirada soñadora.

- Es difícil no enamorarse… en fin, gracias *lads*, nos vemos pronto.

Verania volvió a su mesa con su amiga sonriendo, Ian tenía que ser descendiente de Alaric Murray, no sólo se le parecía físicamente, estaba claro que también había heredado su carácter, incluso su voz sonaba muy similar.

Las dos amigas continuaron bebiendo hasta la hora del cierre, Verania se tambaleó hacia el coche tras la salida y tuvo claro que no debía conducir de vuelta al hotel en aquel estado, no al menos si querían llegar vivas. Akane no estaba mejor que ella así que tendrían que pasar la noche en el coche, al menos hasta que fuera capaz de conducir sin causar un accidente. Estaba abriendo la puerta del piloto con las llaves en la mano cuando de un manotazo alguien se las arrebató y la apartó de un golpe.

- ¿Dónde te crees que vas? –Verania levantó la mirada y se topó con unos preciosos ojos verdes que conocía muy bien y que la miraban con su ira habitual.

- ¡Por Dios *Beathach*! ¡Me has dado un susto de muerte!

- ¿Qué me has llamado?

- Ian, no iba a conducir, sólo a quedarme en el coche hasta que podamos volver. –Se apresuró a disimular, con la esperanza que no diera importancia a sus palabras.

- ¿Dónde os quedáis?

- En el coche, te lo acabo de decir.

- En qué hostal.

- Ah… no recuerdo el nombre, está muy cerca del castillo.

- Vale, mete a tu amiga detrás y sube al coche, os llevaré.

- Pero… ¿cómo vas a volver después?

- Tú misma has dicho que el hotel está cerca del castillo, puedo ir andando.

- ¡No!

- ¿Qué?

- Está oscuro, es peligroso, llévate el coche.

- Conozco estas tierras, no hay peligro alguno. Mete a tu amiga en el coche y sube, no tengo toda la noche.

- Tampoco tienes por qué ayudarnos. –Replicó Verania con los brazos

cruzados y mirada desafiante.

- Eso lo decidiré yo.

Puede que estuviera algo bebida, pero cada segundo que pasaba tenía más claro que Ian tenía que ser descendiente de Alaric, tan autoritario, testarudo y hermoso como él. Tenía que averiguar hasta qué punto conocía Ian sobre sus antepasados, si podía remontarse más de seis o siete generaciones era posible que pudiera saber qué pasó, encontrar alguna evidencia de que todo aquello no había sido un sueño como defendía Akane, aquellas personas que ella había conocido tenían que ser reales y tal vez hubiese alguna evidencia de su paso por el castillo, a fin de cuentas ella era Verania Murray, o eso quería seguir creyendo.

Permanecieron en silencio durante todo el viaje, Akane se había quedado dormida en la parte trasera del vehículo, Ian conducía con una mano en el volante y con la otra intentando sintonizar alguna emisora de radio sin demasiado éxito. Una vez llegaron Verania se apresuró a bajar del coche y tras despertar a Akane, esta salió del vehículo y echó a correr hacia el hotel sin decir nada tras cruzar una significativa mirada con su amiga, necesitaba visitar el baño de su habitación lo antes posible. Ian, que ya se había apeado también le tendió las llaves del coche a Verania, que negó con la cabeza.

- No Ian, llévatelo.
- Puedo ir andando.
- Prefiero que te lleves el coche, ya me lo devolverás mañana.
- No me conoces de nada, no deberías ser tan confiada.
- Puede que no te conozca, pero sé que puedo confiar en ti.
- Verania, estás borracha.
- He bebido más de la cuenta, sí, pero sé muy bien lo que hago… me recuerdas a un viejo amigo mío, tan cabezón y cascarrabias como tú. Pero igual que él, sé que tienes buen corazón, Ian. Llévate el coche, ya lo traerás mañana, no creo que Akane quiera ir a ninguna parte hasta el lunes, así que no lo necesitaremos.
- Está bien, pero sólo porque Ken dice que eres amiga suya.
- Gracias Ian, nos vemos.
- *Gid night* Vera.

Verania no esperó a que Ian se marchara, tras ponerle de nuevo las llaves del coche en la mano y cerrarle el puño se dio la vuelta y entró en el hotel, cuando llegó a su habitación Akane ya estaba tirada en su cama durmiendo como una

roca, pero Vera tenía demasiadas cosas en la cabeza como para poder meterse en la cama, así que se metió en la ducha con la esperanza de que el agua fría le aclarara las ideas. No podía ser casualidad haberse encontrado con Ian Murray después de estar allí durante unas pocas horas, como no podía ser casualidad que fuera un clon moderno de Alaric. Tenía la sensación de que ya le conocía, pero esa misma sensación la había sentido con Ken, sentía que era alguien en quien poder confiar, como si fueran sus amigos desde siempre, sentía la misma confianza hacia ellos que tenía con Akane y o bien estaba más loca de lo que quería pensar o todo aquello tenía una maldito sentido que estaba más que dispuesta a averiguar, y lo más rápido posible.

***

Al día siguiente Akane se negó a levantarse y Verania decidió echar un vistazo a los alrededores del hotel. Cuando llegó a recepción la mujer rolliza que las había atendido la tarde anterior la llamó y le dijo que alguien le había dejado las llaves del coche en recepción. Ian Murray.

No le apetecía conducir, así que tras agradecerle su amabilidad a Hanna, que así se llamaba la recepcionista, salió del hotel y comenzó a caminar, sin rumbo. Un rato más tarde se encontró con un cementerio y se sorprendió buscando la entrada, una vez dentro recorrió la zona más antigua en busca de algún nombre conocido, pero no encontró nada. ¿Tendría razón Akane y todo estaba en su imaginación? Volvió al hotel un poco desilusionada, tras conseguir que Akane se levantara, comieron algo y pasaron el resto del día descansando.

***

El lunes habían planeado ir al Castillo de Blair, pero sus planes se truncaron cuando les llamaron de recepción. Vera fue a ver qué ocurría mientras Akane terminaba de arreglarse, nada más poner un pie en la entrada del hotel vio a Kenneth y se sorprendió.

- Kenneth ¿qué haces tú aquí?

- Alaric me ha dicho dónde encontrarte, hoy es festivo aquí y he pensado que ya que no conocéis la zona puedo haceros un tour.

- ¿De verdad?

- No todos los días llega una *bonnie* pelirroja llamada Verania a mi pub.

- No, supongo que no.

- ¿Cómo te apellidas?

- Mu… García Lorayne, Verania García Lorayne es mi nombre completo. –Había estado a punto de meter la pata, a fin de cuentas, había

pasado los últimos meses siendo Lady Verania Murray, y tenía que reconocer que le había gustado.

- ¿Lorayne?

- Mi madre era francesa, los españoles tenemos dos apellidos, a diferencia de ti… supongo.

- Mi familia lleva siglos en este lugar, soy escocés, de padres escoceses, abuelos escoceses, bisabuelos escoceses… en fin.

- Me queda claro eres escocés Kenneth. –Dijo Verania riendo y aligerando la tensión.

- Aye.

- Llevo aquí un par de días y ya me siento escocesa.

- Tal vez tengas raíces.

- No lo creo.

- Bueno, enamórate de escocia, de un escocés y… ¡ta-da!

- Mi corazón está ocupado Ken, aunque sea un amor imposible ahora mismo.

- Eso suena a exnovio sin olvidar.

- Bueno, no nos separamos por decisión propia y es difícil seguir adelante así… es una historia complicada y triste, si no te importa…

- No, claro, está bien… te entiendo. Yo salía con una chica, pero ella se fue a estudiar a Aberdeen, yo me quedé en el pub… cuando me decidí a dejar el negocio y mudarme a Aberdeen con ella, digamos que ella ya no estaba dispuesta a aceptar a un chico humilde en su nuevo hogar.

- Qué estúpido por su parte, no sólo eres guapísimo, eres simpático, amable y bueno. Pero no sé, te acabo de conocer, igual tienes un montón de esqueletos en el sótano.

- Oh, no, no… el de los esqueletos es Ian.

- Voy a avisar a Akane.

- Claro, os espero fuera.

Media hora más tarde los tres se encontraban sentados en el cuatro por cuatro que conducía Ken, Akane no se había mostrado muy a favor del plan que Ken había propuesto, pero el chico era guapo y le había caído bien así que accedió igualmente.

Visitaron Pitlochry y después comieron en un bar con un ambiente familiar y acogedor, Ken conocía a la dueña y probaron la comida típica del lugar, Kenneth se empeñó en pagar la comida, lo que le costó una discusión con las chicas,

sobre todo con Akane que tenía un fuerte carácter y era una mujer demasiado independiente para aceptar la caballerosidad del chico.

Ken recibió una llamada y sin decir nada a las chicas las hizo subir al todoterreno y se dirigió al castillo de Blair, había quedado con Alaric que irían aquella tarde y así podrían visitarlo con tranquilidad, Ken había pedido ese favor a su amigo, estaba encantado con aquellas jóvenes, Vera les resultaba tan familiar como si se conocieran desde siempre y les gustaba la idea de que se emocionara tanto con los pequeños detalles y el simple hecho de visitar su tierra, el pequeño y recóndito lugar en el que vivían, nada que ver con las grandes ciudades del país.

La enorme e imponente estructura blanca les recibió y el corazón de Vera comenzó a latir más rápido, no reconocía el que había sido su hogar allí. Tal como había leído, la parte del castillo que se podía visitar era muy posterior a la época en que ella lo había conocido, todo era muy diferente a como ella lo había conocido y su corazón dio un vuelto ante la idea de que no quedara allí ni una sola piedra que confirmara que lo que había vivido no era una alucinación a causa del coma en que había pasado casi un año.

Ian salió a su encuentro y tras intercambiar unas palabras con Ken, que las chicas no escucharon, les invitó a seguirle ante las mofas de su amigo, llamándole guía, Ian gruñía en respuesta, pero cuando nadie miraba sonrió.

Cuando entraron en el castillo Verania iba detrás de todos, con los ojos bien abiertos y observándolo todo con suma atención, absolutamente nada le sonaba, ninguno de los cuadros de gente que había en los distintos salones y habitaciones le resultaba familiar, ninguno de los muebles que allí se veían había estado en la que consideró su casa, nada de lo que había allí pertenecía a su estancia. Ian iba explicando cosas sobre todas las habitaciones pero ella estaba demasiado absorta como para escuchar nada de lo que decía. Al finalizar el tour todos salieron y se sentaron sobre la hierba fresca a disfrutar de una cerveza, fue entonces cuando Vera quiso saber más.

- Ian ¿hay más castillo?

- No todas las alas están abiertas al público. Esta es la parte que se puede visitar.

- ¿Hay una zona más antigua?

- Sí, el castillo se fue ampliando durante siglos, según se cree su construcción comenzó en 1269 por John I Comyn, Lord of Badenoch.

- ¿Qué hay del siglo XV?

- No mucho ¿por qué?

- Simple curiosidad, no he encontrado apenas nada de esa época y pensé que tal vez tú conocerías algo de historia, apenas hay nada anterior al siglo XVII.

- Ocurrieron muchas cosas en el siglo XV, disputas ente clanes y cambio de manos del castillo, Stewart y Murray. Pero no hay apenas nada de esos tiempos, es una época que está mayoritariamente en blanco, lo siento.

Ian parecía algo molesto por las preguntas de Vera, por lo que ella decidió no hurgar más y todos cambiaron a temas más triviales. Hablaron sobre sus vidas, sus trabajos y en definitiva cuando terminó el día todos se conocían mejor, Verania se sentía como si aquellos chicos hubiesen pertenecido a su círculo de amistades desde siempre, aunque les acababa de conocer.

Aquel día no fue el último en que o bien Kenneth o bien Ian se presentaron en el hotel para pasar el rato con ellas, de hecho, se había convertido en una costumbre. Durante las siguientes semanas los cuatro salían siempre juntos y cuando Ken estaba trabajando solían ir a pasar el rato a su pub, incluso Akane comenzó a sentirse como en casa y ya no le molestaba estar rodeada de verde y en un lugar rural, estaba encantada y no echaba de menos la ciudad, tal vez alguno de los chicos que habían conocido tenía mucho que ver en aquel cambio.

Verania no había perdido la esperanza en encontrar de nuevo el camino a Leith, pero comenzaba a pensar que no estaba buscando en el lugar adecuado así que decidió que lo mejor sería disfrutar de las vacaciones en aquel lugar con sus mejores amigos y, cuando volviera a casa, continuar investigando y encontrar algún nuevo camino o nuevos indicios que fueran más productivos.

Capítulo 13

Aquella tarde Ken, Akane, Ian y Verania estaban tomando unas pintas en el pub cuando Akane sacó el tema que rondaba las cabezas de todos debida a la curiosidad de Verania por encontrar algo, aunque nadie sabía exactamente el qué.

- Venga chicos, contadnos alguna leyenda de esta zona, seguro que hay un montón con lo viejo que es ese castillo.

- Escocia es tierra de leyendas. –Sonrió Kenneth.

- ¿Alguna chula? ¿Algún misterio sin resolver? –Insistió Akane ahora más interesada.

- Hay una, la del medallón, pero ya sabes que no son más que cuentos.

- ¡Cuéntanosla!

- ¿Ian? –Preguntó Ken antes de decir más.

- Supongo que me toca contarla a mí. –Gruñó Ian molesto.

- ¿Las cuentas mejor? –Dijo Akane un poco achispada.

- No exactamente. Verania ¿recuerdas que te dije que ya había oído tu nombre cuando nos conocimos?

- Sí. –Sonó desconcertada.

- Bien, existe una leyenda muy antigua. Se dice que la esposa de un antiguo Laird del clan Murray desapareció misteriosamente, su nombre era Lady Verania Murray. Existe un documento, supuestamente escrito por el Laird Leith Murray que, también supuestamente, fue dejado para que su mujer lo encontrara en algún momento cuando volviera. Si para entonces él ya no estaba, pedía que ella encontrara un colgante que había pertenecido al clan de los Murray durante años, ese colgante demostraría que ella era la señora del clan y la legitima heredera de todo lo que nos rodea ahora mismo. Claro está, nunca apareció tal mujer ni el supuesto medallón.

- Cualquiera podría traer un medallón antiguo y decir que es esa mujer. –Dijo Akane.

- No, el medallón aparece en un retrato antiguo, pero no está expuesto

así que sólo unas pocas personas que tienen acceso a esa parte del castillo saben que aspecto tiene. Ken, por ejemplo, no lo ha visto nunca.

- Así se evita que aparezca alguien con una réplica, muy bien pensado. –Continuó Akane.

- En efecto, nunca he estado en la zona del castillo en que se guardan las reliquias esas, sólo la familia de Ian puede entrar. Mi abuelo decía que existía la leyenda de que la mujer del Laird había sido una viajera, que era extraña y que tras su desaparición se extendieron los rumores de que pudiera ser una mujer llegada del futuro para traer la paz a sus tierras. En parte, ese fue el motivo por el que el Laird escondió el medallón en un lugar que sólo ella pudiera encontrar y dejó el documento. –Intervino Kenneth emocionado.

Akane les escuchaba encantada como una niña a la que le están contando un cuento, en cambio Verania tenía el corazón desbocado y había perdido todo el color en su cara, no podía creer lo que estaba escuchando, había llegado a pensar que no encontraría nada allí, casi se había rendido y ahora sabía que Leith había dejado algo para ella.

- ¿Por qué no hemos encontrado ninguna información sobre esa leyenda en ningún sitio? Hemos revisado miles de libros de historia y apenas hay información de esa época. –Dijo Verania escéptica.

- Es algo que ha pasado de padres a hijos, es una leyenda no es historia. Es más bien un cuento que se les cuenta a las niñas cuando son pequeñas, no tiene mucho misterio. –Intervino Kenneth.

- ¿Pero existe el documento?

- Sí, está en el castillo a buen recaudo en una urna. Pero no está en la zona que se puede visitar. Se le hicieron pruebas hace años para datarlo y todo.

- 1419 –Pensó Verania en voz alta.

- ¿Cómo dices?

- El documento, la esposa de Leith desapareció en 1419. El documento debe ser de ese año, tal vez del siguiente.

- Las pruebas no son tan concretas. ¿Cómo sabes tú eso? Acabas de decir que no sabías nada sobre la leyenda.

- Y no sabía nada… Ian, ¿podemos ir al castillo?

- ¿Ahora?

- Sí, por favor. Me encantaría poder ver ese documento.

- ¿Por qué? ¿Qué mosca te ha picado?

- Dijiste que la parte antigua no había sido reformada nunca, que simplemente se había mantenido.

- Así es. –Ian comenzaba a estar molesto con la actitud de la pelirroja.

- ¿Podría verlo?

- No está expuesto al público.

- Entonces vamos al castillo por favor, sé dónde está el medallón.

- No digas tonterías, no se ha encontrado en 600 años.

- Ian, te digo que sé dónde escondió Leith el maldito medallón.

- ¿Por qué? Que te llames como la mujer de la leyenda no significa que lo vayas a encontrar por arte de magia, no sé qué pretendes pero…

- Ian, por favor… Ese medallón es un colgante que el padre de Leith, el Laird Kenzie Murray regaló a su segunda esposa Ailie el día de su boda. Kenzie tuvo un hijo con su primera esposa, Sloan quien se casó con Eara, hija de Nerys Murray y hermana mayor de Alaric Murray. Estoy segura que sabes quien fue Alaric y estoy segura que desciendes de esa familia porque eres idéntico a él. Kenzie, Ailie, Sloan y Eara murieron, lo único que Leith tenía de su madre eran algunos vestidos y el medallón, el cual me regaló a mí el día de mi cumpleaños. ¿Podemos ir ya al maldito castillo?

Los tres miraban a Verania con la boca abierta, no podía haber sacado toda esa información de los libros, sencillamente porque no estaba documentada más allá de los archivos del castillo y estaba tan seguro como de que respiraba que, nunca, jamás, nadie ajeno a su familia había tenido acceso a ellos, aun así, sorprendido y con el corazón en un puño decidió hacerse el escéptico y hacer gala de su máscara de frialdad.

En aquellas semanas se habían hecho buenos amigos, los cuatro, pero desde que sus ojos se cruzaron con Verania la primera vez que se vieron sintió la inminente necesidad de protegerla, era como si la conociera de siempre, como si se tratase de un miembro importante de su familia y ese sentimiento lo tenía desquiciado.

- No te creo, pero vayamos con una condición. Si no lo encuentras te marcharás de estas tierras y de nuestras vidas para siempre, no queremos ninguna caza fortunas extranjera por aquí.

- De acuerdo. Y para que te quede claro, no busco ninguna fortuna, sólo quiero demostrar que no miento y encontrar la maldita forma de reunirme de nuevo con Leith.

- Lo que tú digas. Vamos.

Evidentemente ninguno de los presentes creía las palabras de Verania, y la amistad que les había unido en las últimas semanas pendía de un fino hilo que estaba a punto de romperse.

Los cuatro salieron el pub y montaron en la camioneta de Ian, el silencio se adueñó del vehículo mientras duró el trayecto. Una vez frente al castillo de Blair, Ian en tono guasón y evidentemente molesto con los últimos acontecimientos se dirigió de malos modos a Verania.

- Bien, *lady* Verania, aquí estamos.
- ¿Podemos entrar?
- Claro *milady*.
- Déjate de tonterías, he pasado por un maldito infierno este año.
- ¿En el psiquiátrico?
- Paso.

Ian abrió la puerta y entró seguido de Verania, Kenneth y Akane. Verania reconoció aquella parte del castillo de inmediato, había sido reformado pero era el lugar en que ella había vivido sin lugar a dudas, estaba nerviosa así que se tomó un momento para orientarse y, tras soltar el aliento que no sabía que estaba reteniendo, fue directa al pequeño salón, abrió la puerta y entró sin esperar a Ian o pedir permiso. Los demás la siguieron y una vez que todos estuvieron dentro cerró la puerta y se dirigió al enorme tapiz.

- Necesitaré que me ayudes, cascarrabias.
- Nop. Busca solita. Ya te adelanto que en esta habitación nunca se ha encontrado nada.
- Deja de ser tan idiota y ven. Haz lo que yo te diga, te interesa aprender esto. –Espetó Verania colocándose tras el tapiz.

Ian refunfuñó, pero igualmente la siguió, algo dentro de él le decía que aquella muchacha no mentía, pero su mente se negaba a creer en aquella majadería, no podía ser real.

Una vez los dos estuvieron tras el tapiz, Verania buscó la muesca y colocó las manos como le había enseñado Leith, formando un triángulo que dejaba la muesca en el centro. Se volvió hacia su amigo que la miraba con los brazos cruzados sobre su pecho y el ceño fruncido.

- Ian, pon las manos sobre las mías y ayúdame a empujar, si esto lleva 600 años cerrado no podré abrir sola.

La miró con cara de pocos amigos, pero hizo lo que le indicaba la pelirroja.

Ambos dejaron caer su peso con fuerza y la pared cedió mostrando un oscuro pasadizo por el que descendían unas estrechas y mugrientas escaleras de piedra. La sorpresa dejó sin palabras a Ian que miraba alternamente a Verania y el pasadizo con la boca abierta.

Sin poder evitarlo Verania sonrió y sacó el móvil para iluminar aquella escalera infernal, su fobia a las arañas no la detuvo cuando se adentró en el estrecho lugar, pese a que nunca había visto tantas telarañas juntas en su vida.

- Ten cuidado, la piedra resbala en las curvas.

Ian continuaba en silencio, no podía creer que aquel pasadizo del que nadie había sabido nada en 600 años fuera conocido por una española desconocida, ¿Quién era en realidad Verania?

- Bienvenido al escondite secreto del castillo del clan Murray. Leith me lo enseñó, dijo que su padre se lo había enseñado al advertir el peligro de su viaje y que al morir Kenzie, sólo él lo conocía, así que al escuchar lo que dejó escrito en la nota supe que estaría aquí. Le prometí que nunca volvería a alejarme de él y le fallé, pero si los rumores sobre que yo era una viajera llegaron a él y pensó que podían ser verdad, no hay otro lugar dónde él sabía que sólo yo podría entrar, pasase el tiempo que pasase.

Ian iluminaba la pequeña estancia con el móvil en silencio y claramente sorprendido por lo que veían sus ojos. Verania cogió aire y fue directa hasta una caja de madera que le resultaba familiar, en su interior encontró una nota junto a una bolsa de tela negra. Dentro de la bolsa se encontraba el famoso medallón. Tras sacarlo y enseñárselo a Ian, que lo cogió como si fuera un tesoro de valor incalculable, cogió el papel que estaba doblado. En la parte superior se podía leer *Mo ghràdh*, así era como siempre la llamaba Leith, desdobló el papel y leyó la nota escrita en gaélico, no pudo evitar que sus ojos se empañaran mientras leía.

A mi amada Verania. Te has ido y ya no existe estrella que ilumine mi camino, estoy perdido sin ti, sin mi estrella polar. Tu desaparición es un misterio, igual que cuando te encontré, y comienzo a creer que los rumores que han llegado al castillo de que eras una viajera son reales. Espero que, vengas de dónde vengas, me recuerdes y quiero que tengas contigo el colgante que te regalé en prueba de mi amor, sólo tú sabrás encontrarlo. Te esperaré hasta el día de mi muerte, pero si no puedes regresar a mi lado quiero que me prometas que serás feliz. El medallón prueba que tú eres la señora de mis tierras y en mi

ausencia, sea cuando sea, todo esto te pertenece, sé que serás una buena guía para nuestra gente y traerás prosperidad al clan.

Tu esposo,
Leith Murray

No pudo evitar llorar al leer sus palabras, pese a haber intentado contenerse, Leith la había esperado, tenía que volver, necesitaba encontrar la forma de volver a su lado. Cuando Ian le devolvió el colgante, que había visto en retratos antiguos colgados en una de las habitaciones del castillo a la que sólo su familia tenía acceso, Verania le entregó la nota para que pudiera leerla.

- Así que no mentías.

- No. Sé que es una locura Ian, pero tuve un accidente de coche y Akane dice que estuve ocho meses en coma en una habitación de hospital, pero la verdad es que yo me desperté en escocia, hace seiscientos años. Leith y tu antepasado, Alaric, me encontraron y me llevaron a sus tierras. Yo no recordaba absolutamente nada y lo poco que iba viniendo a mi mente eran fragmentos sin demasiado sentido.

- ¿Por qué dices mi antepasado?

- Ian, si existe algún cuadro de Alaric Murray en el castillo ya lo sabes, te lo he dicho, eres una copia exacta de él. Con menos cicatrices y tal vez un poco menos rudo, pero hasta tu voz suena similar a la suya.

- Lo hay.

- Entonces ya sabes por qué.

- Supongo que todo esto te pertenece entonces, jefa.

- No quiero propiedades, no quiero dinero… sólo quiero encontrar la forma de volver Ian. Si llegué una vez, debe haber una forma de regresar… sólo quiero volver al lado de Leith, él es el amor de mi vida y todo lo que quiero y necesito.

- Hay una tumba. Creo que deberías verla.

- Es un poco doloroso pensar que mi marido murió hace siglos, Ian.

- Ven. –Repitió poniendo los ojos en blanco.

Ian comenzó a subir las escaleras tras devolverle la nota a Verania, ahora su actitud había cambiado por completo, aunque su orgullo no le permitió disculparse con ella por haberla tratado de aquel modo. Nadie en su sano juicio habría creído que decía la verdad, incluso tras haberlo visto con sus propios ojos le costaba reconocer que era cierto.

Cuando llegaron de nuevo al salón cerraron la puerta y salieron de detrás del tapiz. Ken y Akane estaban sentados frente a la chimenea apagada intercambiando cuchicheos y les miraban esperando respuestas. En el momento en que Kenneth, vio el antiguo medallón colgado del cuello de Verania no pudo contenerse y corrió a abrazarla con una enorme sonrisa en la cara.

- ¡Lady Verania! Yo desciendo de un clan vecino, pero ha pasado de generación en generación que uno de mis antepasados vivió aquí, fue un guerrero del clan Murray y después fue Laird…

- Para. ¿Desciendes de Aryn Stewart? Él fue quien me enseñó a manejar la espada.

- ¡Sí! Pero es una historia antigua, mi padre no sabe por qué si era un simple guerrero fue Laird de otro clan, porque según se ha transmitido se casó con una Murray, siendo él uno de los *higlanders* de los Murray.

- Bueno, por suerte para ti, yo sí lo sé. El padre de Aryn, Boyd Stewart, era el Laird del clan Stewart y por motivos políticos mandó a su hijo a vivir con los Murray a cambio de protección, muy pocos sabían quién era en realidad, pero los que lo sabíamos también sabíamos que volvería a su clan y sería el próximo Laird. Por cierto, no os parecéis en nada.

- No puedo creer que la leyenda fuera cierta.

- Quiero enseñarle algo a Vera, esperad aquí. –Dijo Ian cogiendo a Verania de la mano para sacarla del castillo.

Ian condujo a Verania hasta un cementerio anexo al castillo en el que no había estado nunca antes, las ruinas de lo que debió ser una capilla se alzaban a su lado, se dirigió directamente a una tumba y se paró frente a ella tapándole a Vera la visión de la misma.

- Debes ver esto.

Tras esas palabras se apartó para que ella pudiera ver lo que tenía delante, que era ni más ni menos que su propia tumba. No había ninguna fecha en ella, pero se podía leer:

Leith Murray ∞ Verania Murray
“When dusk falls and obscures the sky,
You’re the shine of the northern star.”

Aquello dejó petrificada a Vera, alargó su mano mientras caía de rodillas y

acarició la inscripción, aquellas palabras… ahora las recordaba. Era una de las pocas canciones del tipo de música que Akane escuchaba que a ella le gustaban, por algún motivo, Leith le recordó a aquella canción y le dijo esas mismas palabras que ahora acariciaba grabadas en la fría piedra.

- ¿Quieres que llame a los demás?

- Sí.

Poco después Ken y Akane llegaban al lugar.

- ¡Verania! –Exclamó Akane nada más llegar y ver la escena.

- Te dije que no mentía Akane, yo tengo… tengo que volver, tengo que volver con él.

- Vaya, sí que te gusta ese vejestorio, hermanita… ¿Tan bueno está? –Quería hacer reír a su amiga.

- Sí, pelo rubio, ojos azules, alto, fuerte… ya sabes.

- Hay un retrato suyo en el castillo, en la habitación principal. –Dijo Ian.

Sin necesidad de palabras, los cuatro amigos fueron hacia el castillo de nuevo. Verania, que conocía bien aquella zona del actual castillo de Blair, tomó la delantera hacia la habitación principal, pero se detuvo en la entrada del pasillo frente a un retrato que reconoció de inmediato y no pudo evitar sonreír. Akane se paró a su lado y soltó un gritito cuando vio lo que Vera miraba.

- ¡Ian! Joder, tío… ¿Qué llevas puesto?

- No es Ian, es Alaric. –Corrigió Verania.

- En efecto, es mi antepasado.

- Alaric Murray, alias *Beathach.* El parecido es impresionante, Ian, deberías dejarte el pelo largo, Alaric levantaba pasiones entre las féminas. –Bromeó Vera.

- Sin embargo, fue Leith el que se llevó a la nueva.

- Por los pelos, Leith le ordenó casarse conmigo, pero por suerte en el último momento interrumpió la boda y ocupó el lugar de Alaric. Era su mejor amigo ¿sabes?

- Ya te dije de la amistad entre mi familia y la del Duque de Atholl, siempre han estado muy unidos.

- Muero de curiosidad por saber quién fue la inocente que se casó con Alaric.

- No tengo esa información.

- ¿Inocente? Pero vamos a ver Verania ¿Tú has visto al tío del cuadro?

¡Está para mojar pan! –Akane se había quedado mirando aquel cuadro como si no quisiera separarse de él.

- Sí, Akane, le conocí. Pero déjame decirte que el aquí presente, Ian, es igualito…

- ¿Gracias por el cumplido?

- Versión Alaric en soltero y vivo. –Bromeó Ken.

- Eres más simpático que Alaric, así que de nada.

Aquella conversación había animado el humor de todos, estaban viviendo una situación inverosímil. Ian no podía olvidar que tenía que informar al duque de lo acontecido y no sabía cómo se tomaría la noticia, Escocia era una tierra de leyendas, pero de la leyenda a la realidad había un abismo, uno que ellos acababan de saltar y le parecía como si fuera a despertar en cualquier momento y descubrir que todo había sido únicamente un sueño.

Verania continuó su liderazgo hacia la habitación principal, al llegar a su altura se detuvo en la puerta y tomó aire antes de abrir, volver a ver a Leith aunque fuera en un cuadro era importante para ella.

Entró en la habitación seguida de sus tres amigos y no tardó más de unos segundos en dirigir su mirada al cuadro que la había llevado hasta allí. Ahí estaba, Leith Murray, su hombre, no pudo evitar pensar que la pintura no le hacía justicia. Al natural sus ojos tenían un brillo especial que el pintor no había logrado captar.

- ¡Joder! ¿Ese es Leith? –Preguntó Akane sorprendida.

- Sí.

- Ahora entiendo por qué tanta locura, el tío es guapo, incluso para llevar seiscientos años muerto.

- Sí, Akane, Leith era guapísimo y no necesito que me recuerdes el resto.

- Lo siento.

- ¿Habías estado antes aquí Vera? –Dijo Kenneth.

- Sí, claro, estos eran los aposentos del Laird, así que también fueron los míos… aquí fue dónde nos vimos por última vez. –Señaló un sillón frente a la chimenea.

Después de un rato en el que Vera estuvo respondiendo preguntas sobre el tiempo que había vivido allí en el pasado, Ian les invitó a todos a quedarse a cenar en el castillo, se había hecho tarde y tampoco quería perder de vista a la

menuda pelirroja que había encontrado el medallón perdido de la leyenda.

Cuando terminaron de cenar tomaron una copa mientras hablaban de sus vidas, Akane les contó nuevas anécdotas del sitio en qué trabajaban ambas, Verania nunca había sido una chica demasiado corriente y había protagonizado más de una situación hilarante en la empresa, y también les habló de cómo se habían conocido, información que no solía revelar nunca a nadie.

Por su parte Kenneth que era un par de años mayor que Ian les contaba anécdotas de su trabajo e Ian les contó que había estudiado derecho en Aberdeen, cosa que sorprendió a las dos españolas, habían hablado mucho de cosas personales con anterioridad y nunca había mencionado que hubiese ido a la universidad.

- ¿Y tú qué edad tienes, Ian? –Curioseó Akane un poco achispada.

- Dos menos que Ken.

- ¿Y cuántos dijiste que tenías Ken?

- Tengo treinta.

- Así que Ian es de mi edad, 28 ¿no?

- 29. –Corrigió Ian.

- No me cuadra.

- Kenneth es de muy finales de año.

- Del 29 de diciembre, para ser exactos.

- Bueno, saciada la curiosidad de Akane, nosotras deberíamos irnos ya, es tarde. –Declaró Vera.

- No, no es necesario. –Dijo Ian levantándose.

- Estamos cansadas Ian, aunque Akane creo que más achispada que cansada.

- Quedaos aquí, mañana mandaré que os traigan vuestras cosas.

- ¿Qué? ¿Por qué? No.

- Verania, esta es tu casa, no tiene sentido que estéis en un hotel. –Replicó Ian sosteniendo el medallón de Verania entre sus dedos y balanceándolo como si se tratase de un péndulo y quisiera hipnotizarla.

- No es mi casa, lo fue. Pero ahora es tu casa y pertenece al duque de Atholl, como se llame.

- Duncan, Duncan Murray. Y mañana le informaré de lo que ha pasado.

- ¡No! No le digas nada Ian, yo no quiero reclamar nada, sólo quiero encontrar la forma de volver 600 años atrás en el tiempo y reencontrarme con el hombre que amo, nada más. Y sé que puede parecer que esté loca

pero es así.

- Tengo que hacerlo y quiero que os quedéis aquí. Duncan y su prometida vuelven esta semana, así que podrás conocerles. El duque tendrá muchas preguntas para ti, él estudió historia con la intención de descubrir más sobre el pasado de su familia, pero como tú misma has comprobado, la época en la que tú viviste aquí no está muy documentada.

- No creo que se tome bien todo esto, y tampoco que me crea.

- Tendrá que hacerlo. –Volvió a balancear el medallón frente a ella.

- No Ian, yo…

- No voy a ceder, Vera. Akane y tú os quedáis, fin de la discusión.

Ambas sabían que iban a terminar cediendo, Ian no era un hombre que diera su brazo a torcer y cuando algo se le metía entre ceja y ceja era imparable. Si él había decidido que se quedarían en el castillo nada le iba a parar, ni si quiera que ellas no estuvieran de acuerdo con el cambio de hospedaje.

Las llevó hasta las que serían sus nuevas habitaciones en su estancia en el país y les prometió que sus pertenencias estarían allí a la mañana siguiente. Ian tenía contactos, por lo visto era alguien importante en el diminuto pueblo.

***

Tal como había prometido, al día siguiente cuando se levantaron sus maletas estaban en las puertas de sus habitaciones. Akane esperó frente a la puerta de Verania a que esta saliera, no sabía hacia dónde ir. Cuando su amiga salió ambas se dirigieron hacia la cocina para desayunar, después se encargarían de buscar a Ian, aquello estaba resultando casi más loco que su historia del colgante.

- No me puedo creer que estemos aquí Vera.

- Yo tampoco.

- ¿Cómo es posible que hayas encontrado el medallón?

- La pregunta es ¿cómo es posible que viajara en el tiempo y el espacio mientras mi cuerpo estaba en coma en un hospital? Esa es la verdadera pregunta Akane, la que no tiene ninguna jodida explicación.

- Bueno, supongo que para alguien tan escéptica como tú, ser la protagonista de esta locura tiene que ser como mínimo chocante.

- Akane, quiero volver.

- ¿Eh?

- Quiero volver a 1419 y quedarme allí. Entiendes lo que significa eso, ¿Verdad?

- No me pidas que esté de acuerdo con eso.

- Eso pensaba.

- Vera está bien, has vivido una aventura digna de un libro de ciencia ficción, pero estás aquí. Esta es tu vida, tu época y estoy segura que conocerás a un buen hombre con quien compartir tu vida. Eres joven y tienes todo por delante.

- Alguien me dijo una vez que yo no pertenecía al pasado, pero que mi felicidad estaba allí. También me dijo que encontraría la forma de volver, ella lo sabía, lo sabía todo.

- ¿Quién?

- Era una doncella del castillo, me advirtió que el tiempo acababa, pero no la creí. ¡Podría haberme despedido! ¡Explicarle a Leith lo que ella me había dicho! En cambio… no lo hice, le conté qué Bonnie me había hablado, pero ninguno la creímos, pasó el tiempo y aquello quedó olvidado. Así que cuando me advirtió que había llegado el momento simplemente hice como si estuviera loca y no me despedí, no le dije a mi marido que volvería, que hallaría el modo de regresar a su lado.

- ¿Quién iba a creerte de todos modos?

- Te sorprenderías. Leith también era diferente a los hombres de su tiempo. Tal vez por eso me enamoré de él.

- ¿Él también venía del futuro?

- No, simplemente había recibido una educación diferente. El que sería Laird era su hermano mayor, Sloan. Hijo de la primera esposa de su padre.

- Es cierto, comentaste que les habían matado a todos y por eso Leith era el jefe.

La llegada de Ian interrumpió la conversación, se sentó al lado de Vera y la miró como si intentase leer en su mente. No pareció encontrar nada cuando frunció el ceño.

- He llamado a Duncan esta mañana. Estarán aquí dentro de tres días.

- Ian te dije…

- Verania, tiene derecho a saberlo, a fin de cuentas es un descendiente de la estirpe de tu marido. No sabemos si volvió a casarse y tuvo descendencia, si un familiar heredó el título, pero sí sabemos que quien fuera que le sucediera era un Murray y según las costumbres de la época…

- Vale, no quiero pensar en eso Ian, todo esto es demasiado retorcido.

- Tienes que saber que Duncan te cree.

- Supongo que me sorprende.

- Cuando le conozcas lo entenderás todo.

Se levantó sin decir nada más y las dos amigas, que ya habían terminado su desayuno, le siguieron. Akane necesitaba tiempo para asimilar la situación y las palabras de su amiga. Verania tenía su cerebro trabajando a mil por hora, recordando cada pequeño detalle que le pudiera haber dado Bonnie, recordó que le había dicho que un descendiente suyo la ayudaría a volver pero ¿por dónde empezar a buscar? Era como encontrar una aguja en un pajar y sin duda habría muchas personas que intentarían aprovecharse de la situación para sacar tajada, no podía pregonar a los cuatro vientos lo que buscaba o a quien, además de que esa información podría caer en malas manos, la tomarían por loca con total seguridad.

- ¿Qué hacemos ahora?
- No lo sé Akane.
- Tienes lo que has venido a buscar…
- No exactamente, sí, quería demostrarme a mí misma que todo esto era verdad, que no estoy loca o lo he soñado. Pero sobretodo quiero recuperarle, quiero volver.
- Pero…
- Pero, esa es la parte más difícil.
- Es imposible.
- No, si llegué una vez, debo poder volver.
- ¿Cómo?
- ¿Si lo supiera crees que seguiría en esta época?
- Me gustaría que así fuera.
- No, te quiero mucho Akane, eres mi mejor amiga, mi hermana…
- Pero te has enamorado.
- Así es.
- Pues entonces investiguemos.
- ¿Qué sugieres?
- Vayamos a hablar con Ken.
- ¿Con Ken?
- Su familia es de aquí desde siempre, tal vez haya más historias como la tuya que puedan ayudarnos a saber dónde buscar.
- También podemos preguntar a Ian.
- Ken es más majo.
- Eso no te lo discuto, pero también te gusta.

- Eso tampoco te lo discuto yo a ti.

- Pensé que no me ayudarías en esta parte.

- Te quiero Vera, y quiero que seas feliz, aunque eso signifique perderte para siempre.

- Gracias.

- Sí, eh, bueno… vayamos antes que me arrepienta.

- Vale, vamos a pedirle prestada la camioneta a Ian.

Poco más tarde ambas estaban sentadas en la barra del pub, esperando que Kenneth tuviera las respuestas que Verania ansiaba conocer, sin embargo, por mucho que el joven se esforzó no consiguió recordar nada que les pudiera servir de utilidad, su tierra estaba plagada de leyendas pero no conocía ninguna referencia para darle a Vera, nada tangible a lo que poder agarrarse o un indicio que poder investigar. No había nada, y es que, que una leyenda de pronto se volviera en realidad no era precisamente algo común y Ken todavía estaba en shock con el hecho de que aquella menuda pelirroja de ojos del color del otoño hubiese vivido ocho meses en 1419 y ahora se estuviese tomando un trago en su pub, así como que fuera su amiga del mismo modo que lo había sido de su antepasado siglos atrás.

***

El día del regreso a casa de Duncan Murray y su prometida, Hanna, había llegado y Vera estaba de los nervios, tenía miedo que la vieran como una impostora, como una oportunista que únicamente persiguiera posesiones y títulos,. Akane se había marchado temprano del castillo con la excusa de haber prometido a Ken ayudarle con unas cosas, pero su amiga sabía muy bien que todo lo que había querido era quitarse del medio y no sabía si enfadarse con ella por dejarla sola para conocer al Duque o darle las gracias, porque a fin de cuentas, aquello era algo a lo que tenía que enfrentarse ella sola.

Vagaba por los jardines anexos al castillo, le gustaba estar allí y ver las pequeñas flores amarillas que tanto le gustaban, las mismas que habían adornado su cabello el día de su boda. Estaba pensando en que tiempo atrás Leith había pisado aquella misma tierra que ahora se encontraba bajo sus pies, que hubo un tiempo en que ella misma aprendió a manejar la espada sólo un poco más allá de aquel árbol que se alzaba frente a ella. Se detuvo mirando al vacío, el paisaje sin duda había cambiado mucho, pero podía sentir la calidez de las personas que había amado allí, impregnadas en el lugar, si se lo pidieran, no podría describir el

sentimiento.

Fue entonces cuando una voz suave y melodiosa sonó a su espalda, cuando se dio la vuelta no consiguió encajar como un hombre tan grande y aparentemente rudo podía tener una voz tan dulce.

- Tú debes ser Verania Murray.

- ¿Duque?

- Llámame Duncan por favor.

- De acuerdo, Duncan. Encantada de conocerle.

- ¡No me lo puedo creer! Encontraste el medallón.

- Sí, supongo que Ian ya le ha contado la historia.

- No, la verdad es que no, quería escucharla por ti.

- Bueno, no hay mucho que contar en realidad. Vine hasta aquí en busca de algún indicio de que no había sido todo un sueño, busqué información pero no encontraba nada, visité el castillo pero la zona que Ian me mostró no tenía nada que ver con lo que yo creía conocer así que perdí un poco la esperanza hasta que un día habló de la leyenda del medallón y todo mi mundo se iluminó de nuevo.

- Sabías dónde encontrarlo.

- Sí, Leith me enseñó el pasadizo y sabía que estaría allí.

- Nunca había habido un Murray tan parecido a Alaric Murray hasta que Ian nació, conforme iba creciendo y asemejándose al hombre del cuadro, era demasiada casualidad.

- Es una copia casi exacta de Alaric, un poco más civilizado, debo reconocer.

- Yo pensé que era una señal, he dedicado toda mi vida a investigar la historia de mi familia, existe una enorme laguna en el siglo XV y ahora sé por qué. Quiero que me lo cuentes todo.

- Todo lo que quieras saber, pero primero quiero que quede clara una cosa Duncan.

- ¿Eh?

- No quiero nada. No he venido aquí a quitarte tu casa, tu título ni tu nada, yo sólo quiero regresar.

- Eso me dijo Ian, pero en realidad te pertenece.

- No.

- Verania…

- No, ni me pertenece ni lo quiero. Si no estamos de acuerdo con eso no te contaré nada.

- Está bien. –Se rindió con un sonoro suspiro.

Entraron en el edificio y Vera respondió todas las preguntas del Duque durante horas. Hanna les interrumpió presentándose y se unió a una conversación más ligera, era una chica agradable, un poco más mayor que Vera, le sorprendió que fuese gente tan agradable y cercana, lo mismo le había sucedido con Duncan Murray, nada que ver con la imagen que podría tener de un Duque, eso explicaba lo que Ian quiso decir cuando la tranquilizó sobre que cuando conociera a Duncan entendería por qué decía que creía su historia. Era un gran hombre, podía asegurarlo pese a conocerle tan sólo unas pocas horas y sin duda creía en la magia que escondía su tierra.

A la hora de la cena Akane regresó acompañada de Kenneth y tanto ellos como Ian se unieron a una cena junto con Duncan y Hanna. Tenían muchas cosas de qué hablar y todos tenían preguntas que hacer, pero aquella noche decidieron dedicarla a hablar sobre temas banales, parecían simplemente un grupo de amigos cenando juntos y charlando.

Hanna y Duncan hablaron sobre su próximo enlace y les contaron anécdotas y curiosidades sobre el viaje del que acababan de regresar, Ian les puso al día de cómo habían ido las cosas en casa durante su ausencia. Kenneth también se unió a las anécdotas y curiosidades, trabajando en el pub siempre tenía una historia que contar y un suceso gracioso con alguno de los clientes.

Akane estaba más callada de lo que era habitual en ella, pero no tardó en soltarse con el grupo. Verania supo que les echaría de menos, pero estaba más que dispuesta a cumplir su plan y regresar 600 años atrás. Tal vez, ahora que podía recordar, echaría de menos algunas comodidades de su época pero por Leith merecía la pena cualquier cosa, cualquier pérdida o sacrificio era poco si la recompensa era el amor de su vida, no existía nada sobre la faz de la tierra que tuviese más claro que eso. Ya no.

Capítulo 14

Durante la última semana se había corrido la voz en forma de rumor de que la leyenda del medallón se había cumplido y que una joven extranjera había aparecido reclamando el ducado de Atholl. Aquello atrajo a curiosos y oportunistas hasta el castillo, tal como Vera temía, más de una persona intentó acercarse a ella con falsas promesas de ayudarla a regresar atrás en el tiempo a cambio de un precio siempre demasiado elevado.

Estaba resultando una auténtica tortura, el Duque había hecho uso de sus contactos para tratar de esclarecer si podía existir alguien capaz de ayudar a Verania, pero no era de extrañar que no hubiese tenido éxito alguno, comenzaba a desmoralizarse, aunque sabía que aquello iba a suceder, esa certeza no la había prevenido del sentimiento que amenazaba con ahogarla cada vez que la esperanza se le escapaba de entre los dedos.

Sin embargo, una tarde en la que había sentido el impulso de visitar la tumba con su nombre que Ian le había mostrado el día que encontró el medallón, su mandíbula cayó al suelo cuando reconoció a una mujer de pie junto a la lápida.

- ¿Bonnie?

- Verania Murray, me alegra conocerte.

- Bonnie ¿cómo…?

- Mi nombre es Eve, en mi familia una misión ha pasado de generación en generación, nuestro deber es devolver a la viajera al lugar en que su felicidad se encuentra.

- Tú eres la descendiente de quien Bonnie me habló.

- Sin lugar a dudas, desciendo de Bonnie MacLeod, una de las criadas de los Murray en el siglo XV.

- Te pareces mucho a ella, pensé…

- Supongo que debe haber un motivo para que me parezca a ella, que me reconozcas.

- Quiero volver, ¿tú puedes mandarme de vuelta?

- No es tan sencillo, pero sí, puedo ayudarte a regresar. No obstante todavía no es el momento Verania.

- ¿Cómo que no es el momento?

- No, deben darse unas condiciones para que puedas regresar.

- ¿Qué condiciones?

- Lo principal es un *sizigia*.

- ¿Un qué?

- Una reunión astral. Tres elementos deben alinearse.

- Pero cuando yo tuve el accidente…

- Ese día había un eclipse lunar.

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque lo vi, ese es el don de mi familia.

- ¿Ves el futuro?

- A veces también el pasado. Vi a Bonnie cuando habló contigo sobre mí, por ejemplo, vi tu accidente y cuando encontraste el medallón.

- ¿Por qué has tardado tanto en venir?

- Porque mi sueño me dijo cuando tenía que venir. Dentro de unos días habrá un eclipse de sol, debemos ir a un lugar concreto.

- ¿Qué lugar?

- El punto exacto del río en que te encontraron hace 600 años.

- No tengo ni idea de dónde está eso Eve. Además, tal vez ni exista.

- Existe, lo he visto, sabré llegar.

- ¿Eso es todo?

- No. Falta lo más importante.

- ¿El qué?

- Tu voluntad, debes quererlo sin ninguna duda, debes ser honesta contigo misma y desearlo de forma pura cuando el momento llegue, de lo contrario no sucederá nada. Si tienes la más mínima duda, no regresarás y no habrá otra oportunidad Verania.

- Esto es surrealista.

- Esto es real, es complicado de entender porque hay cosas que nuestro mundo no puede explicar, pero tú misma lo has vivido, así que mejor que nadie sabes que es real.

- Está bien, dime cuándo es el eclipse.

- Dentro de cuatro días y el lugar al que debemos ir está bastante lejos de aquí, necesitaremos salir el día antes para evitar imprevistos así que te quedan dos días para poner en orden tus asuntos aquí.

- ¿Desapareceré sin más?

- No lo sé, no tengo todas las respuestas, no elijo lo que veo. Debes confiar en mí para que esto salga bien.

- Confío en ti Eve, puedo sentirlo aunque suene raro.

- Apuesto a que todo en tu vida últimamente suena raro. Nos veremos dentro de dos días.

Eve se marchó sin decir nada más y Verania tampoco intentó detenerla, aquella chica era una réplica exacta más joven de Bonnie MacLeod, no había duda de que ella era la mujer de la que la criada le había hablado meses o siglos atrás, no sabría cómo decirlo. ¿Confiaba en ella? Ciegamente, y eso la desconcertaba un poco puesto que la acababa de conocer, pero si ella era su camino hasta Leith le entregaría su alma si fuera necesario.

Pasó el resto del día sin decir nada a nadie sobre la aparición de Eve, quería pensar con calma cómo haría las cosas con Akane y con los chicos, la apenaba no volver a verles, pero ella no pertenecía a este momento del tiempo, había nacido fuera de lugar y debía volver dónde su corazón se hallaba.

Iba a ser un momento duro decirle a su mejor amiga que se iba, iba a ser duro saber que jamás volvería a ver su sonrisa, que jamás volvería a torturarla con sus complicados gustos musicales, que no iba a regresar a la que había sido siempre su ciudad, o a la casa que había comprado un tiempo atrás. También la apenaba saber que Ian y Ken no volverían a estar en su vida, aunque sí lo estarían sus antepasados.

Echaría de menos hablar con Duncan, era un hombre maravilloso con el que le había encantado compartir el tiempo simplemente hablando de la historia de su familia y su país. Incluso Hanna que era más introvertida se había ganado un hueco en su corazón, nunca olvidaría a aquellas personas.

***

Al día siguiente Verania se levantó con una nueva determinación y lo primero que hizo fue buscar a Duncan. Le encontró en la biblioteca, parecía ser su lugar favorito del mundo, le resultaba entrañable.

- Buenos días Duncan ¿podemos hablar un momento?

- Por supuesto, dime.

- Necesito un favor.

- Lo que sea.

- No sé cómo decirlo. Me voy, he encontrado la forma de volver y sólo

estaré un par de días más en este siglo. Quiero dejar todo atado aquí antes de marcharme, repartir mis pertenencias a las personas que me son importantes y necesito tu ayuda, no sé ni por dónde empezar y apenas tengo tiempo.

- Lo entiendo. Me apena que te marches, pero sé que este no es tu lugar. Haré un par de llamadas y esta tarde nos reunimos para que puedas dejar todos tus asuntos en orden lo antes posible ¿te parece bien?

- Perfecto Duncan, muchas gracias, estoy muy feliz de haberte conocido. Eres un gran hombre, Hanna es una mujer muy afortunada, siento no poder quedarme más tiempo pero ha llegado mi momento.

- Te echaremos de menos en la boda, pero en tu lugar yo haría lo mismo.

- Lo sé. Gracias por todo, de verdad.

- No tienes que agradecerme nada.

- Deja que eso lo decida yo.

Duncan se dio por vencido, había aprendido que discutir con Verania era como darse contra un muro de solida piedra, así que simplemente asintió con su característica sonrisa de dientes blanquísimos y perfectos que iluminaba su cara.

La primera vez que le vio supo que su imagen no cuadraba con quien era realmente aquel hombre. Su pelo era rubio paja y tenía unos ojos azul claro que a priori parecían fríos como el invierno, pero que cuando aprendías a verlos eran tan cálidos como su dueño. Era alto y fuerte, por constitución, ya que tenía claro que no se ejercitaba en un gimnasio, era más del tipo rata de biblioteca aunque nadie lo diría por su aspecto, su mandíbula cuadrada le confería un aspecto rudo, su cara gritaba que era un ogro, pero su voz, aunque masculina, extremadamente dulce y cálida desmentían cualquier señal de peligro que emanaba su presencia. Le deseaba toda la felicidad del mundo, sin duda la merecía.

Quiso hablar con Kenneth antes de la hora de la comida, por lo que se escapó hasta el pub sin decir nada a nadie, quería hablar asolas con él y despedirse. Ken parecía que iba a echarse a llorar en cualquier momento cuando Vera le dio la noticia, era un auténtico encanto y sabía que si su amiga no era lo suficientemente estúpida podrían tener una bonita historia. Ken la abrazó como si tuviese miedo de que se disipara como el humo entre sus brazos, hasta el punto que Vera chilló cuando aplastó sus costillas y le hizo daño, aunque por mucho que Ken se disculpaba no aflojó los brazos.

- Cuida de Ian y Akane.

- Te lo prometo, te echaré de menos Vera.

- Y yo a ti Ken, te quiero un montón, eres un gran tipo y te deseo lo mejor.

- Se feliz, pero no te olvides de nosotros.

- No lo haré. Ten paciencia con Akane, puede parecer dura, pero en el fondo es como el algodón de azúcar.

- ¿Pegajosa?

- De color rosa.

- Akane es de todo menos rosa.

- Es dulce debajo de toda su parafernalia.

Ambos rieron aligerando la tensión del momento, hasta que ella hizo una declaración que dejó a Ken boquiabierto y sin saber qué responder.

- Ken, tengo dos casas en Madrid. Mi casa y el piso que fue de mis padres, no tuve el valor para deshacerme de él aunque lleva mucho tiempo cerrado. Voy a poner la casa a tu nombre y el piso a nombre de Ian. No admito discusión, quiero tengáis un hogar en España, igual que vosotros me lo habéis ofrecido aquí. Sois libres de hacer lo que queráis.

- Vera…

- Está decidido.

Se marchó de vuelta al castillo no sin antes quedar con Kenneth que iría a comer al día siguiente con ella, quería una comida de despedida con todos en el castillo de Blair y sabía que todas las personas que eran importantes para ella allí estarían presentes.

La siguiente persona a quien buscó fue Ian, y estaba segura de que iba a ser un hueso más duro de roer de lo que había sido Ken. Pero ya tenía experiencia lidiando con Alaric por lo que no le supondría un reto insuperable, o al menos, eso esperaba. Se aseguró que nadie pudiera entrar e interrumpir su conversación, lo que provocó el ceño fruncido de Ian, pese a que no dijo nada.

- Me voy.

- ¿Vuelves a España?

- No, he encontrado el modo de volver con mi marido.

- Te diría que estás loca, pero ya no sé qué creer. ¿Estás segura que es eso lo que quieres?

- Sabes que sí.

- Tenía que preguntarlo. No es que quiera que te vayas.

- Lo sé. Tengo un par de días y no voy a pasarlos discutiendo contigo.

- ¿Por qué íbamos a discutir?

- Porque voy a dejar un piso en Madrid a tu nombre y no voy a cambiar de opinión.

- Pero…

- Tsch. He dicho que no voy a pasar estos días discutiendo contigo, sólo te estoy informando.

- Verania, no necesito…

- Ian Murray, es mi decisión y no tienes opinión en ella.

- No estoy de acuerdo, pero yo tampoco quiero discutir contigo pelirroja. Te voy a echar de menos.

- Cuida de Ken y Akane, esos dos…

- Yo también me he fijado, pero creo que Akane es mucha mujer para Ken. Demasiado carácter.

- Yo creo que se complementarán bien, es una lástima que no sabré cómo terminan esos dos.

Continuaron hablando durante un tiempo y le dijo algunas cosas sobre Eve y Bonnie sin entrar en demasiados detalles. En realidad lo que quería que supiera era que volvía al lugar en que debía estar y que le echaría de menos porque se había encariñado con él, quería tanto a aquellos dos hombres como quería a su amiga Akane.

Más tarde, después de la comida, Duncan cumplió su promesa y gracias a sus influencias consiguió tener todos sus asuntos en orden en un tiempo récord, jamás pensó que sería posible pero a fin de cuentas su vida no estaba siendo algo que nunca creyera posible.

Cuando llegó la noche supo que era el momento de hablar con Akane y debía reconocer que estaba un tanto aterrorizada, sabía que su amiga no se lo tomaría bien, la había seguido en toda aquella locura porque eran como hermanas, había llegado a admitir que su locura era una realidad, por descabellada que pareciera, le había dicho varias veces que su deseo era volver y había parecido aceptarlo, pero Verania la conocía bien y sabía que en su fuero más interno jamás lo aprobaría, eso le dolía, sabía que se sentiría traicionada porque la abandonaba y la dejaba atrás, pero debía hacerlo y ni Akane ni nadie iba a impedirlo.

- Akane, tenemos que hablar.

- Eso no me gusta.

- Lo siento, sé que ha sonado mal.

- Ha sonado fatal.

- No me iré con rodeos, me voy Akane.

- ¿Volvemos a casa?

- No. He encontrado el enlace, vuelvo con Leith.

- ¡Qué! ¡No! ¡Estás loca!

- Puede, pero voy a volver con mi marido Akane. Te echaré de menos, os echaré de menos, pero es mi destino.

- No puedes estar hablando en serio.

- Akane, escúchame…

- ¡No! ¡No quiero escucharte! ¡Me prometiste que nunca me dejarías! ¡Me prometiste que serías mi amiga para siempre!

- Y siempre seré tu amiga aunque esté en otra época.

- No, no, no… ¡No! ¡No lo permitiré!

- No me lo pongas más difícil. Tienes a Ken y también a Ian.

- ¡No digas estupideces!

- Me voy en un par de días ¿quieres pasar lo que nos queda juntas discutiendo?

- ¡Quiero pasar lo que nos queda juntas intentando que no cometas una estupidez!

- Es mi vida y mi voluntad.

- No sé quién eres, pero devuélveme a Verania.

- Nadie mejor que tú sabe que siempre he estado vagando sin un motivo por el que vivir. Ahora lo tengo, ¿por qué no puedes simplemente apoyarme?

- ¡Porque voy a perderte!

- No vas a perderme, siempre te llevaré en mi corazón y sé que estaré en el tuyo. Por favor Akane…

- No puedo Vera, no puedo ¡Joder! ¿Por qué no puedes entenderlo? ¿Por qué no ves que es una jodida locura sin sentido?

- Porque ya he estado allí y sé que es el único lugar en el que quiero estar.

- ¿En un lugar en el que no conocen ni la electricidad o el agua corriente?

- En cualquier lugar en que esté Leith. Como si es la prehistoria Akane, no se trata del dónde o el cuándo sino del con quién y es él, siempre será él.

- Desde luego tiene que ser un Dios en la cama…

- ¡Akane!

- ¿Qué? Tú quieres volver 600 años atrás en el tiempo y la que dice cosas fuera de lugar soy yo ¿no? Pues no bonita, te aguantas.

- Dame un abrazo anda.

- Sigo sin estar de acuerdo y espero que entres en razón.

- Akane…

Su amiga no la dejó terminar la frase antes de lanzarse a ella en un abrazo que por poco la ahoga, se dio cuenta que estaba llorando y no pudo decir nada más, no puedo hacer otra cosa que acompañarla en su llanto, era su decisión pero le dolía más de lo que pensó, era mucho peor de lo que podía imaginar dejar atrás a su hermana postiza, a sus amigos, a su vida. Pero si la recompensa era Leith Murray, todo valía la pena, cualquier esfuerzo o tristeza se vería recompensado al volver a estar entre los brazos del amor de su vida, estaba segura de ello.

***

La mañana siguiente pasó rápido, y tal como había previsto, su gente estaba sentada en la mesa del enorme salón del Duque de Atholl, estaban compartiendo una comida repleta de comida contemporánea, cosas que Vera no volvería a saborear y fue todo un detalle por parte de Ken haber preparado aquella sorpresa junto a Duncan, le gustaba ese chico para Akane, era justo lo que ella necesitaba.

Durante la comida nadie mencionó la inminente partida de Vera al día siguiente, no fue más que una amena reunión de amigos, sin duda era un gran recuerdo que se llevaría con ella, necesitaba aquel momento y tuvo que contener las lágrimas de emoción que comenzaron a formarse en sus ojos cuando se dio cuenta que, sus amigos la conocían tan bien como para darle justo lo que ella necesitaba en ese momento, eran tan increíbles que le resultaba complicado hacerse a la idea que no volvería a verles nunca más.

Comenzaba a comprender las palabras de Eve, debía descartar cualquier duda de su interior, estando rodeada de su gente en esos momentos una parte de ella no quería alejarse de allí, pero aquella comida terminaría y cuando acabara cada uno volvería a su vida.

Duncan y Hanna se casarían pronto y cuando regresaran de la luna de miel no sólo harían su vida, sino que ambos tendrían más trabajo del que podrían manejar para sacar tiempo a menudo para reuniones como esa.

Akane volvería a Madrid, su excedencia terminaba y tenía una vida allí, tenía su familia, su sangre y por difíciles que fueran las cosas con ellos siempre serían importantes. Ken volvería a trabajar en el Pub y tendría menos tiempo libre,

había delegado muchas veces en su hermano y su cuñada para sacar tiempo que pasar con Ian y las chicas, pero ese ritmo no podía ser permanente. Lo mismo sucedía con Ian, tenía una vida antes de que irrumpieran en ella y la retomaría más pronto que tarde.

Si decidiera quedarse, todos volverían a sus rutinas más pronto que tarde y entonces ella continuaría fuera de lugar en el mundo, como había sido siempre. No podía permitirse aquello, junto a Leith tenía su lugar, debía descartar las dudas que acechaban su razón, podía hacerlo y lo haría, tenía que salir todo bien, no podía permitirse fracasar, el sólo hecho de pensar que no volvería a ver a su hombre rompía su corazón de forma irreparable, no quería vivir en un mundo sin él, esa era su mayor certeza.

Capítulo 15

Había llegado el día de su partida, no había vuelto a hablar con Eve aquellos días, pero sabía que se presentaría allí, aunque tanto misterio la tenía de los nervios. Podrían haber intercambiado sus números de móvil y haber quedado, pero no, Eve se marchó y Vera simplemente la vio subir en su coche y alejarse del castillo.

Le pareció una tontería hacer la maleta, a fin de cuentas dónde iba no podía llevarse nada así que simplemente eligió un cómodo vestido que no desentonara mucho en el lugar al que iba.

Se había vuelto a cortar el flequillo y sonrió al pensar en que no le duraría demasiado tiempo. Acarició el colgante de Leith que llevaba siempre con ella desde que lo había recuperado y salió a dar un paseo por los alrededores del castillo, era una de las cosas que más la relajaban y no podía negar que estaba nerviosa.

Había recogido algunas de sus diminutas flores favoritas y tras arrodillarse frente a la tumba que llevaba su nombre y el de Leith las dejó allí.

- Volveré a ti. Te lo prometí y voy a cumplirlo Leith… voy a hacerlo.

Se puso de pie y alejó del lugar cuando sintió una presencia a su espalda. Esperaba ver a Eve allí, pero era Ian el que había ido a buscarla. Estaba intentando sonreír, pero sin duda no le estaba saliendo muy bien, su cara estaba empañada por una mueca que no engañaba a nadie.

- No es un bonito lugar en el que estar Vera.
- Me apetecía venir.
- Siempre recoges esas flores.
- Son mis favoritas.
- Intentaré que no falten entonces.

Le miró sin palabras, no esperaba eso, en absoluto. Estaba huyendo de Akane porque le dolía despedirse de ella y había pensado que exactamente ese era el motivo por el que Ian la había buscado.

- ¿Quieres estar sola?

- Sí. No, no lo sé. Se me hace duro despedirme. Me siento mal por irme, pero no quiero quedarme es... complicado.

- Lo entiendo, de verdad.

- Soy una cobarde.

- Creo que eres valiente.

- ¿Qué pasará cuando me vaya? ¿Me olvidaréis? ¿Cambiaré el futuro en el pasado?

- No tengo respuestas a eso, todavía no he asimilado todo esto. Creo que me siento como un sueño del que despertaré y terminaré por olvidar.

- Tal vez sea lo mejor.

- No, quiero recordarte pelirroja. Envidio a tu chico.

- ¿Eh?

- ¿Qué? Me gustaste cuando apareciste en la barra del pub de Ken. ¿Crees que te hubiese perseguido al coche sino?

- No puedes hacer esto Ian.

- Tengo que hacerlo, yo tengo que decirlo y tú tienes que escucharlo. Me gustas, y si no tuvieras que irte estaría intentando ligar contigo sin lugar a dudas, aunque bueno, en algún momento llegué a pensar que estabas un poco loca, al final resultó que no, o que yo también lo estoy… da igual, como sea, cuídate ¿vale?

- Ian…

Sin saber qué decirle se limitó a envolverle en un abrazo que esperaba hablara por ella, pensaba sinceramente que Ian sería el que más fácil le pondría el marcharse pero se había equivocado, y tal vez nunca llegara a saber cuánto.

Una vez volvió a estar sola volvió a su habitación en el castillo y decidió escribirle a su amiga unas líneas, siempre se le había dado mejor comunicarse de una manera indirecta, las palabras fluían mejor cuando no se sentía observada. Quería decirle muchas cosas que cara a cara quedaría atrapadas en su garganta o interrumpidas por Akane.

Hola Akane, sé que te enfadarás conmigo al leer esto, pero sabes que siempre se me ha dado mejor escribir las cosas que decirlas cara a cara.

Has sido más que una amiga para mí durante toda mi vida, has sido mi familia. Desde que era demasiado pequeña para entender las cosas tú has

estado a mi lado, me salvaste, me diste un hogar cuando más lo necesité y siempre has sido quien me ha dado la fortaleza necesaria para seguir adelante cuando me sentía de más en este mundo.

Ahora he encontrado mi lugar y no quiero que pienses que te abandono, sólo creo que he estado de paso aquí hasta que el momento de ir dónde realmente me corresponde estar ha llegado, y me llevo conmigo nuestros años de amistad. Siempre estaré contigo aunque no puedas verme, te lo prometo.

Nunca podré agradecerte bastante todo lo que has hecho por mí, así que sólo te diré una cosa, una palabra, un nombre propio: Kenneth.

Te quiero Akane, siempre serás mi hermana mayor, aunque ya no esté.

Vera

Dobló la hoja y la dejó bajo la almohada de Akane, sabía que la vería cuando fuese a acostarse, su amiga tenía la costumbre de mullir la almohada antes de usarla, siempre había sido una manía de la que se había burlado, pero ahora le venía bien para poder dejar la nota y que no la encontrase antes de que ella se marchara, sabía que la reprendería y esa era una conversación que no estaba preparada para mantener.

Después de comer Ken se pasó por el castillo, pero apenas pudieron hablar unos minutos cuando Ian entró en la sala seguido de la persona que llevaba todo el día esperando, Eve.

- Hola de nuevo Verania.
- Hola Eve, te estaba esperando.
- ¿Ya has decidido qué quieres hacer?
- Nunca lo he dudado, quiero ir.
- Lo sé, pero tenía que preguntar.
- Deja que me despida de mi gente y estaré lista para irnos.
- Está bien, esperaré fuera en el coche.
- Gracias Eve, por todo.

Eve se marchó tras asentir con un gesto de su barbilla, no se le escapó el ceño fruncido que Akane le dedicó como si hubiese ido a robarle su juguete favorito, a veces le recordaba a la niña rubia que se le acercó en el patio del colegio, en algún lugar de toda la ropa negra y aspecto de *no te acerques a mi si no quieres morir*, seguía siendo la María del Mar que conoció aquel día.

Le llevó más de quince minutos entre abrazos y lágrimas despedirse de las

pocas personas a quienes consideraba su familia, sabía que a todos les iría bien. Salió del castillo sin equipaje y subió en el asiento del pasajero en el coche de un llamativo verde que Eve conducía.

- ¿Lista?
- Sí.
- En menos de veinticuatro horas volverás a verle.
- Cuento los segundos ¿cuál es el plan?
- Te lo explicaré cuando lleguemos.

Eve no había mentido cuando le dijo que el lugar estaba lejos, para cuando llegaron ya había anochecido, habían pasado el trayecto conociéndose mejor y se sorprendió mucho al saber que era de su misma edad y trabajaba como enfermera en un hospital en Glasgow.

Lo había previsto todo, de modo que había reservado un par de habitaciones en un hostal de un pueblo cercano al lugar en que daría el salto, como lo llamaba Eve. Vera insistió en varias ocasiones en que le explicase cómo iban a hacerlo pero todo lo que obtuvo fueron evasivas y finalmente un cariñoso: - Descansa esta noche Vera, mañana te espera un día importante, te diré como llegarás con Leith cuando llegue el momento, confía en mí.

Cada una se dirigió a su habitación sin añadir nada más, pero Verania no pudo hacer caso del consejo de su compañera y no logró pegar ojo en toda la noche. Todo lo que podía pensar era en cómo sería volver a estar entre los brazos de Leith de nuevo, sentir su calor, observar el brillo de sus ojos azules, escuchar otra vez el sonido de su voz. Rondaron su mente las preguntas que todavía no se había hecho: si la estaría esperando, si la recordaría…

Tuvo miedo, no había pensado en la posibilidad de que él hubiese rehecho su vida para el momento en que ella volviera y cuando esa posibilidad asaltó su mente toda la seguridad que había conseguido reunir se desmoronó como un castillo de naipes, ¿qué ocurriría si había sido así?

Estaba hecha un ovillo, sentada sobre la cama, cuando escuchó unos golpes en la puerta. Se levantó y salió sin responder para encontrarse con Eve, su cara debía decirlo todo porque su nueva amiga la miró expectante con una ceja levantada, al ver que Vera no pensaba arrojar luz sobre el asunto exhaló un sonoro suspiro y comenzó a caminar tras hacer un gesto de desesperación con las manos. Verania se limitó a seguirla en silencio y una hora más tarde llegaron a su

destino tras atravesar varios caminos de tierra que parecían llevar demasiado tiempo sin ser transitados.

Bajaron del vehículo y Vera continuo en silencio mientras seguía a Eve hasta un viejo puente de piedra bajo el que pasaba un rio.

- Hemos llegado. –Aseguró mirando al cielo.
- ¿Es aquí?
- Sí, pero antes de nada quiero saber por qué estás cabizbaja.
- ¿Y si no me está esperando? ¿Y si vuelvo y ha rehecho su vida?
- ¿Eso es lo que te preocupa?
- Sí.
- ¡Dios santo! Te está esperando, Bonnie le ha dicho que vas a volver.
- ¿Lo has visto? –Sonó esperanzada.
- Sí. ¿Lista?
- Sí. Quiero hacerlo, estoy preparada.
- Bien, en unos minutos el eclipse estará en su punto álgido, estará completamente oscuro. En ese momento debes saltar desde aquí, caerás en el agua y te hundirás en ella, cuando vuelvas a la superficie ya no estarás aquí.
- ¡Saltar desde aquí! ¿A oscuras? ¡Pero está muy alto! ¡Y el agua estará helada!
- Debes confiar, no te ocurrirá nada malo.
- Vale… supongo.

Eve asintió al mismo tiempo que Vera le devolvió el gesto y ambas miraron al cielo oscuro en que la luna estaba tapando poco a poco el sol. Estaba absorta en sus pensamientos intentando mantener la calma, todo aquello la asustaba pero algo en su interior le decía que era lo correcto e iba a hacerlo.

La zona en la que estaban estaba bastante aislada por lo que la oscuridad era completa pasados unos minutos y supo que había llegado el momento.

- Sé feliz Verania Murray.
- Gracias por guiarme Eve.

Tras aquellas sinceras palabras saltó al vacío, y se hundió en el agua que estaba tan fría como había temido que estaría, luchó por volver a la superficie con una única cosa en su mente: Leith Murray.

Capítulo 16

Luchaba por salir a la superficie, el agua se estaba volviendo más fría por momentos y sentía como todo su cuerpo estaba entumecido y le costaba cada vez más moverse o respirar. Finalmente consiguió arrastrarse hacia la orilla pero no le quedaron fuerzas para poder levantarse. Tenía frío y le costaba mantener los ojos abiertos, pero miró en dirección al puente del que había saltado para descubrir no había ningún puente allí, fue lo último que pudo pensar antes de perder la consciencia.

No sabía cuánto tiempo había pasado inconsciente cuando despertó, algo le resultaba extrañamente familiar, sentía una calidez cubrirla pero los parpados eran demasiado pesados como para poder abrir los ojos, todo lo que escuchaba era el viento mecer las hojas de los árboles y algunos pasos a su alrededor, podía oler la tierra mojada pero era muy complicado mantenerse despierta, tenía sueño y estaba cansada.

Intentó abrir los ojos pero una luz la cegó y los cerró de nuevo rápidamente, se removió sobre la dura superficie en que se encontraba ¿qué había ocurrido? Poco a poco todo tomó forma en su mente, recordó el accidente, recordó despertar en tierra extraña en una época diferente y recordó sus ojos… Todas sus memorias se arremolinaron en su mente como un torbellino de recuerdos que intentaban encontrar su lugar.

- Leith. –Musitó.

Pero no hubo respuesta, volvió a abrir los ojos, pero esta vez los tapó con su mano para que la luz brillante no la cegara de nuevo, le costaba enfocar y le tomó un momento reconocer que estaba en medio del bosque, nada que pudiera reconocer alcanzaba su vista y no había nadie más a su alrededor, pero había una hoguera a su lado y estaba sobre unas pieles tapada con un plaid de unos colores que le resultaban conocidos, era sin duda de los Murray, su gente, su hogar.

Se incorporó y sintió la espalda dolorida de inmediato, aun así no volvió a

recostarse, cuando le pasó el ligero mareo que le había causado mantenerse sentada dio un paso más e intentó levantarse, no fue sino hasta el cuarto o quinto intento cuando consiguió ponerse en pie, lo de mantener el equilibrio, sin embargo, era arena de otro costal y se balanceó hasta el árbol más cercano para no besar el suelo.

- Ha faltado poco. –Bufó con alivio.

Una vez sus piernas parecieron acostumbrarse a su peso dio unos pequeños pasos rodeando el árbol para asegurarse que podría caminar sin caerse. Se adentró entre los árboles escudriñando el lugar, esperando que algo le resultase conocido para saber exactamente dónde estaba, todavía no había visto nada que reconociera, a parte del plaid, pero los colores del clan habían permanecido en el tiempo, así que podría estar en el lugar correcto en una época equivocada, por lo que miraba todo a su alrededor con los ojos bien abiertos y el corazón en un puño.

No había logrado avanzar demasiado cuando sintió el frío del metal al lado de su cuello, se quedó paralizada y no únicamente por el miedo, sino también por el conocimiento de que cualquier movimiento provocaría un corte con la espada que sin duda la estaba amenazando. Escuchó como la persona que la empuñaba se movía a su alrededor en silencio manteniendo la amenaza de su arma firme, cuando estuvo al alcance de su vista le miró directamente a los ojos y gruñó de una forma muy poco femenina.

- Aryn Stewart, aparta la maldita espada de mi cuello.

El guerrero no se movió un ápice, tampoco dijo nada, continuó mirándola con una expresión que no conseguía leer y sin decir nada.

- Aryn he pasado unos meses horribles buscando la forma de volver con Leith así que deja de tocarme las narices y aparta ese trasto de mi garganta.

- ¿Verania?

- Cómo que ¿Verania? –dijo imitando a Aryn— ¿Quién narices crees que soy? ¿El fantasma de la ópera?

- ¿Qué?

- Soy Verania, Verania Murray ¿no me reconoces?

- Perdona Vera… ha pasado tanto tiempo que yo… ¿Dónde están los demás?

- Espera, espera… ¿qué demás y cuánto tiempo?

- Los demás, Alaric y Leith salieron a buscarte hace un par de meses

junto con algunos de los hombres, al parecer una de las criadas les dijo que ibas a volver pero dijo que la oscuridad no le permitía ver cuándo, sólo que pronto.

- Entonces no he estado fuera mucho tiempo.

- Vera has estado fuera cuatro años.

- ¿Qué? ¡No! Han sido sólo unos meses…

- No, estamos en 1423.

- Maldición Aryn… ¿Leith se ha… ha rehecho…?

- No, te ha estado esperando todo este tiempo. Debería estar contigo, he venido a buscarle porque traigo noticias de mi padre.

- Estaba sola cuando me desperté, iba a merodear un poco en busca de algo conocido.

- Volvamos, no quiero ni pensar lo que ocurrirá si vuelves a desaparecer muchacha.

- ¿Muchacha? ¡Soy mayor que tú!

- Lo eras, para mí han pasado unos cuantos años. –Se rio aligerando la tensión del momento.

Verania guio el camino de vuelta hasta el lugar en que había despertado. Escucharon voces cuando se acercaban al lugar y las piernas de vera comenzaron a correr incluso antes que su cerebro les diera la orden, se paró en seco cuando le vio. Tenía el pelo mucho más largo y una barba que debía hacer mucho tiempo que no arreglaba, parecía más grande y más fuerte, pero el brillo de sus ojos azules seguía en el mismo sitio en que lo había visto por última vez, marcando el inconfundible camino a su corazón. Le tomó sólo un instante echarse a sus brazos con los ojos inundados en lágrimas, volvía a estar con él, había vuelto a casa.

- Leith, pensé que no volvería a verte.

- *Mo ghràdh*…

- He vuelto.

- Me estaba volviendo loco Vera, estuve buscándote durante meses. Desapareciste…

- Aryn dice que han pasado cuatro años, yo sólo recuerdo haber estado unos meses fuera. Desde que volví a mi vida no he hecho otra cosa que buscar el modo de volver.

- ¿Recuerdas todo?

- Sí, ahora todo tiene sentido aunque es una auténtica locura.

- ¿Una locura?

- Sí Leith, nací el 9 de Julio… de 1990.

- ¿Qué?

- Era 2015 y tuve un accidente de coche, caí por un puente a un río y aparecí aquí. No sé el motivo, pero Bonnie dijo que mi felicidad se encontraba aquí y no en mi tiempo, de eso no tengo duda. Aquí estás tú.

- Pero te fuiste…

- Me desmayé y desperté en un hospital, en mi ciudad. Soy española, tuve el accidente en mi país no sé cómo demonios aparecí aquí pero siento que debo rezar a cualquier dios en agradecimiento por ponerte en mi camino Leith.

- ¿Cómo…?

- Mi amiga no me creía, pero la cicatriz que me hicieron cuando me secuestraron los Chattan estaba en mi cadera incluso en mi época. Viajé a Escocia, hasta el castillo en mi época, no había información sobre ti en los libros así que pensé que allí alguien podría saber algo y conocí a los descendientes de Alaric y Aryn. Ellos me hablaron de la nota que dejaste para mí, encontré el medallón Leith. Pero no sabía cómo volver, hasta que Eve una descendiente de Bonnie me encontró y ella me dijo qué hacer.

- Vas a tener que contármelo todo con muchos más detalles cuando lleguemos al castillo.

- Es una locura.

- Sin duda, pero lo importante es que mi esposa está de regreso. Vengo para quedarme, ha sido mi decisión.

No les importó estar en público cuando sus labios se juntaron y así habrían seguido un largo rato si los gruñidos de Alaric no les hubiesen hecho separarse riendo.

- Así que mi descendiente.

- Oh sí Alaric, cuando le vi casi me da algo. Ian Murray es una copia tuya y no sólo físicamente aunque es más simpático y sociable que tú. La amistad entre tu familia y la de Leith ha perdurado en el tiempo, Ian cuida del Castillo de Blair, que es como se llama ahora. El Duque de Atholl, Duncan Murray es un hombre encantador, aunque no sé de quién desciende.

- ¿Blair? ¿Atholl? ¿Duque?

- Sí, en el futuro el castillo se ampliará y será llamado el Castillo de

Blair, el Laird del clan Murray tendrá el título de Duque de Atholl y será el único que en esa época conservará su ejército de highlanders.

- ¿Sólo un ejército?

- La mala noticia Alaric, es que en mi época Escocia pertenece al Reino Unido, a Inglaterra.

- ¡Qué! ¡No! ¡Jamás!

- Sí, habrá una gran batalla dentro de bastantes años y la derrota supondrá el final del sistema de clanes. Ninguno de nosotros vivirá para verlo, pero que yo haya conocido a tu descendiente debería tranquilizarte, tu estirpe no desaparecerá, cascarrabias.

Continuaron hablando sobre cuanto se parecía Ian a Alaric durante un rato hasta que la voz asombrada de Leith les dejó a todos en silencio haciendo que se volvieran a mirarle.

- ¿Tengo 600 años más que tú? –Vera no pudo evitar echarse a reír.

- Técnicamente… sí. Pero cuando nos casamos yo tenía 25 y tú 29.

- Ahora tengo 33 y tú pareces seguir igual de joven.

- Sigo teniendo 25, para mi han pasado sólo unos meses. Todo esto es una locura Leith, pero todo lo que importa es que estoy de nuevo contigo, de donde venga o cuando naciera, como haya llegado aquí… todo eso no importa, al menos no me importa a mí. Tú eres todo lo que me importa, estar al lado de mi marido es todo lo que quiero y he querido.

- No sabes las ganas que tenía de estrecharte de nuevo entre mis brazos… *Mo ghràdh*…

- Y yo.

- Pero mejor diremos a la gente que te habían secuestrado como la otra vez y te hemos encontrado.

- Sí, será lo mejor.

Todos los presentes rieron, estaban felices por el regreso de la señora de sus tierras, por fin todo estaba como tenía que estar.

- Llévame a casa Leith.

- No pienso perderte de nuevo.

- No me iré a ningún lado, es una promesa.

Leith miró a sus hombres con orgullo.

- ¡Ya habéis oído a la señora de mis tierras! ¡Volvemos a casa!

Los guerreros de confianza de Leith, a los que Vera tan bien conocía gritaron en respuesta y poco después estaba montada en los lomos de *Ceò* junto a Leith

de vuelta a su hogar.

Epílogo

Verania observaba a Leith empuñando una espada de madera y jugando con el pequeño Ian en el patio de armas, la pequeña Akane intentaba tirarse de sus brazos para ir a jugar con su hermanito y su padre, pero Vera le había dicho muchas veces que todavía era muy pequeña para jugar con espadas, sin embargo, la niña había pasado demasiado tiempo junto a su tío Alaric y sin duda se le había pegado su cabezonería, porque continuaba gritando y llorando, forcejeando con su madre para que la dejara libre.

Se acercó a los dos hombres más importantes de su vida y su marido la recibió con un beso en los labios mientras su pequeño rubio que era una copia de su padre, pero con sus ojos otoño, levantó los brazos para coger a su hermana. Ian adoraba a la pequeña Akane, la protegía como si fuese su bien más preciado y ambos estaban encantados con el instinto protector del hermano mayor y futuro Laird del Clan Murray.

A Vera ya le costaba caminar y su esposo la abrazó mientras se reía de sus posturas, ella le levantó una ceja pero ambos se echaron a reír. Desde que Verania había regresado a casa sus vidas no podían ser más felices, todo volvía a estar en su lugar, como siempre debió estar.

- Madre ¿cómo se llamará mi hermano?

- Todavía no sabemos si será un hermanito o una hermanita Ian. – Respondió Leith de forma paciente.

- Pero Bonnie dice que es un niño y tenía razón cuando dijo que Akane sería una niña.

- Si es un niño, se llamará Kenneth y podrás llamarle Ken, ¿te gusta Ian?

- ¡Sí!

El pequeño se acercó a la abultada barriga de su madre con su hermana pequeña cogida de la mano y tras colocar su mano y la de Akane en su tripa acercó la boca para hablarle al hermanito que estaba por venir.

- Hola Ken, soy tu hermano Ian y tienes que nacer pronto para crecer y jugar con nosotros.

- Akane. –Bramó la pelirroja de ojos azules que apenas llegaba por la rodilla de su padre mientras palmeaba el vientre de Vera suavemente.

Vera miró a Leith y este asintió, todavía no habían hablado sobre cómo llamarían a la nueva incorporación de la familia pero él había estado de acuerdo en poner Ian al mayor y Akane a la niña en honor a los amigos de Vera y tampoco tuvo ninguna objeción acerca de llamar al nuevo bebé como el descendiente de Aryn, Kenneth si finalmente era un niño. Él tampoco dudaba que sería un niño, como bien decía su hijo, Bonnie no erraba.

***

- ¡Por dios Akane! ¿Quieres estarte quieta?

- ¿Cómo quieres que esté quieta Hanna? ¡Pero en qué lío me he metido!

- Has tenido mucho tiempo para pensarlo, ahora no hay vuelta atrás.

- Pero si así estábamos bien…

- Ah no, no, no, no. Vas a hacer esto.

- Pero…

- Pero nada, deja que te termine de arreglar el pelo. Quieta.

Akane resopló visiblemente nerviosa mientras se removía en su vestido negro de encaje. Duncan llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

- ¿Os queda mucho?

- No ya está lista. Vamos Akane, mueve el trasero.

- Ian está a punto de romper cosas. –Aseguró Duncan risueño.

- Más le vale meterse las manos dónde no le da el sol.

Los tres salieron del Castillo de Blair, y recorrieron la pequeña distancia sobre el camino de flores amarillas que había esparcidas hasta un círculo de piedras, dibujado en el suelo sobre la verde hierba.

Cuando Akane levantó la mirada se encontró con la de Kenneth, el que dentro de unos minutos sería finalmente su marido, quien ya estaba situado dentro del círculo de piedras.

Ian estaba de pie a su lado y en el centro se encontraba el sacerdote, un amigo del Duque de Atholl, que oficiaría la ceremonia.

Ken había convencido finalmente a su chica para que se casara con él. Había sido mucho más complicado que convencerla para mudarse a aquel pueblo perdido en medio de la naturaleza, aquello sólo le costó un viaje a Madrid del que no regresó sólo. En un principio había ido para quedarse, dispuesto a dejarlo

todo por la rubia que le había robado el corazón, su sorpresa fue total cuando fue Akane quien decidió dejarlo todo para mudarse con él.

Tras volver a vivir en la ciudad echaba tantas cosas de menos que decidió que aquel pueblecillo que al principio tanto había horrorizado a la española, sería su hogar. No soportaba estar sola en su céntrico piso echando de menos a sus amigos y sobre todo a Kenneth, a quien había dejado atrás en el aeropuerto con una negativa cuando le pidió que se quedara con él.

Pero había vuelto y ahora lo amaba casi tanto como al hombre por el que lo había dejado todo poco después de regresar al que pensó que era su hogar. Estaba tan equivocada…

Se situó frente a Kenneth dentro del círculo y él tomó sus manos, la había convencido para oficiar una ceremonia que combinaba la unión eclesiástica con la tradición escocesa del handfasting.

La hija de Duncan y Hanna, a la que habían llamado Verania sería la encargada de llevar los anillos, era una preciosa muñequita de cinco años que adoraba a su tía Akane y quería imitar su forma de vestir para horror de su madre. Hanna adoraba a la española, pero su forma de vestir la horrorizaba tanto como la primera vez que la había visto y, aunque el vestido de encaje negro que había escogido para su boda era un vestido realmente precioso, ella era una mujer clásica.

Tras dar el sí quiero y fundirse en un intenso beso con su recién estrenado marido se dirigió, seguida de la que consideraba su familia, hasta la tumba con el nombre de Leith y Verania Murray y depositó en ella su ramo de novia de flores amarillas. No pudo evitar derramar unas cuantas lágrimas al recordar a su amiga, pero ahora que conocía el verdadero amor la entendía más que nunca, y sabía a ciencia cierta que había hecho lo correcto y que había sido feliz.



Como siempre quiero daros las gracias a vosotros que me leéis porque sin vosotros nada de esto tendría sentido. Me encanta recibir vuestros correos, gracias por tomaros un momento de vuestro tiempo en escribirme para compartir vuestras impresiones, no sabéis lo mucho que significa para mí, de verdad.

No puedo dejar de dar las gracias a mi familia que son los principales afectados cuando me pongo a escribir y les ignoro más de lo que debería, tienen ganado el cielo conmigo. También mis amigos, más de una vez he llegado tarde porque estaba terminando una idea y no podía dejar de escribir, por suerte son los mejores amigos del mundo y no se enfadan conmigo. También debo agradecerles por su apoyo y por echar un primer vistazo a lo que escribo.

Siempre me gusta dar gracias a la música, los que me seguís sabéis que siempre tiene su importancia en mis libros, de una forma u otra. Es una de las cosas que más me gusta en el mundo y muy a menudo es mi inspiración. Os dejaré más abajo los links de Spotify a las canciones que aparecen en el libro, en este son poquitas, aunque una de ellas es la que inspiró no sólo el título del libro, sino toda la historia.

¡Gracias por seguirme!

Lista de canciones

You are the one – Sentenced
https://open.spotify.com/track/66yOzv9APmV5cTfjOApw28

Estrella polar – Sôber
https://open.spotify.com/track/3mClX4g1O0cOoF0pzim8Jd

Right here in my arms – HIM
https://open.spotify.com/track/75vH394GFV6yQoOBqGEbnS